

La Esfera

AÑO XVI.—NÚM. 833

MADRID, 21 DICIEMBRE 1929

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



DON EDUARDO GOMEZ DE BAQUERO, «ANDRENIO»

El insigne escritor, admirable maestro—en el sentido orientador y verdadero de la palabra—de escritores, espíritu crítico de una finura incomparable, muerto en su casa de Madrid en la mañana del lunes último... En el talento, tan amplio y tan sazonado, de «Andrenio», se armonizaban la cultura, la sensibilidad, la ponderación: tres cualidades por las que repetidas veces se llamó al escritor ilustre el «Saint-Beuve» español. LA ESFERA, en cuyas páginas queda un buen número de muestras de la vida literaria de «Andrenio», se asocia al duelo, tan sentido, de las letras españolas por la muerte del gran escritor

(Fot. Alfonso)



« ANDRENIO »

El duelo de la literatura española por la muerte de «Andrenio» es muy íntimamente nuestro duelo: á la admiración de lectores constantes, diariamente sorprendidos por nuevos fulgores de la inteligencia y de la cultura del escritor favorito, unía nuestro corazón el afecto fraternal al compañero y el afecto filial al maestro. Eduardo Gómez de Baquero era uno de los más altos prestigios del periodismo actual, al que aportó desde sus primeras campañas de «La Época», un altísimo valor literario. Espíritu noble y generoso, nutrido constantemente por las más selectas lecturas, los años le habían llevado, contra la corriente general, cada vez más rápida y seguramente hacia los campos liberales y progresivos. Su corazón palpitaba al unísono con los más ampliamente abiertos á los impulsos democráticos. Su obra completa, aun la que nació exclusivamente para la vida efímera del periódico diario, es obra magistral, que conservarán en sus bibliotecas y en su memoria los lectores de buen gusto y nobles ideas. El recuerdo de su caballerosidad y de sus virtudes sociales, le guardaremos cuantos nos honramos conociendo al hombre, como al escritor: ambos se equivalen y «Andrenio» podrá descansar en su sepulcro, sobre el que nacerán sólo las flores bellas del afecto que ningún mal recuerdo marchitará.



Honramos ahora esta página con uno de los trabajos periodísticos del eximio escritor:

LA ESTATUA DIFUNTA

Regúlez.—La estatua de la Libertad, iluminando al mundo, que se alza á la entrada de Nueva York, ha perdido el espíritu. No es más que bronce. Está allí en el sitio donde la colocaron, y, sin embargo, tan distante de la actualidad del pueblo que hay detrás de aquel monumento como un ídolo azteca. El espíritu de los ídolos, la idea ó el sentimiento que representaron en forma corporal, dura menos que los materiales de que están fabricados. ¡Terrible caducidad de lo ideal, que proporciona un argumento irónico á los materialistas!

Don Francisco.—No hay que generalizar demasiado. No á todos los ídolos, como usted dice; no á todas las imágenes sensibles de cosas ideales se les apaga la vida interior antes de que la piedra, el bronce ó lo que fuere padezca las injurias del tiempo. Pero volvamos al caso concreto: á la estatua de Nueva York. ¿Es que ha desaparecido la Constitución de los Estados Unidos? ¿Ha surgido allí un «duce» ú otro ejemplar análogo, al que en estilo americano habría que llamar «manager» ó algo en este orden? Concedo que lo de Nicaragua no está bien; pero eso no es derecho público, sino darwinismo, competencia vital, el pez grande que se come al chico. Los norteamericanos, como gente práctica, quieren la libertad para sí mismos; la de los demás no les preocupa. El problema de la estatua se reduce á una cuestión de colocación. En vez de estar de frente, mirando al mar, como presumo que estará, pues yo no la he visto, habría que volverla de cara á la ciudad, indicando que su reino y la luz de la antorcha empieza más allá de la aduana americana.

Regúlez.—No pensaba en Nicaragua, sino en las leyes ó reglas de admisión de emigrantes, que ahora van á reformarse. No es la estatua de la Libertad la que debería alzarse en la bahía de Nueva York, sino otra figura: la de la Eugenesia ó la de la Economía política. En el zócalo se podría poner un letrero apropiado tal como: «Nadie pase sin hablar con el portero», ó «Reservado el derecho de admisión». La estatua de la Libertad parece decir: «Entrada libre». Todo lo contrario de lo que sucede.

Don Francisco.—Cierto. Pero he leído que la reforma á que usted alude tiende á hacer más humanas las restricciones impuestas á la emigración, de suerte que no parece el momento indicado para filosofar sobre la pérdida del simbolismo de la estatua.

Regúlez.—Según y conforme, señor don Francisco. Por las noticias que se han hecho públicas acerca de la reforma, se sabe que, en efecto, hay en ella algo que favorece al emigrante. No se le separa de su familia; se le admite con mujer é hijos por la misma cuota. Es una reforma humanitaria, como las rebajas á las familias numerosas ó como la prohibición de vender separados á los miembros de una familia, que se estableció cuando se trataba de humanizar una institución como la esclavitud, esencialmente inhumana. Mas la reforma tiene otras partes menos benévolas. Se favorece la emigración inglesa, irlandesa y alemana con preferencia á la de las otras naciones, y se señala un cupo profesional, para que no entren obreros de aquellos oficios en que sobre personal ó no falte. A la dosificación de la sangre se añade la dosificación de las profesiones.

Don Francisco.—No me parece tal mal. Los Estados Unidos, como tienen ya bastante gente, pueden permitirse el lujo de escoger. Admiten los emigrantes que necesitan ó que

no les estorban, y prefieren á los que tienen con ellos mayor consanguinidad. Es una muestra de sentido práctico. Lo mismo se acostumbra á hacer en las fábricas: admitir operarios de la clase que hacen falta. Lo que usted hace en su casa: si necesita usted una cocinera, no toma usted una planchadora. Los Estados Unidos están en su casa y quieren arreglarla del modo que les sea más útil.

Regúlez.—Sí; obedecen, sin duda á consideraciones prácticas, hasta científicas si usted quiere, propias de la era positiva que Augusto Comte colocaba después de la Edad teológica y la Edad metafísica. Mientras los Estados Unidos necesitaron aumentar su población, no fueron exigentes. Europa vertió allí sus excedentes, sus sin trabajo y sus descontentos. Más de la mitad de la población norteamericana actual no es de generación norteamericana; procede, no del yanqui original, sino de los millones de emigrantes que permitieron poblar los territorios adquiridos en la gran expansión de la primera mitad del siglo XIX, y después cubrir las bajas de la guerra de Secesión y continuar el impulso expansivo. Los Estados Unidos, que hoy miran á Europa por encima del hombro, han sido fabricados en su grandeza actual, no sólo por los descendientes de los colonos primitivos, sino por la masa abigarrada de emigrantes que entró por Nueva York, y por otros puertos cuando no había estatua, pero sí libertad de ingreso. Los Estados Unidos son dos veces establecimiento europeo. Una, por los colonos ingleses; otra, por los emigrantes. Su policía de la emigración conspira, por una parte, á eliminar un factor de azar en la organización racional del trabajo; por otra, á conservar la higiene de la raza y á reformar los elementos étnicos originales. Desde el punto de vista de la *real politik*, de la concepción materialista del Estado, no se le puede negar cierta grandeza. Pero suprime la idea de la humanidad y deroga el principio de que el hombre es ciudadano del mundo. Es una de las manifestaciones del nacionalismo exaltado, que es la gran herejía de estos tiempos. La otra América, que los yanquis consideran inferior, dice: «América para el mundo.»

Don Francisco.—Pero, ¿lo dirá cuando alcance el nivel de población y de desarrollo económico logrado por los Estados Unidos? El conocimiento de la naturaleza humana permite la duda.

Regúlez.—Mientras se realiza la hipótesis, hay una América que dice: «América para el mundo». Podemos alimentar la ilusión de que este principio no será derogado. Si los principales pueblos establecieran una Aduana como la de los Estados Unidos, ¿qué harían los indeseables, los obreros sin trabajo, los hombres que no pertenecieran á esa supuesta aristocracia racial germánica, á la casta aria de Gobineau ó de Nietzsche? Formarían una especie de bohemia internacional. A menos que se descubriera el modo de emigrar á otro planeta, donde hubiese entrada libre, tendrían que formar colonias de impuros en los territorios menos solicitados de la tierra, frente á los pueblos puros resguardados por su Aduana eugénica. ¿Quién sabe si de esas colonias saldrían sociedades florecientes, de intensa civilización? De Botany Bay, que era un presidio, ha salido uno de los más prósperos dominios del Imperio británico. La Eugenesia es científica por aproximación, nada más. La herencia no es tan segura como una combinación química.

«ANDRENIO»

Una Nochebuena de ingenios

La noche del 24 de Diciembre de 1846, siete escritores jóvenes de aquel tiempo tan pródigo en ingenios, estaban reunidos ante una mesa del café Suizo, recientemente instalado en la calle de Alcalá, esquina á la que se llamaba Ancha de los Peligros, y luego de Sevilla, por la razón social Matossi, Fanconi y Compañía; establecimiento que en el mismo lugar ha permanecido hasta hace pocos años, en que la casa que ocupaba ha sido substituída por el edificio de un Banco de los que han invadido la más hermosa calle de Madrid, desfigurando su tradicional y simpática fisonomía. El café Suizo vió pasar por sus ámbitos generaciones de hombres notables, y presenció muchos curiosos episodios de la historia madrileña que tuvieron importancia trascendental en la vida española.

A la llegada de uno más de aquellos jóvenes ingenios á la tertulia, renovóse el tema de la discusión que les había ocupado desde el momento en que se reunieron. Así, fué recibido con la misma canturía que á aquella hora se oía en las calles de la Villa al son de panderos y zambombas, amén de otros instrumentos más sonoros arrebatados á su natural lugar en las cocinas:

Esta noche es Nochebuena,
y mañana es Navidad,

concluyendo todos á coro:

Saca la bota, morena,
que me voy á emborrachar.

—Estábamos pensando—dijo uno de ellos, viniendo al sencillo recitado desde las alturas de lo lírico—en celebrar dignamente la fecha de esta noche, y habíamos decidido que tu casa sería la más á propósito para nuestro concilio.

—Imposible—contestó el aludido—. Acabo

de reñir con aquella fiera mujer que es mi patrona, y no volveré á su casa. Es una señora de tan original criterio, que ha decidido suprimir la comida de hoy, para no estorbar á la cena, que supone que harán sus huéspedes á la hora litúrgica del filo de la media noche. Es una opinión como otra cualquiera, pero que contraría nuestras lógicas aspiraciones de comer sin esperar á luego.

Ante lo especial del caso, comenzóse á pensar por los siete congregados en la necesidad de elegir una casa digna de recibirlos á ellos en tan señalada ocasión. Pensaron primero en acudir á la residencia de algún príncipe de la Iglesia, que podía ser el arzobispo de Toledo, á la sazón en la Corte; el obispo auxiliar, el patriarca de las Indias, ó, sencillamente, el nuncio de Su Santidad. Guiábales la presunción de lo bien provistas que estarían las despensas de estos píos varones y las probabilidades de que su condición, que les obligaba á ofrecer posada y sustento á quien llegase en demanda de ello, les libraba de un violento fracaso en su iniciativa. Pero á la hora en que los siete jóvenes tomaban esta determinación, los preladados habrían terminado ya, probablemente, sus refecciones.

La idea de acudir á la mansión de un grande de España fué señalada, pero no aceptada, porque si el prócer elegido no estaba de humor para bromas y enviaba con cajas destempladas á los inoportunos visitantes, éstos harían cuestión de honor el asunto, y no era cosa de amargar la Nochebuena con la perspectiva de cuatro desafíos. Entonces alguien lanzó la idea genial, la única posible:

—Vamos á casa de Salamanca.

No hubo contradicción. Los siete abandonaron

el café, y, llegando á la próxima calle de Cedaceros, penetraron en la suntuosa vivienda del banquero. El portero intentó cortarles el paso; pero uno de los invasores, con voz enérgica y completo aplomo, le atajó, diciendo:

—El Sr. Salamanca está en casa, disponiéndose á marchar al teatro del Circo, donde esta noche se celebra una función en honor suyo. Sin embargo, no saldrá sin haber hablado antes con nosotros, á quienes espera.

El tono decidido del orador convenció al portero, quien los dejó pasar, y pronto se hallaron en una opulenta antesala, donde varias personas esperaban también poder llegar á la presencia de aquel hombre afortunado y singular. Allí repitióse la escena con un secretario, á quien se anunciaron como siete escritores públicos, según entonces se decía, que deseaban ver al señor. Hablábale, en efecto, por aquellos días de la resurrección de *El Universal*, periódico afecto á Salamanca, y la visita de estos jóvenes ostentando tal carácter literario y solicitando hablar al banquero para un asunto urgente, decidieron al secretario, el cual se apresuró á pasarles hacia las habitaciones particulares del dueño de la casa, el cual recibía en seguida el ahuncio de su visita y no tardaría en salir á saludarles.

Cuando se quedaron solos en el lujoso gabinete esperando de un momento á otro la aparición del millonario, fué cuando empezaron á sentirse un tanto pesarosos del paso que habían dado. Era, sin embargo, imposible retroceder, y no les quedó mucho tiempo tampoco para recapacitar, porque al propio rato abrióse una mampara, y el propio Salamanca, un tanto estupefacto ante los siete visitantes, pero dominando en seguida el asombro con su grande mundanidad y su cor-

—Estábamos pensando
en celebrar dignamente
la fecha de esta noche...

Dibujo de Echea



tesa, adelantóse, saludándoles, como si toda su vida les hubiese tratado, y deshaciéndose en excusas por no haberse presentado en seguida.

—Estaba—les dijo—en la mesa con algunos amigos que me han hecho el favor de venir á comer conmigo, y por eso no he salido inmediatamente. También tengo que marchar al Circo, donde me dedican la función de esta noche, y esto me impedirá consagrar á ustedes el tiempo que quisiera, después de que ustedes me hayan hecho saber á qué debo la satisfacción...

—Somos nosotros los que debemos retirarnos --contestó el que solía llevar la voz cantante entre los irruptores—. Habíamos decidido esta noche celebrar íntimamente la Nochebuena, pero dedicando nuestra reunión á la persona que nos pareciese con mejores títulos á nuestra simpatía. Hemos creído que nadie podía presidirnos mejor que usted, y que usted designase el lugar en que nuestra comida debiera celebrarse. Pero como usted ya ha comido...

—Cuánto celebro, señores—repuso aquel hombre verdaderamente extraordinario—haber sido elegido por tan simpática asamblea para dirigir los debates gastronómicos que se preparan. Pero ya que, como ustedes saben, debo marchar al teatro, yo les ruego á ustedes que, considerando esta casa como suya, usen de mi mesa como si yo estuviera presente. Ahora mismo voy á dar orden...

Y se disponía á hacerlo, como gran señor que era, cuando la asamblea le dijo:

—Retiramos, desde luego, nuestra proposición. No puede celebrarse la sesión faltando el presidente.

—No puedo consentirlo—prosiguió Salamanca—. Ni ustedes me harán ese desaire. Ahora bien: que si ustedes, por razones que comprendo y respeto, no quieren usar de mi casa sin mi presencia, elegiremos un lugar neutral. Vayan ustedes desde aquí á casa de Lhardy, el fondista francés de la carrera de San Jerónimo. Mandaré ahora mismo recado para que se les atienda á ustedes como mis invitados que son, y luego, si me es posible, pasaré por allí á tener el gusto de seguir charlando con ustedes.

En efecto. Antes llegó á casa de Lhardy el secretario de Salamanca, encargando que se dispusiera la más espléndida cena para los siete escritores, que los mismos convidados, quienes intentando una broma, halláronse con uno de tantos rasgos de aquel hombre rico que sabía serlo. A los postres de la comida, que el propio Lhardy en persona quiso dirigir, los brindis copiosos formularon un solo voto. Por que fuese antes de seis meses ministro de Hacienda don José de Salamanca. Y el deseo tuvo exacta realización, pues que el 28 de Marzo de 1847 era nombrado para ese cargo el opulento malagueño.

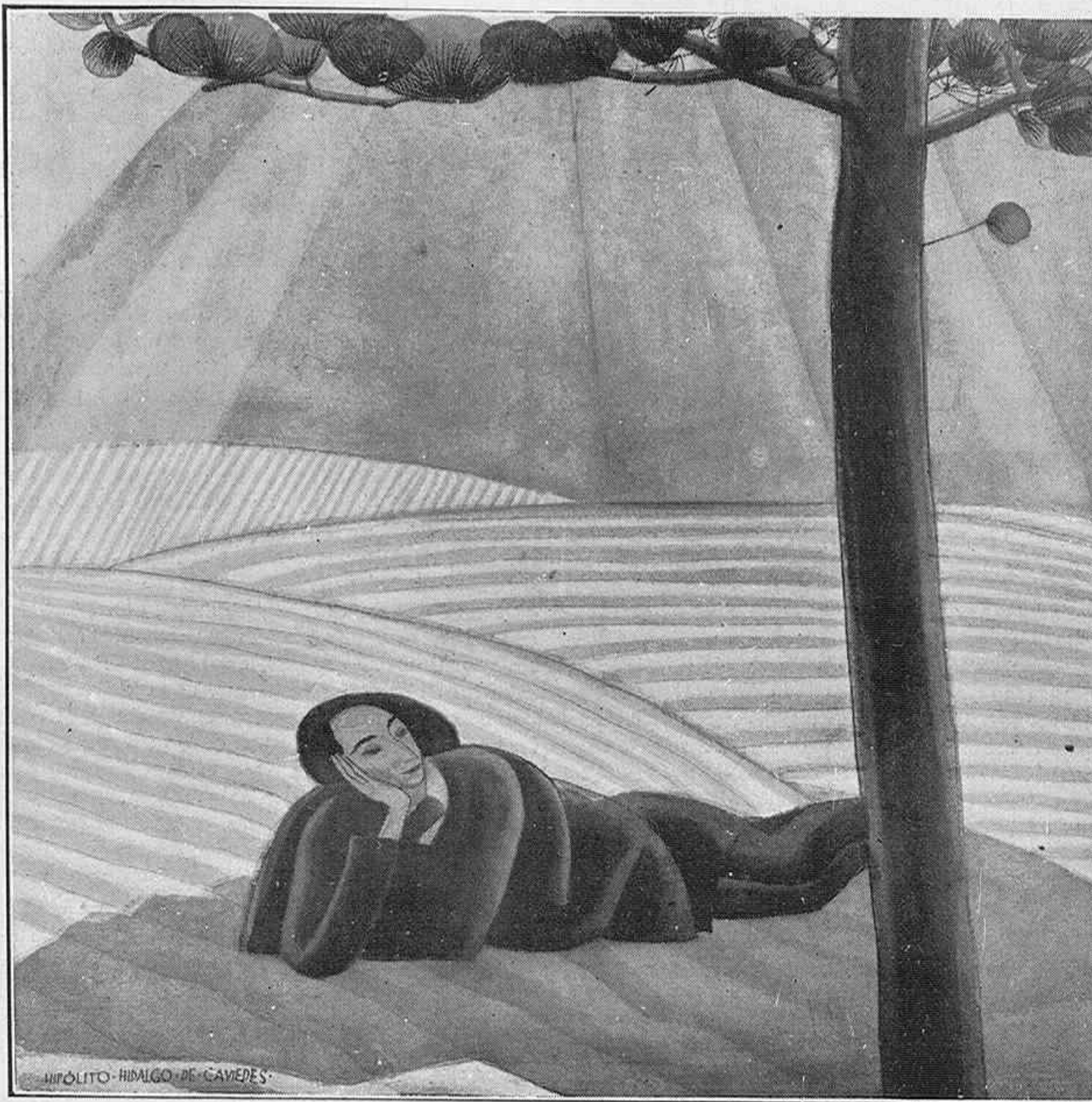
A las tres menos cuarto de la mañana en el reloj del Principal salían los comensales de casa de Lhardy. Llovía y corría un viento helado que acompañaba á la lluvia en eficacia para despejar las calles de ambulantes celebradores de la Nochebuena. Entonces se les ocurrió á los siete convidados acudir en homenaje á la estatua de Cervantes, en la plaza de las Cortes. Allí, entre discursos y versos, sin hacer caso del aguacero ni del vendaval, terminaron la fiesta.

De aquellos improvisados amigos de D. José de Salamanca, no todos dejaron labor perdurable, aunque en su tiempo cosecharon aplausos con sus producciones dramáticas la mayor parte de ellos; como Ratés, Echevarría, Suárez Bravo, Montemar y Eduardo Asquerino. Pero dos han merecido quedar, el uno como poeta lírico y dramático, Eulogio Florentino Sanz, que en aquel Diciembre no había escrito todavía *Don Francisco de Quevedo*, y el otro, decano de aquella reunión, aunque se hallaba en plena juventud todavía, el gran satírico Juan Martínez Villergas.

Ellos tenían talento, y de algo había de valerles en lances como el de aquella noche. Pero era menester que anduviese al mismo tiempo por el mundo un D. José de Salamanca, cosa tan difícil de encontrar como los buenos poetas y los ingenios más agudos.

PEDRO DE REPIDE

Hoy vi un pino en Castilla...



Hoy vi un pino en Castilla... un labriego
de mi tierra galaica. ¡Paisano!
¿Quién te puso á crecer en secano?
¿Qué haces tú aquí, en Castilla, gallego?

Tal le hablé sin palabras, y luego
me tendí junto al árbol hermano.
Sobre el duro terrón castellano,
era el sol una garra de fuego.

Generosa la sombra del pino,
penetrante su olor campesino,
me evocó mi Galicia añorada,

y algo ardiente sentí en la mejilla...
¡Ya sé, árbol; ya sé, camarada,
qué es lo que haces, tan sólo, en Castilla!

ÁNGEL LÁZARO

(Dibujo de Hidalgo de Caviedes)

ENCUESTA DE «LA ESFERA»

Las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes no deben suprimirse



Antiguo Palacio de Bellas Artes, situado en el Hipódromo, hoy Cuartel de la Guardia Civil, Museo de Ciencias Naturales y Escuela de Ingenieros Industriales, en donde se celebraban antaño, con más brillantez y decoro que hoy, las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes

S EIS meses hace que LA ESFERA invitó a los más altos prestigios españoles—pintores, escultores, arquitectos y críticos de arte— a una plática amable y cordial, a un coloquio entre la familia artística, cuyo tema central lo constituía esta pregunta: «¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?»

Las figuras más destacadas y valiosas del arte hispano—magnífico hoy en realidades—han disparado sus flechas sobre el blanco de nuestra encuesta. Sentados junto a la vieja mesa, la plática ha adquirido un sabor y regusto señorial y un empaque de brillante distinción y de nobleza, como cumplía a la historia de los anfitriones espirituales que han honrado nuestra casa.

Los artistas famosos, encanecidos en la lucha por el triunfo y la perfección estética, han aportado su sabia experiencia y su conocimiento profundo del problema debatido; los

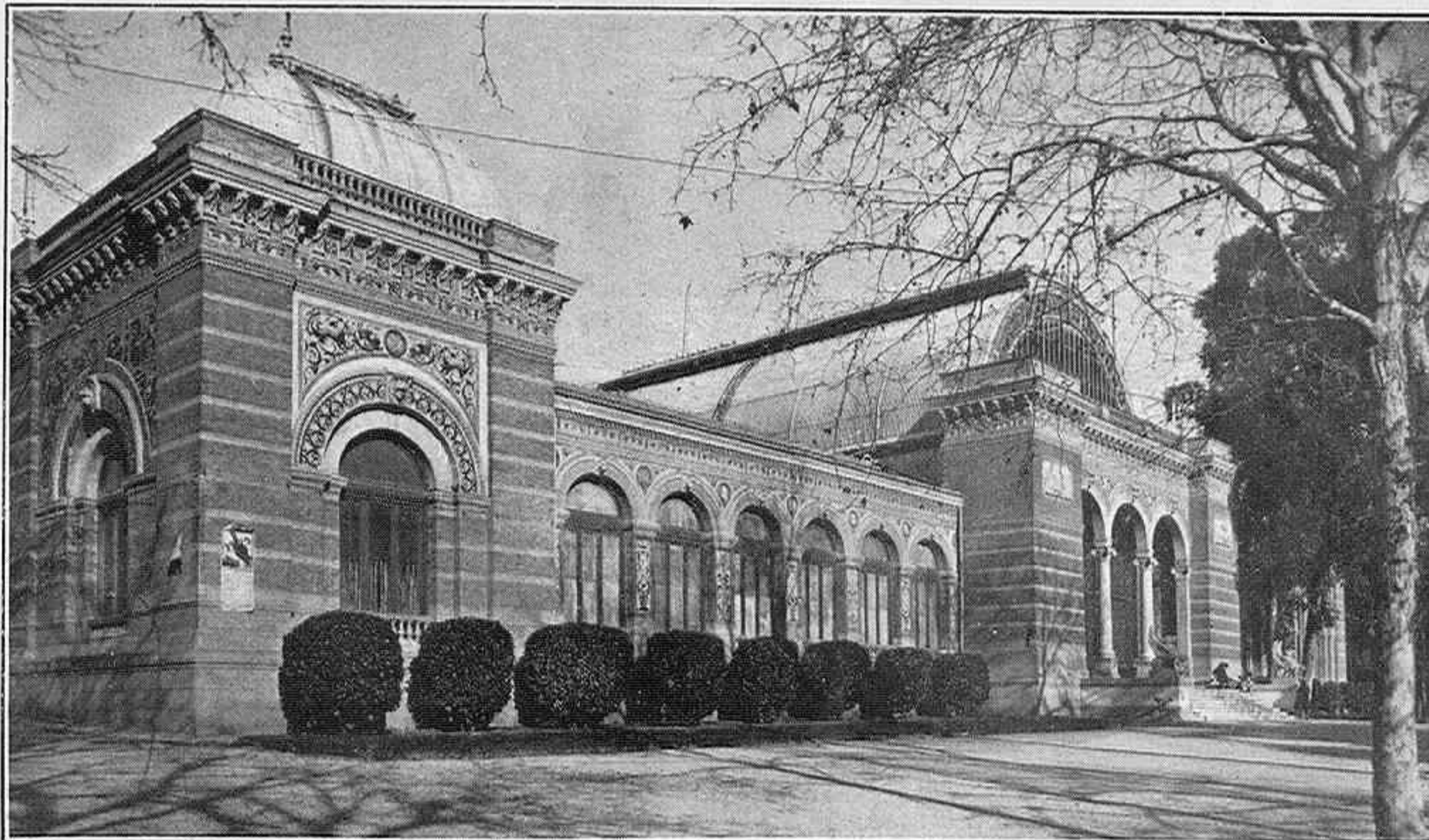
hombres maduros, curtidos en la pelea, cuyas pupilas están aún deslumbradas por el éxito, nos han regalado sus opiniones sagaces, dotadas de fina sensibilidad y honda perspicacia; y los más jóvenes, ardiendo como retamas secas, han

traído en su bagaje expositivo palabras de fervorosa inquietud, de espoleo acuciante y esperanzado. En las opiniones expuestas en este claro fascículo de LA ESFERA ha alentado un generoso optimismo, y la mayoría de los artistas

unidos por lazos de estrecha filiación ideológica, han coincidido en dos puntos principales de nuestra encuesta. Primero, en que las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes—aun con los defectos inherentes a toda obra humana—no deben desaparecer, y segundo, que el local donde se celebran es inadecuado, inservible y antiestético.

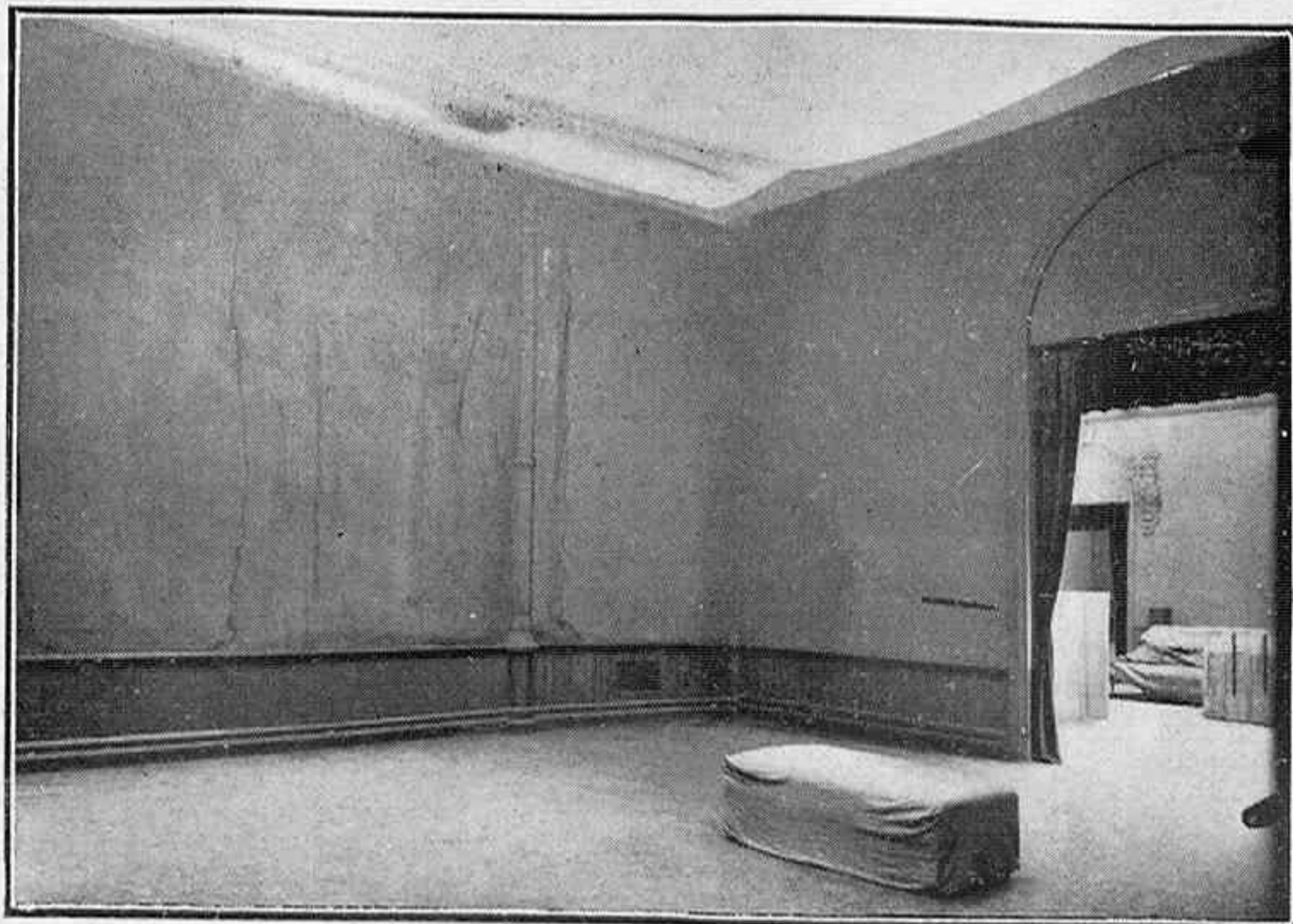
•••••

El lector amable, si ha seguido los pasos de esta excursión nuestra por el terreno artístico, nos va a perdonar que hagamos un inventario ligerísimo ó un somero repaso a la encuesta. Para el resumen de ella hemos requerido la valiosa opinión del actual director general de Be-

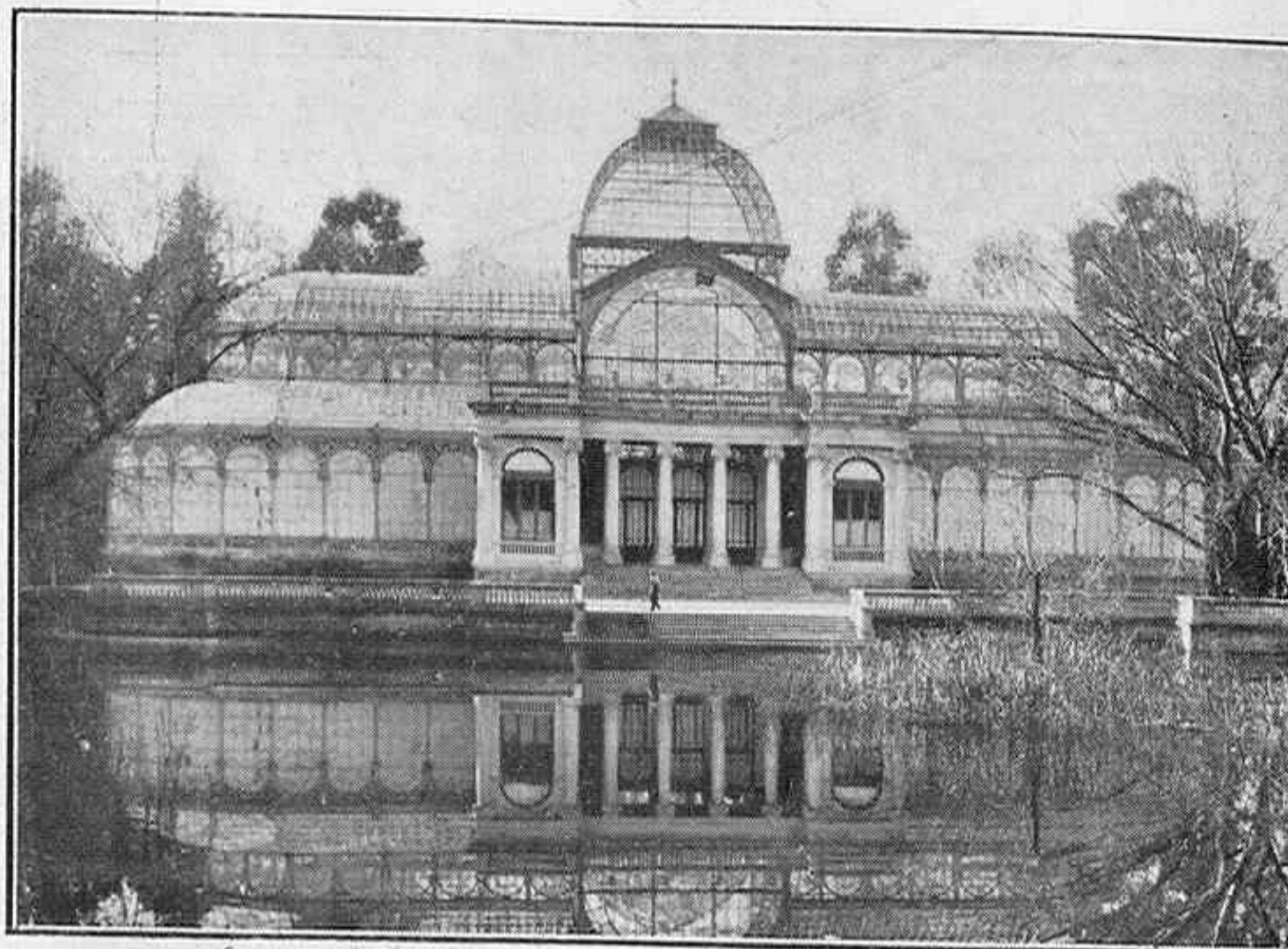


Vista exterior del Palacio actual de Exposiciones del Retiro, que reúne las peores condiciones posibles para exponer obras de Arte (Fots. Cortés)





Una de las salas del Palacio de Exposiciones del Retiro, «modelo» de suciedad y abandono, en donde la palabra «exposición» adquiere todo su dramático sentido



Palacio de Cristal del Retiro, en donde se «expone» la sección de escultura y cuadros en condiciones lamentables

llas Artes, conde de las Infantas, cuya fina sensibilidad está siempre dispuesta á recoger los latidos y aspiraciones de la colectividad artística.

En este desfile de personalidades que componen el mundo de nuestras Bellas Artes, de las treinta y siete opiniones que han honrado nuestras páginas, cinco de ellas han negado de una manera firme y rotunda la eficacia de las Exposiciones Nacionales. He aquí, sintetizados, los cinco criterios discrepantes:

Anselmo Miguel Nieto ha dicho: «Las Exposiciones Nacionales no sirven para nada.»

Francisco Alcántara: «Yo creo sinceramente que cualquier cosa es mejor, como medio de vida para los artistas, que las Exposiciones tal como hoy están organizadas.»

José Francés: «Yo he sido siempre enemigo de las Exposiciones Nacionales. No tienen razón de ser desde ningún punto de vista.»

José Pinazo: «Tal como se celebran hoy, es mucho peor que si no existiesen.»

Juan de la Encina: «Deben suprimirse. Hay que someterlas á una larga dieta.»

Frente á este criterio negativo y pesimista de

tres críticos de calidad y dos ilustres pintores, se alza la opinión unánime de la mayoría de los artistas y críticos que creen que las Exposiciones Nacionales, saneadas de errores y favoritismos y protegidas moral y económicamente por el Estado, son un medio eficaz de ponerse el pintor ó escultor en contacto con sus camaradas y en relación con el público. En medio de la apatía, la soledad y la indiferencia en que se desenvuelve el artista en nuestro país, no es justo mermarle medios de destaque y pelea. Al contrario, hay que acrecentarlos. Como ha dicho un pintor de manera gráfica al responder á nuestra pregunta: «Suprimir las Exposiciones porque en ellas se cometen abusos, es lo mismo que cortarle á uno la cabeza porque le duele.»

Respecto á las medallas, las opiniones han sido más diversas y contradictorias. Hay quien cree que son perniciosas «porque con ellas se establece una especie de ascenso en la carrera artística que por su índole es refractaria á la catalogación burocrática», y otros, en cambio, opinan que su conquista es un brillante entorchado que pregona y enaltece el mérito del artista.

LA ESFERA, al dar rendidamente las gracias á los señores que tan hidalgamente han contestado á nuestra pregunta, quiere, al hacer su saludo de gratitud en este penúltimo umbral de la encuesta, reiterar su opinión dicha de una manera clara y diáfana en los comienzos. Nuestro criterio expuesto entonces, y reafirmado hoy, es éste: «Las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes deben subsistir. Si adolecen de defectos; si alguna vez se han cometido en ellas injusticias y arbitrariedades, búsquese el medio más eficaz de limpiar de máculas estos Certámenes artísticos para que adquieran todo su valor y categoría. Un propósito rígido de enmienda y un procedimiento basado en la más estricta justicia, hará que las Exposiciones Nacionales, en vez de convertirse en un torneo de apetitos y concupiscencias personales, sean un glorioso palenque que ponga de relieve la importancia extraordinaria y el esplendor que han adquirido las Bellas Artes en nuestro país, en esta época en que, por la abundancia de buenos artistas y de obras excelentes que hay, hace pensar que asistimos á un verdadero renacimiento.»—JULIO ROMANO



Vista general del edificio donde está instalada actualmente la fábrica de la Moneda y Timbre. Los artistas, por unanimidad, tienen solicitado que, cuando se traslade la Fábrica de la Moneda al nuevo Palacio, se convierta la amplia mansión en magnífico local para Exposiciones de Bellas Artes (Fots. Cortés)

CÁMARA-F.II

V I S P E R A S D E P A S C U A



Vendedoras de pavos en un mercado de Valencia
(Fot. Cabedo)

CAMARA-EUR

YENEDIA
MONTANA

EN ESTOS DÍAS

LAS FIGURAS DE BARRO SE VAN

CADA nueva Navidad comprobamos su decadencia, cada aniversario de la Natividad de Jesús vemos disminuir los puestos y barracas de nacimientos, y aumentar en cambio los de juguetes, panderos, zambombas y rabeles y crecen los montones de ramaje para hacer árboles de Noel.

Las figuras de barro se van. Es un desfile humilde y agrio de color que encabezan los Reyes Magos sobre sus caballos encabritados, sus camellos lentos. Siguen los pajes que conducen otros dromedarios portadores de regalos informes, cubiertos de gualdrapas verdes, rojas, azules y amarillas. Detrás, el conmovedor grupo que inspiraba a los pintores seráficos de otros siglos, *La huida a Egipto*: la Virgen sobre el rucio, cuyo roncal lleva un ángel de túnica rosa y alas desplegadas, seguidos del buen San José con su bordón de peregrino. Marcha luego el tumulto de madres implorantes y defensoras de sus hijos, luchando con los soldados de Herodes, en alto los gladios cortos de purpurina y al viento las plumitas de pollo de los cascos, y como en las zarzuelas de ayer, sigue el coro general, vestido de pastores y pastoras de toda edad y diferente sexo, cargados de buclicas ofrendas ó tocando los mismos instrumentos músicos que los madrileños de hogaño, las noches del 24 y del 31 de Diciembre. Y más detrás, los rebaños de corderos y borregos de vellones blancas y patas de alambre, el paverío negro y rojo, los asnillos de molinero y los mastines de ganado y las humildes avejicas de corral. Todos portan consigo el pedazo de verdor agrio en que el ingenuo artífice le clavó las patas cuando todavía era blando y maleable barro.

No quedan tampoco aquellas otras figuras agrupadas en escenas y episodios estables. El pesebre con el Hijo de Dios, desnudo, sobre un triángulo de vermellón y purpurina, rodeado del buey y la mula informes y de los orantes de la Virgen y San José, bajo el arco en ruinas, del que cuelga el pegotito blanco del Espíritu Santo y sobre el cual se ha posado la estrella rabuda y de hojalata que guía á Reyes y labriegos; las cocinas y hornos abiertos á la mirada y la codicia infantil; la cena de los pastores interrumpida por el ángel de la anunciación; la Venta en que se niega asilo á los divinos fugitivos—esa Venta esquemática como un dibujo impresionante ó un decorado de vanguardia—donde se ve asomarse al ventero del gorro colorado y el candil enorme; el palacio de Herodes, con sus trazas de castillo medieval y sus ventanas de talco y su lancero romano haciendo centinela ante el portón; las lavanderas inclinadas sobre el trozo de espejo; el viejo de las gachas, embozado en su capa parda y calentándose las manos sobre la cazuela que husmea un perro blanco con lunares negros... y quedan solitarios y olvidados los nacimientos de corcho, nevados de harina y escarchados de mica, despoblados sus caminos de serrín engomado y sus colinas de papel con palmeras de cartón y arbolillos de paja...

Nuevas costumbres, traducciones vivas de los gustos exóticos, van expulsando de nuestras fiestas de Navidad á las toscas figuras de barro en que habían caído ya pretéritos y artísticos empeños.

El árbol de Noel vence á los *Belenes* y á los *Pesebres*. En un tiempo todavía no muy lejano gustaban las familias españolas de reunirse frente al artilugio más ó menos complicado del Nacimiento. Lo iluminaban velitas de colores, y chicos y grandes cantaban villancicos antiguos, al son de panderos, tambores y zambombas.

Durante muchos días se preparaba el nacimiento, se disponía su más ó menos acertada distribución de figuras y era un placer sano y hogareño el que tal suerte se disfrutaba.

Ahora, en torno del árbol exótico colmado de



«La vieja de los huevos». Figura de Nacimiento italiano

bolas de vidrio, de baratijas y sorpresas, se bailan charlestones epilépticos al son de la radio y la pianola.

Pero acaso no tengamos derecho á quejarnos, nosotros los que consentimos la decadencia de los nacimientos artísticos, de esta repulsa cada día más clara é implacable, de los que vinieron después.

Italia y España rivalizaron á fines del siglo XVIII y durante los tres cuartos de siglo del XIX en el arte de componer los nacimientos. En templos, conventos y palacios, la evocación plástica llegó á adquirir extraordinaria importancia y colaboraban en ella verdaderos escultores.

Todavía en Barcelona—Cataluña es, acaso, la región española donde permanecen más arraigados los sentimientos tradicionales y el culto á las costumbres de ayer— se exhibe el grupo *La Adoración*, de Amadéu, que con Campany, Vallmitjana y Talaru se distinguieron como excelentes *pesebristas*.

Hace años, por iniciativa de una ilustre aristócrata, se expuso, en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, un Nacimiento de positivo mérito artístico, con esculturas y tallas italianas y españolas del siglo XVIII.



«El rabadán y el zagal». Figuras de Nacimiento

También en una Exposición de Industrias, del Retiro, encontramos la piadosa y estética reiteración.

Pero estos esfuerzos se pierden, se rinden ante la indiferencia general. Entre aquellas esculturas y las toscas figuras de barro ó—lo que es peor—las estúpidas y pretenciosas fabricaciones de tipos hebreos é imágenes brillantes con que ciertos industriales, de mejor intención que capacidad estética, pretenden substituirle, hay una diferencia colmada de melancólica nostalgia.

Pero no deberíamos resignarnos á que los nacimientos se derrumbaran definitivamente y las figuras de barro se fueran para siempre. Valdría la pena, acaso, de interesar á entidades oficiales ó particulares, decisivas en la orientaciones artísticas, para un posible concurso de obras de este género, al que volviesen sus miradas y sus manos los escultores modernos, animados de aquel suave y soñador espíritu infantil de sus predecesores en el arte ingenuo de los *Belenes* y de los *Pesebres*.

FORTUNIO



«El pastor de las granadas». Talla italiana del siglo XVIII



«Un Nacimiento». Del siglo XVIII

CÁMARA FOTO

VIAJE A BELÉN

(CUENTO DE NAVIDAD)

PASABAN los grupos de romeros cantando villancicos de la Navidad del Señor. Iban de fiesta pascual á la ermita de Olmedo; en pleno bosque, formada por dos gigantescos dolmenes drúidicos, unidos entre sí por grandes piedras, que la hacían capaz para cobijar á un tiempo cien peregrinos en su recinto piadoso.

Allí, todos los años, de Nochebuena á Reyes, desde tiempo inmemorial, se adoraba el Nacimiento, de imágenes primitivas, sobre una decoración rústica que la devoción campesina, tradicional y popular, formaba todos los años, porque en el fiel cumplimiento de este deber religioso, que mantenía incólume una ancestral superstición, cifrábase la acción propicia del tiempo sobre las tierras sembradas y la abundancia y bondad de las cosechas.

Esperaba á los romeros, y de ellos recibían los diezmos y primicias voluntarios, á cambio de bendiciones y consejos y divinas promesas de bienaventuranzas para la eternidad, un viejo ermitaño, de lengua barba patriarcal y beata expresión en todo su semblante, lleno de prestigio de santidad.

Iban las mozas y los mozos cargados de tomillo silvestre, haces de espadañas y cestos de malvas y de musgo.

Y las viejas, arrebuadas en sus mantelos, llevando al brazo sus cestillos de mimbres prevenidos de huevos, de quesos y de miel, y de harina de flor y grano de centeno y de maíz, pasaban renqueando, rezagadas y hablando de consejas, que oían los rapaces boquiabiertos de miradas pasmadas, recelosas, atisbadoras del camino andado, escrutando en las sombras lejanas de los pinares y de los hayedos poblados de fantasmas.

La luna era como una blanca faz de diosa antigua. Una de aquellas diosas mitológicas que presidían en los bosques sagrados las fiestas bucólicas.

Entre los grupos mozos iban muchos cogidos de las manos, dando «aturuxos» célticos y alegres «alalae».

Guardaban las armonías de sus cantos á coro, sobresaliendo en unánimes notas agudas las voces cantantes seguidas de los bajos, en tono de sordina. Se oían á lo lejos, en un rumor sonoro y acordado, los fugitivos ecos como las ondas del viento y las olas de la mar:

Belén..., Belén..., Belén...

decían al unísono las voces atipladas; y las graves, acompasadamente, repetían:

En el Portal de Belén...

Y á lo lejos, los ecos:

Belén..., Belén...

Y de cuando en cuando, los «aturuxos» célticos eran como cohetes de alegría en el claro silencio de la noche campestre.

En tanto, allá, en la linde del bosque, se veía, iluminados los ojos y la boca por una luz interna, la cara de una choza, vestigio de las sombras.

Sí; parecía un monstruo de las selvas, un dragón legendario de ojos y lengua de fuego.

Un penacho de humo, en espiral creciente, se elevaba sobre el monstruo, como un surtidor de sombras en el azul intenso.



—Están de fiesta, por lo que se ve, los Xuanes de la Gándara—dijo una de las viejas, interrumpiendo un relato sabático.

—Buena fiesta nos dé Dios tienen los pobres—respondió otra de las viejas—, con el rapaz enfermo!...

—¿Está malo Xuanín?...

—¡Pobriño!...

—¡Malpocadiño!...

—¡Ay, Dios hacíales mil favores con llevarse-lo!... ¡Es más ruin que el diablo!...

—¡Calla, por Dios, mujer, no seas «meiga»!...

—¡San Silvestre!...

—¡Santa Comba!...

—¡Huéleme á malvavisco!... ¿Son esos los brañales?

—Son...

—¡Eh, rapaciños, cogedme algunas hojas para el Nacimiento del Señor!...

—Y á mí también, «filliños», para un colirio!...

—¡Ay, son mano de santo!... ¡Así Dios me salve!...

Se alejaban las viejas rezagadas; se alejaban renqueando y murmurando. Eran la retaguardia inválida de la alegría y de la vida.

Se alejaban en hileras, arrastrando sus sombras, que la luna, en el suelo, hacía macabras...

Formaban como una bandada de urracas heridas, con las alas rotas.

Delante iba la mocedad gayá y bullanguera, dejando una alegre estela de sonidos acordes y aromas de campiña...

Un tropel de nubes que avanzaban por el Occidente ennegrecían el cielo y el paisaje con su sombra siniestra. Parecía como si un buho gigantesco, de enormes alas, tendiese hacia la luna su vuelo silencioso.

El viento, dormido en las algabas frondosas, se despertó asustado. Un temblor pavoroso agitó la quietud de los campos en sueño. Las ramas de los árboles sacudieron sus hojas aletargadas. Los prados ondulaban como el mar, y los alfalfares parecían mantos de terciopelo sacudidos vigorosamente por manos invisibles. Entre los campos serpenteaba el río, lleno de reflejos lunares; serpenteaba con palpitaciones epilépticas, como un reptil herido.

La choza de los Xuanes apagó la luz de sus ojos. Las siluetas de las viejas romeras rezagadas parecían, en lo alto de una cuesta, agitar los brazos desesperadamente, como espantajos de sembrado, ante el acoso súbito del vendaval. Mas no eran los brazos, en verdad, sino los cabos de los mantelos, que el viento flagelaba.

Ellas corrían clamorosas, corrían siguiendo jadeantes á la juventud jaranera, y el viento, en-

furecido, las perseguía levantando sus sayas complicadas y sus recios refajos, azotándolas implacablemente con sus manos frías.

Los «aturuxos», ya lejanos, remedaban el ulular del viento, repetidos lúgubrememente por los ecos del soto.

En tanto, en la choza de los Xuanes velaban sus moradores con angustia en torno de la cama donde el pequeño Xuanín yacía, desahuciado por el médico, presa de la fiebre maligna.

La abuela, Mari Xuana, salmodiaba oraciones antiguas, de tradicional y milagrosa eficacia, repasando entre sus manos, temblorosas y escuálidas, las cuentas de madera de un viejo rosario.

La madre y el padre miraban desesperadamente el fantasma de la muerte, que parecía alzarse sobre el hijo, presa de un gran desasosiego. Era un rapaz tan sólo de once años, pálido y de pelo mohato, como una tierna espiga de maíz; el más gracioso y listo de los rapacines de la aldea y sus contornos; el más avisado en picardías. Nadie más ágil que él para trepar por los árboles ajenos y gustar del fruto primerizo; ninguno más ligero en la huída. Era el terror de todos los gatos y el aliado de todos los perros... Las gallinas, al verle pasar, le miraban de reojo sin perderle de vista, haciendo que picoteaban en los estercoleros. Los cerdos huían desesperadamente, convirtiéndose en alas sus largas orejas. La cotorra de la alcaldesa le llamaba «gorrino», y los gansos, ¡ah, los preciosos gansos del señor «abade», los gansos sibiráticos!, cuando lo divisaban á la legua, de tanto como estiraban sus cuellos (vanguardia impacientísima de sus pies torpes) en busca del refugio del agua, la desesperación en la carrera los convertía en cisnes.

Pero las viejas lugareñas, las abuelas refunfunas, eran sus implacables enemigas, porque él las aburría con toda clase de travesuras y, lo que era aún peor, les hurtaba los huevos y las patatas.

Y entre todas las abuelas, la suya propia, la madre de su madre, que ahora rezaba fervorosamente á la Virgen de las Angustias por su salvación, era la más hostil, por ser de todas ellas la más atormentada.

Un día lo vió trepar á lo alto de un castaño, desgarrándose los calzones:

—¡Así te desnues, «laczán»!—gritaba ella á grito herido, mientras para sus adentros suplicaba: «¡Ay, Señor nuestro, ampárale!...

Otro día lo vió luchar temerariamente entre las primeras filas de honderos en una encarnizada pedrea. Allí estaban los zagales de Celanova, los segadores de Castrolongo, los pastores de Rebellón...

¡Era tremendo el silbido de los guijarros rasgando el aire, el restallar de las hondas, las bajas de los combatientes en ambos bandos. ¡Toda una epopeyal...

La abuela, en el paroxismo del furor, gritaba á los zagalones:

—¡Matailo! ¡Matailo!... ¡Ay, Virgen Santísima, salváimelo!...

Y sin temor á las mortíferas balas de sílice y de «seijo», se hizo entre los combatientes en busca del nieto rebelde, que la huía; se lanzó enloquecida, desgrefiada, agitando los brazos como alas impotentes, semejante á una heroína

antigua, de aquellas legendarias y homéricas, cuya sola presencia, semidivina por la fiera en el peligro, decidían las batallas.

¡Bien ignorante estaba ella de que su pequeño, en aquellas proezas, emulaba al propio David, cuando era pastor, y que, como el rey bíblico, había vencido, «con honda y piedra», al Goliath del miedo, primera hazaña de todo hombre para poder reinar en la vida!

Y ahora la pobre vieja ponía toda el alma devota en sus labios orantes en demanda del perdón para el rapaz y de la misericordia divina.

—¡Hay que salvarlo, hay que salvarlo!... clamó la madre sacudiendo con desesperación su abatimiento—. ¡Ay, no podemos dejarlo morir así!... Si el médico no puede hacer ya nada, que venga el señor «Abade»...; que venga el santo ermitaño de Olmedo... ¿No es hoy, esta misma noche, cuando nace el Salvador?... ¡El Niño Dios puede hacer el milagro!...

—¡El milagro, el milagro!...—repitió la abuela, con la faz radiante—. ¡Dios lo hará!—Y empujando á los padres hacia la puerta, les animaba con palabras aladas y fanáticas promesas: —¡Id á buscar al Niño Jesús!...

Corrían por el campo los esposos, abrigados por el calor de su propia fiebre. Corrían por el campo desierto, lleno aún de luz de luna, como las almas en pena, seguidos de sus sombras. Se alejaban como dos avestruces asustadas, ayudados por el viento, pero aún más por su propia ansiedad.

Y mientras, en la choza, la pobre abuela repasaba ferviente las cuentas bendecidas, impetrando la gracia divina.

La llama del candil agonizaba entre las sombras.

En el lar, las ascuas de los tojos consumidos brillaban fantásticamente sobre un lecho de cenizas.

Un can famélico dormía junto al fuego extinguido.

De pronto, la ventana que daba á los pies de la camita del enfermo se abrió violentamente, al vigoroso impulso de una ráfaga helada.

El candil se apagó y entró un rayo de luna. Caía fuera una lluvia blanca; eran copos de nieve.

La abuela, con alarma, se apresuró á cerrar las vidrieras, afirmando la falleba.

—¡Dios me asista!—murmuró santiguándose, mientras se disponía á arropar al enfermo. Pero éste se había incorporado y miraba al cielo á través de la ventana, con los ojos dilatados, los brazos extendidos y la sonrisa jubilosa.

La abuela, al verlo, retrocedió unos pasos asombrada:

—¡Hijo mío! — exclamó llena de gozo—. ¿Qué miras, mi rapaz?...

Pero el rapaz no contestó. Seguía sonriendo á lo invisible, con el gesto y las manos anhelantes. La luna lo besaba por entero con su luz celestial.

Fuera de la zona de luz donde estaba la cama, todo era negro, y sobre lo negro, el rostro de la abuela parecía iluminado por la sorpresa.

—¿Qué miras, mi rapaz?...—tornó ella á

preguntar, loca de contento—. ¡Habla, rapacino mío!...

Y por fin, él habló con voz extraña y dulce, voz irreconocible, ultraterrena, como de despedida:

—¡Abuela, abuela!—dijo—. ¡Abueliña! ¿Está conmigo?...

—¡Sí, mi rey!...

—¿No ha de reñirme más porque suba á los árboles?...

—¡No, cielo mío, no!... ¡Subirás á todos siempre que tú quieras!... ¡Y yo contigo!...

Ella le hablaba ahora sentada al borde de la camita, la gran cuna familiar y hereditaria, de pies de balancín, donde se habían criado varias generaciones. Le hablaba con gran mimo, cogiéndole las manos y meciéndole suavemente.

—¡Subiremos á los árboles más altos, mi Xuanín!

—¡Ahora, abueliña, quiero subir al cielo!...

—¿Al cielo, mi ángel? ¡Antes tengo que ir yo, para esperarte!... ¡Tú aún tienes que vivir aquí mucho tiempo con tus «papaiños»!...

Ponía la abuela en su acento meloso toda la ternura de su alma. Sus manos, sarmentosas y trémulas, oprimiendo las manos débiles y febriles del niño, parecían las garras de un águila vieja; pero el niño no se quejaba.

—Abuela, yo veo el cielo por ese burato de luz... ¿Verdad que vuelan los ángeles?...

—¡Verdad es, mi alma!...

—¡Cuántas plumas blancas caen de sus alas!...

—¡Esta noche están de fiesta porque nació el Niño Dios!...

—¿Y dónde nació?...

—En Belén...

—Y Belén, ¿dónde está?...

—Allá muy lejos, en la luna...

—¡Vámonos á la luna, abuela!...

—¿Y en dónde, hijo mío?...

—Aquí, en mi cuna, bien cabemos los dos...

Vamos como cuando yo era muy rapacín; ¿te acuerdas, abueliña? Tú movías la cuna y me

llevabas por el mar... ¡Qué gusto! Entonces cantabas!... ¿Cómo cantabas?...

La abuela se pone á cantar, meciendo la cuna. Canta con voz cascada y rota, por los esfuerzos al afinarla para hacerla más dulce. Es una voz de arpa vieja y destemplada, que, de vez en cuando, consigue acentos armoniosos:

*Esta es el Arca de Noé,
la del Diluvio Universal.
Suben las aguas hasta el cielo...
¡Hasta la luna llega el mar!...*

—¡Así, así, abueliña, ahora llegaremos á la luna! ¡Qué alegría!... Y allí veremos al Niño Dios... ¡Métete en el arca!... ¡No te mojes los pies!... ¡Sigue remando, sigue cantando!... ¡Uno, dos, tres!... ¿Pasan los Reyes Magos?...

—¡Sí, pasan! ¡En aquellas nubes!...

—¿Me traen juguetes y dulces?...

—¡Sí, te los traen!... ¡Pasas, higos y nueces!...

—¿Y un carnero de veras?...

—Y un carnero también...

—Diles que entren en nuestra barca... ¡Llámales!...

—¡Eh, Melchor, Gaspar, Baltasar!... ¡Tú, cara de betún, llama á tus amos, que mi nietecito quiere verlos!...

—¡Ay qué gusto, abueliña!... ¡Sigue remando!...

La abuela vuelve á canturrear, meciéndole siempre:

Esta es el Arca de Noé...

El nieto cierra los ojos, suelta las manos y se reclina blandamente sobre las almohadas. No se ha borrado de su rostro la expresión feliz de su sonrisa. Fuera se oyen las voces de gentes que se acercan. La abuela sigue la cantinela, mientras mece la cuna blandamente:

*Y hasta la luna llega el mar...
Y allí, en la luna, está Belén...
Hacia Belén vamos también...*

Se abre la puerta de la choza y entran los padres, seguidos de gentío. Son los romeros de Olmedo. Llegan la mo

cedad condolidada y la vejez plañidera. Entre ellos viene el santo ermitaño, que trae entre sus brazos, envuelta casi en su capa de estameña, la imagen desnuda de un Niño Jesús.

—¡Hágase el milagro!... ¡Hágase el milagro!... —dice la madre llena de fe.

Y el coro fervoroso de las viejas creyentes repite:

—¡Hágase el milagro!...

Todos claman de hinojos á la piedad celeste.

Pero la abuela, dejando de mecer la cuna, les impone silencio:

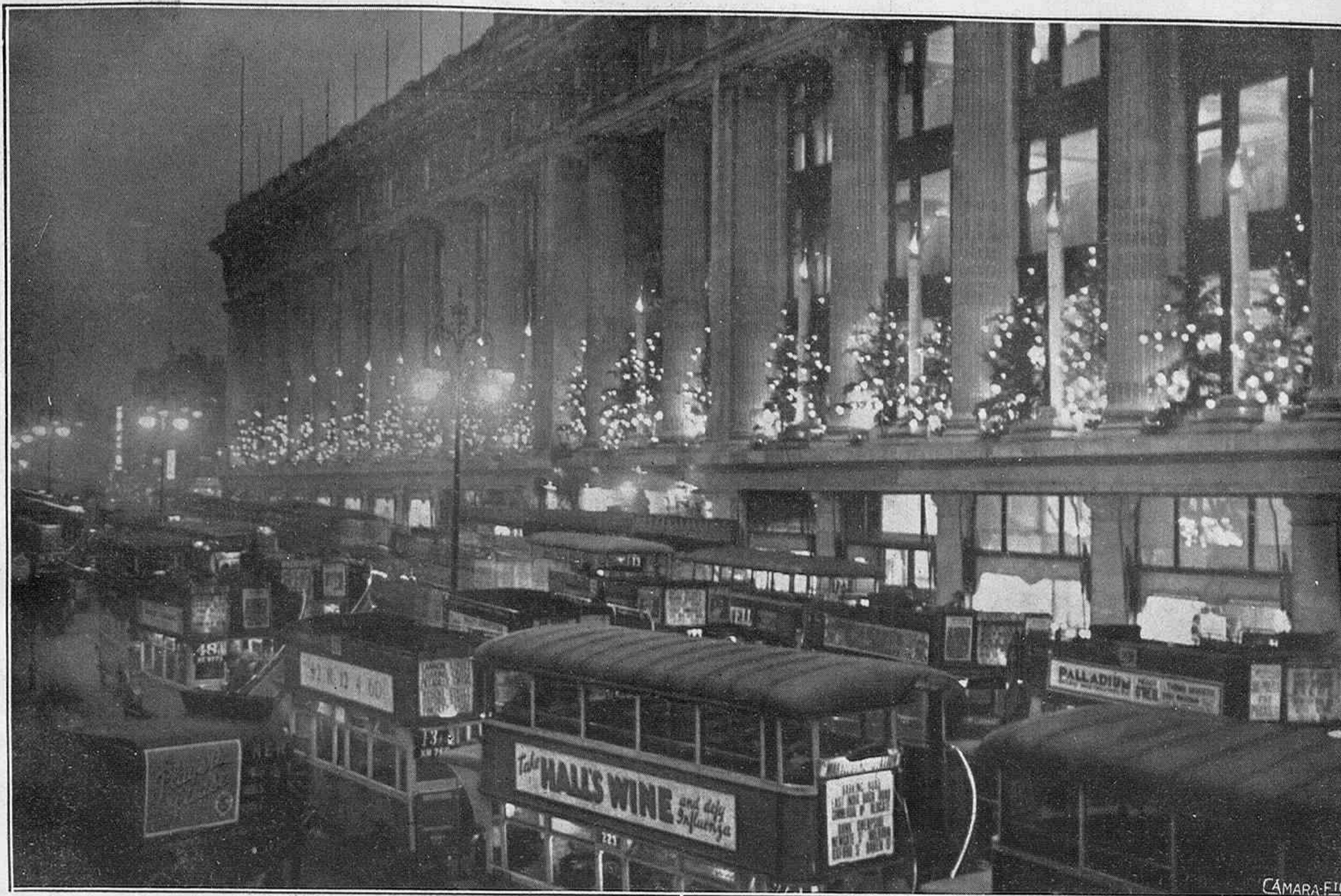
—¡Callad!... ¡Está en el cielo!... ¡Yo misma lo he llevado!... ¡Se ha dormido viajando hacia Belén!...

El santo ermitaño, silenciosamente, posó su mano piadosa sobre la blanca frente del niño inerte; luego la deslizó hasta el corazón y esperó en vano el latir de la vida.

—Vámonos, Señor —dijo al Niño Jesús, que tenía entre sus brazos—. Hemos recogido su ánima...

GOY DE SILVA
(Dibujos de Manchón)





Aspecto externo de un bazar londinense, en víspera de Pascuas

UNA QUIMERA DE ILUSIONES

LA FIESTA UNIVERSAL

ULTIMOS días de Diciembre y primeros días de Enero: Navidad, Noel, *Christmas*, los Reyes Magos; fechas que la fantasía infantil llena de anhelos y que el amor paternal no quiere llenar de desilusiones. Las figuras clásicas, viejas desde que nacieron y que no han podido ya envejecer, siguen siendo las mismas que alucinaron en las mismas fechas á nuestros padres, á nuestros abuelos, á nuestros bisabuelos.

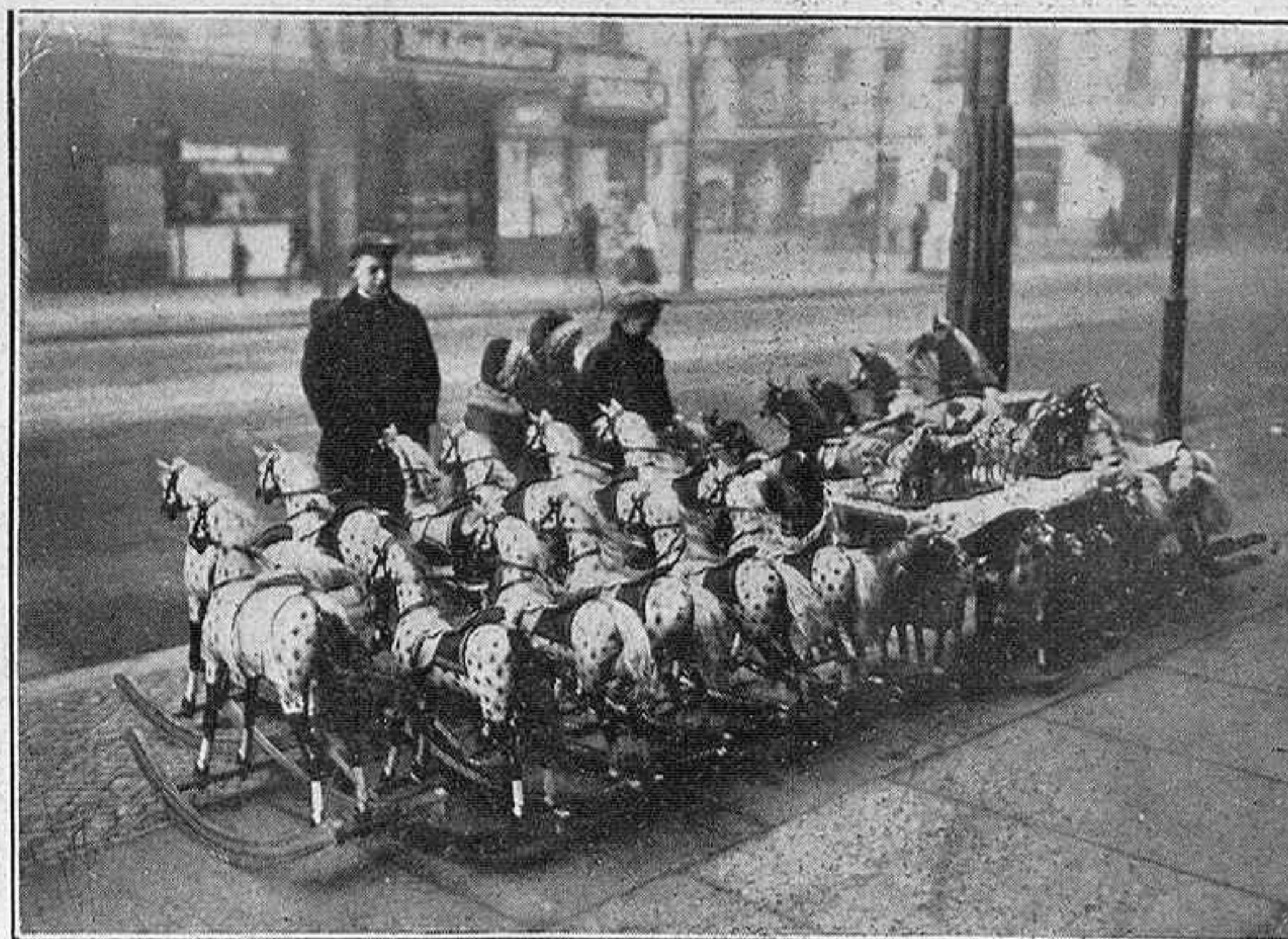
Los Reyes Magos, con su cortejo fastuosísimo, al que dan color oriental las cabalgaduras exóticas aun más que el policromo indumento, y el padre Noel, con su saco á cuestras y su apariencia de mendigo, son aún como fueron ayer; conservan sus rasgos característicos definitivos y conservan, sobre todo, su esplendor.

Los bazares de juguetes se agrandan y subliman en estos días; los bazares universales en que durante todo el año se venden las cosas más diversas, quedan convertidos también en jugueterías inmensas, conquistadas por el artículo del día que vence y expulsa á todos los demás, y aun parece insuficiente tan enorme espacio, y las principales vías de Madrid, como las de Londres y las de Berlín, se convierten en bazares de ocasión que excitan aun

más el unánime anhelo infantil y le seducen, frenadores de la fantasía, á términos concretos, á deseos perfectamente claros y definidos, que sólo tienen ya de irrealizables el ser múltiples, demasiado exigentes en cantidad, como casi todas las ambiciones humanas.

Un puesto de nuestra plaza de Santa Cruz y un *chaland* boulevardier, son cosas tan parecidas que hablan en contra de las diferencias raciales y de las características etnográficas: muñecas y caballos de cartón, automóviles y mobiliarios diminutos, son en todas partes, en Madrid como en Londres y en París como en Berlín, la base de esos admirables tenderetes que con su sola presencia hacen ya la felicidad de los pequeños á quienes la vida reserva indudablemente más amarguras que placeres. Un juguete, por tosco y primitivo que sea, es para el niño que ha de usarle algo insuperablemente maravilloso.

Los psicólogos de la infancia han averiguado, fácilmente, que no son los juguetes más perfectos y más finamente acabados los más gratos á los niños. La razón es obvia: las imaginaciones infantiles son suficientemente espléndidas para enriquecer, con actuar sobre ello, lo más tosco y elemental, y se recrean mucho más que

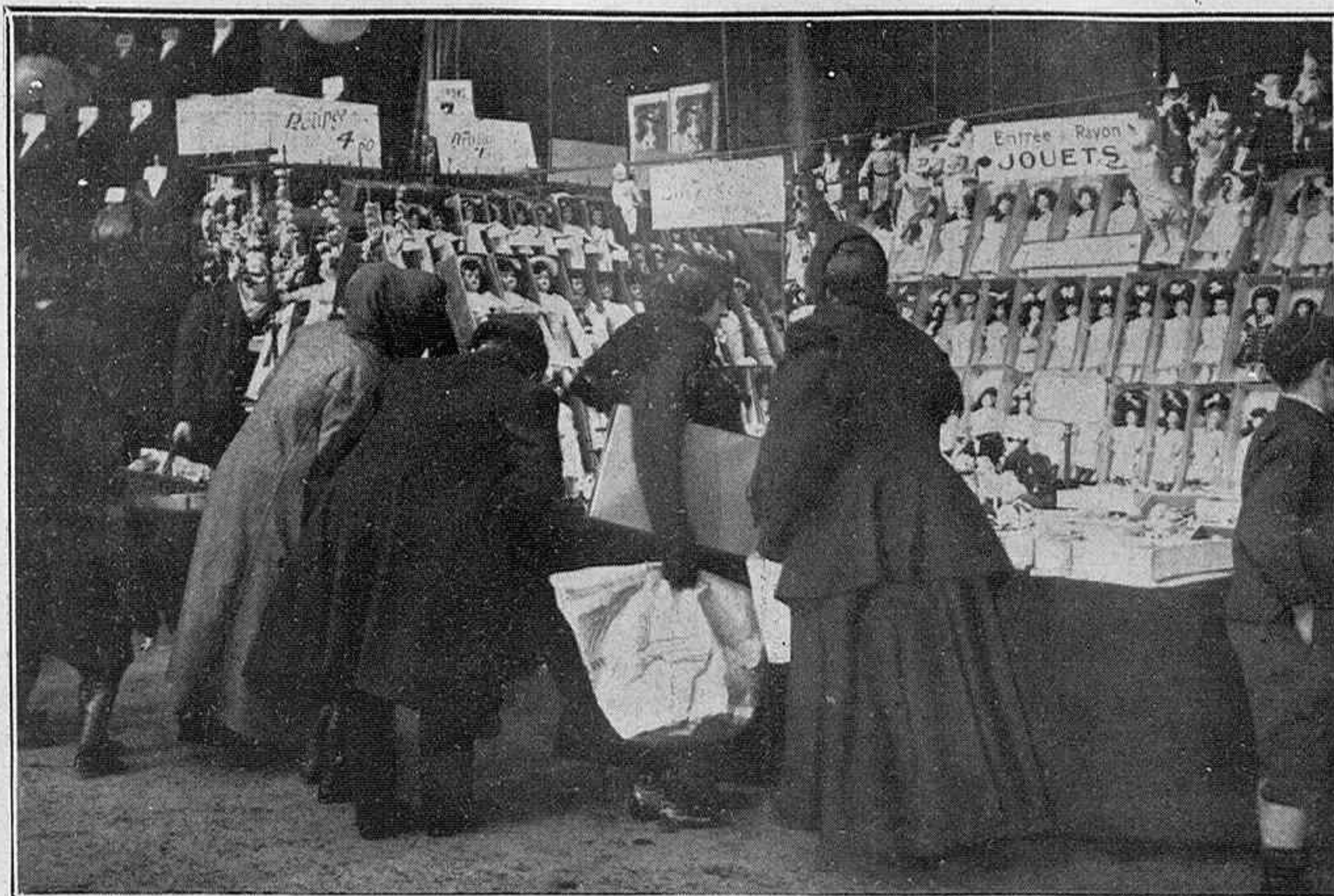


Puesto de caballos de cartón, en una calle de Berlín

en la trabajosa obra ajena de un artifice, con la obra propia, fiel servidora de sus instintos y de sus anhelos.

Para una niña será siempre más cordialmente evocadora una muñeca de trapos, construída por ella, á la que creó su imagen y semejanza, que la más costosa muñeca de lujo, de esas que cierran los ojos, andan y dicen *papá* y *mamá*. Es que esos dos bislabos, por dulces que sean y no pueden serlo mucho, por el mecanismo arañador que los produce, no tienen nunca ni el amor ni la riqueza de las conversaciones que con su *niña* imagina la muñeca que la creó.

Pasear á los niños por los bazares en que los juguetes se amontonan, podrá pareceros á algunos inútil suplicio, semejante al de Tántalo;



Un puesto de muñecas, en París



Un vendedor de globos de Pascua, en Berlín

pensar así es atribuir á los pequeñuelos una psicología muy evolucionada ya, y hecha á golpes de desengaños; en los niños, los sueños, cuando fueron acunados por ilusiones, son siempre felices, y al despertar tienen la fortuna de acomodarse suficientemente á la realidad y conformarse con mucho menos de lo que soñaron.

Hay para ello una razón fundamental, y es que una vez despiertos siguen soñando, y con la misma intensidad que dormidos. Su imaginación no distingue aún suficientemente entre realidad y ensueño, y sobre los juguetes más humildes alzan ellos las más luminosas y ricas fantasías. Es mucho más tarde cuando el hombre se atiborra de realidad, generalmente mucho más grosera que los sueños; acomoda á ella su vida, y, naturalmente, le hacen sufrir los desengaños.

«Nada hay más rico que la imaginación de un mendigo», ha escrito Galdós, y por esta vez el maestro no tiene razón. Nada hay más espléndido que la imaginación infantil. Por eso tal vez

se acomoda tan bien la mentalidad infantil á los cuentos de hadas y á las narraciones fabulosas. Su realidad es aún muy limitada, y de ella sólo toma gustosa y aun afanadamente lo que está á su alcance: la realidad infantil; por eso son las biografías ó los cuentos de niños los que retienen su atención con tanta fuerza y aun con más, si hemos de creer á algún psicólogo moderno, que los mismos cuentos fantásticos.

Cuando Benavente creó el Teatro de los niños, atendió á esos dos órdenes de preferencias infantiles, y, sin perjuicio de dar á los pequeñuelos obras más fantásticas, como *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*, hizo otras, como *Ganarse la vida*, en que el interés dramático estaba en una vida infantil.



Vendedor de árboles de Noel, en una calle de París



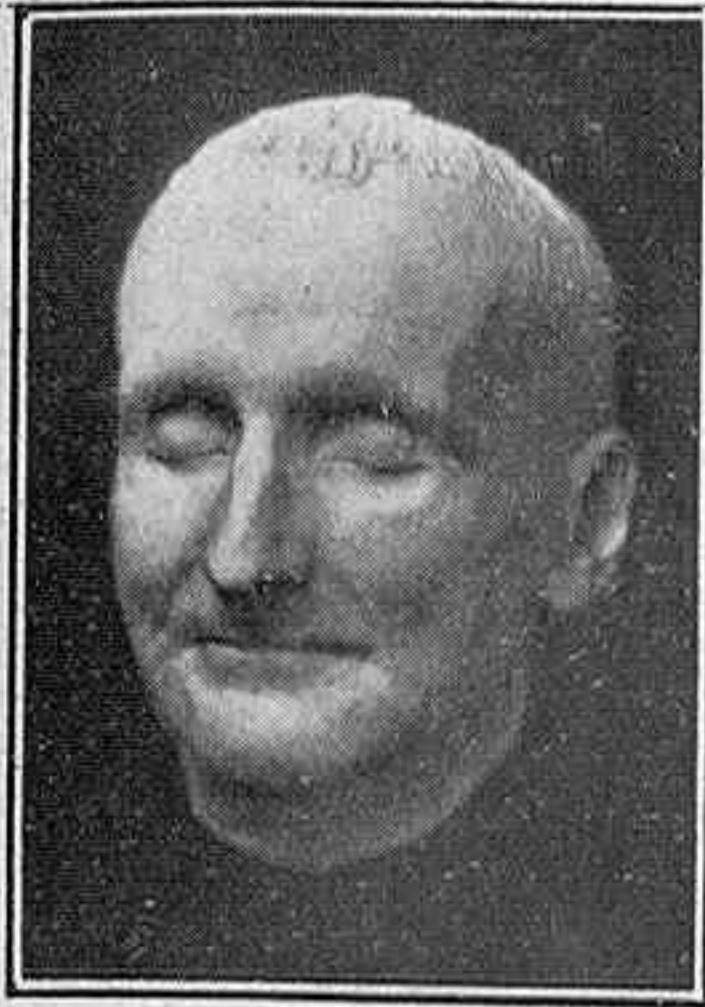
El padre Christmas



V I S P E R A S D E P A S C U A



Aspecto de un gran bazar de Londres, en vísperas de la fiesta



WEDEKIND

CALIDOSCOPIO

LA EXPRESIÓN DE LA MUERTE



EDM. KEAN

EL color y el movimiento son delatores de la vida; vienen á ser como su expresión

externa. La vida material está definida por el movimiento orgánico; la vida espiritual, por la actividad de la conciencia, otro tipo de movimiento de más brioso y aristocrático linaje.

La quietud es trasunto de la muerte. Por eso, entre criaturas humanas, morir es paralizarse el corazón, dejar de respirar; la muerte es el reposo absoluto del centro en donde tiene su régimen la función respiratoria.

Esta paralización repentina no quiere significar, con todo rigor, la muerte de nuestro cuerpo. El organismo se compone de una infinidad de elementos vivos microscópicos que en gran parte están perfectamente sanos cuando el corazón deja de latir, y, por tanto, conservan la vida más ó menos tiempo después de dar por fenecido el conjunto orgánico. Lo cual nos revela inequívocamente que el organismo no muere en un instante, sino que la vida persiste en él hasta la total descomposición de los últimos elementos celulares.

Pero la serena placidez ó la tragedia espiritual, en ese momento prodigioso de tránsito de la vida á la muerte, esculpen en la fisonomía carnal el último reflejo, apacible ó tormentoso, de un alma que se desvincula y vuela definitivamente libre de la materia.

¿Y qué postrer sentimiento pone en agitación el alma del moribundo? Siempre será para nosotros la incógnita suprema, el enigma-esfinge; mas si es cierto que nunca llegaremos á penetrar qué ideas son las que arden en el cerebro al cabo de la vida, si podemos conjeturar de qué clase ó naturaleza son los movimientos espirituales; qué sitio les corresponde en el encasillado vulgar de nuestros sentimientos. Las ideas escapan con el soplo final; el movimiento último del ánimo sale al rostro, á congelarse en él, á marcar

allí su huella de serenidad, placer, dolor ó ironía.

Las mascarillas en que se reproduce y perpetúa la expresión de ese misterioso movimiento en aquellos varones que alzaron sus hombros de gigantes sobre el nivel medio de la talla mental humana, ó en aquellos otros personajes que adquirieron fama por méritos de su linaje ó por vaivenes de la fortuna, nos revelan una interesantísima expresión de la muerte.

Gran contraste se observa entre las almas son-

rientes de Enrique IV de Francia y de Beranger, dejándose ver en la fisonomía moribunda

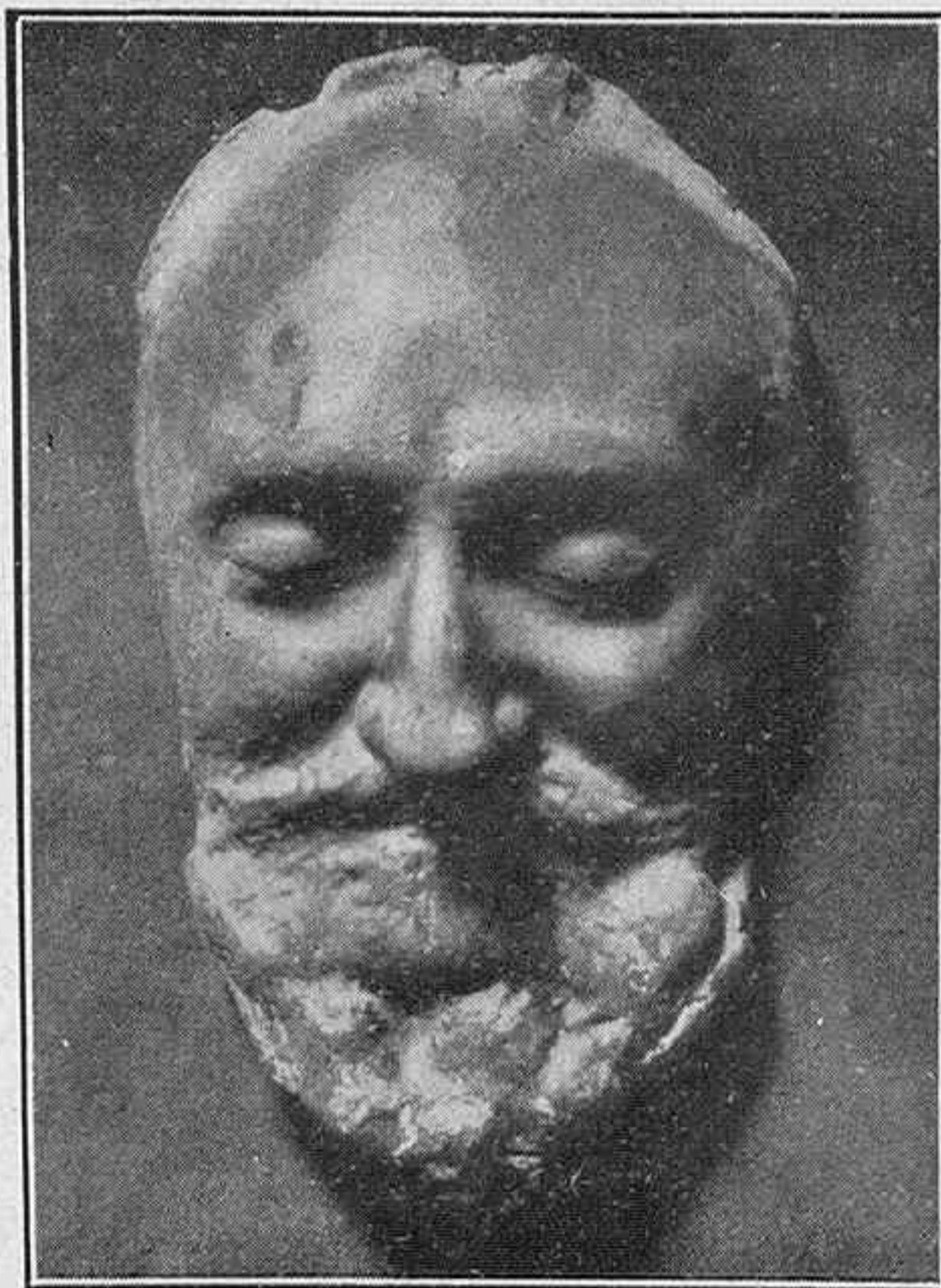
con un ligero matiz irónico, ó las de Pedro el Grande de Rusia, Thorwaldsen, Cromwell y Mendelsson-Bartholdy, ó, especialmente, las de Wédekend y de la linda y desconocida muchacha del Sena, que refleja una admirable y plácida sonrisa, y la del alma de Wágner, la cual se retrata en el rostro con una ligera contracción dolorosa.

Más contraste ofrecen las mascarillas de estos personajes con las de Brunelleschi, Lorenzo de Médicis, Enrique II de Francia, Newton, Swift, Federico II de Prusia, Schiller, Tháckeray, Tolstoy, Brentano y tantos otros en las cuales se advierte la lucha tormentosa de los últimos momentos.

La resignación se ve claramente reflejada en las fisonomías de Napoleón, Beethoven y Lenau, y la serenidad de un sueño tranquilo en las de Pascal, Léssing, Mirabeau, Haydn, Juan Víctor Moreau, Canova, Biörnson y Saint-Beuve; pero particularmente en la expresión apacible del rostro lindísimo de la reina Luisa de Prusia se observa, no sin emoción, la maravillosa quietud de un alma que recibe, inmutable, la visita de la muerte.

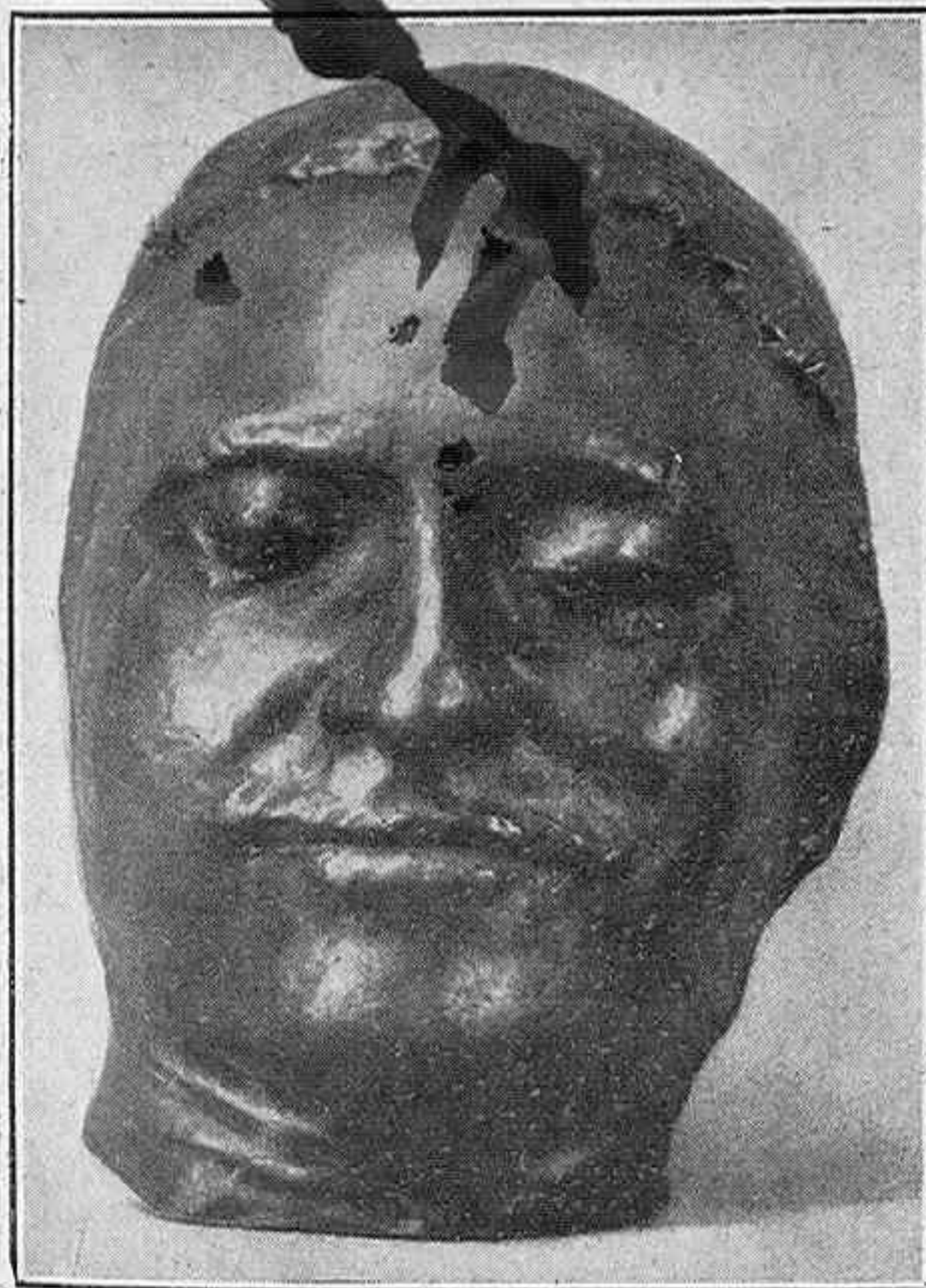
¿Y la «desconocida» del Sena, no identificada aún, cuya mascarilla sonríe como si la infortunada dueña del rostro original, en el momento de morir hubiera tenido una visión celeste?

Del notable libro de Benkard, *Das ewige Antlitz*, reproducimos algunas mascarillas de personajes que murieron con la sonrisa en los labios; de los que, al parecer, no experimentaron dolor al abandonar para siempre los goces de este mundo. Otro día serán las del sueño ó las del dolor.



ENRIQUE IV DE FRANCIA

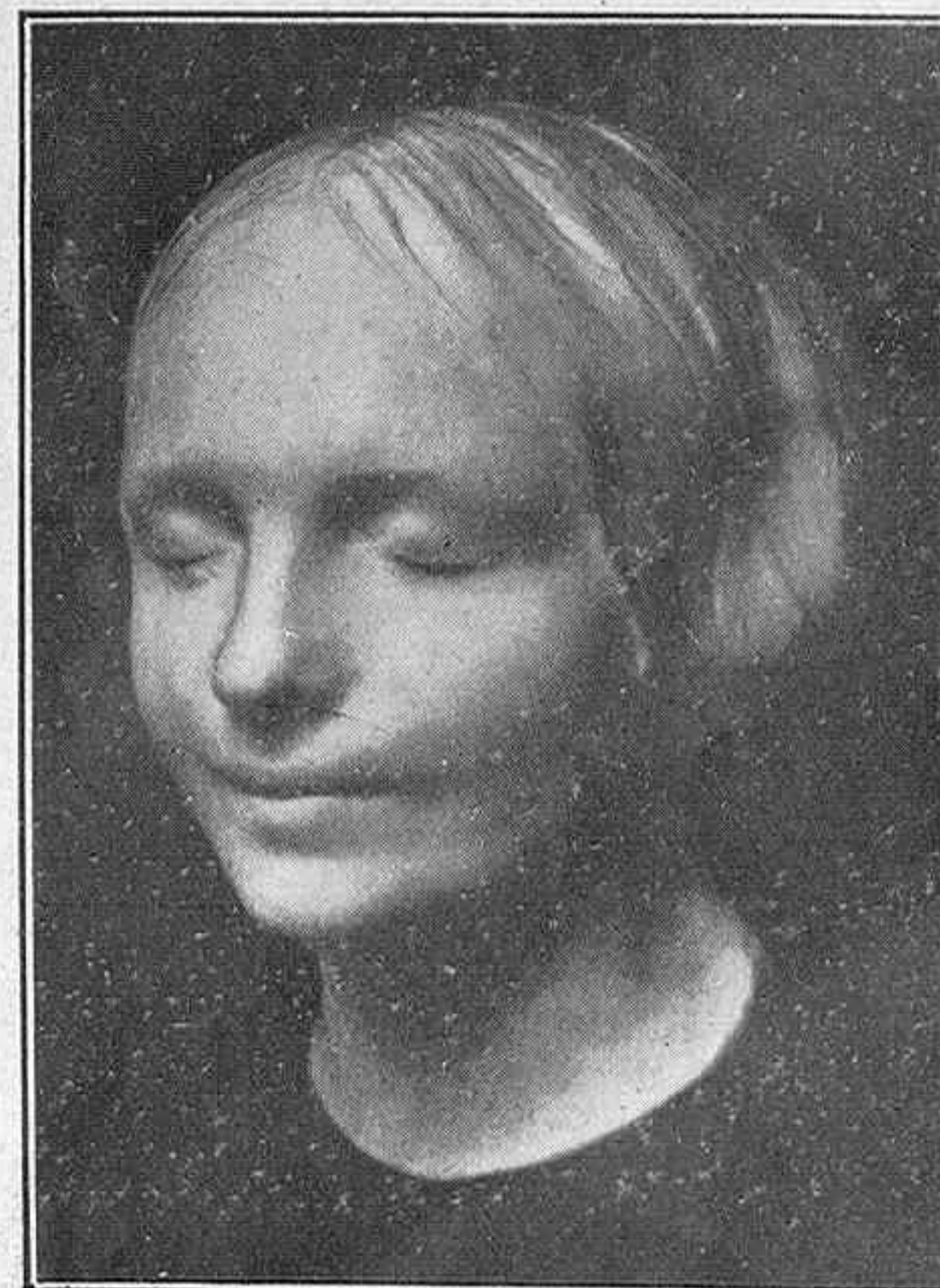
PELAYO VIZUETE



PEDRO «EL GRANDE» DE RUSIA



THORWALDSEN



«LA DESCONOCIDA DEL SENA»





«Retrato de hombre», cuadro de Rembrandt, que se conserva en el Museo del Ermitaje de Leningrado

LA ISLA DORADA

Cuevas del Drach (Mallorca)

EN la costa oriental de Mallorca, en el otro extremo de la diagonal que, cruzando la isla, parte de Miramar, como si con ello se marcasen las dos bellezas cardinales de la dorada isla, surgen las famosas cuevas de Manacor, llamadas del Drach, consideradas como las más grandes y originales del mundo; superando en grandiosidad y en belleza espectacular á otras similares de Europa, América y el Japón.

La entrada, cerrada hoy por una reja, y á la que se desciende por cómoda escalinata, está formada por un hundimiento del terreno en forma de medio embudo, cuyo declive, de fácil descenso, estuvo disimulado durante las pasadas centurias por matas, zarzas y arbustos encubridores de su existencia. Así que hasta el año 78 del pasado siglo no empezó á ser conocida, contribuyendo el archiduque Luis Salvador, enamorado y esforzado paladín de Mallorca, á su exploración, divulgación y estudio.

Hoy, el isleño Sr. Cervera, propietario de aquel mundo de la inexistencia, ilustre manacorense y hombre de laudables iniciativas, ha embellecido las cuevas, construyendo cómodos y enarenados senderos; refugios de descanso con barandillas, balconillos y pasamanos defensores de los pasos y mirandas peligrosas; facilitando grandemente el recorrido de los varios kilómetros de salas y galerías inverosímiles, como la de Luis Salvador, la de la duquesa de Toscana (madre del anterior); sala de los franceses, salón de las columnas, teatro de las hadas, baño del sultán, cueva blanca, estatua de doña Inés y otras muchas, hasta llegar al descenso de los lagos de aguas maravillosas, como el de Miramar, ó de Martel, su descubridor, que es el claustro acuático subterráneo más grande del mundo (cuenta 300 metros de largo, 30 de ancho y 15 de profundidad); el lago negro, el de las Delicias y algunos estrechos canales, formando un conjunto armónico, un imponderable recinto de sombra y silencio terrestre y acuático.

Ningún visitante de las grutas, al hallarse en aquel escondite cavernario, se da cuenta que sólo una capa de pocos metros de bóveda le separa de aquel luminoso sol de Mallorca, sol que fué siempre tormento de pintores é inspiración de poetas; nadie se acuerda en aquel momento de silencio y meditación, que sólo una ligera capa de tierra le veda la embriaguez del canto de los pájaros, del susurro de las frondas, las caricias de la brisa y de todo lo que constituye el mundanal ruido; torbellino de vida, de luz y alegría.

Las estalactitas y estalacmitas de sus bóvedas;

sus paredes crespas y su rudo ondulado, formando, ora péndulos de piedra variadísimos en tono, forma y tamaño, ora columnas de fina base y sorprendente equilibrio, ora cortinas de blanco y filigranado encaje, con respuntes é irisaciones de randa, al reflejarse en las luces de acetileno, convenientemente colocadas y maravillosamente enfocadas, son de tan inmaculada blancura y de tan típica belleza, que al contemplarlas se creen transportados á un mundo quimérico, donde la retina percibe y el cerebro aprecia sensaciones de colores, visiones y tonalidades jamás sentidas ni soñadas; en grado tan sublime y sugestivo, que, por mucho que se esfuerce la descripción y por fina que sea la sensitiva del lector, no podrá jamás la inteligencia humana concebirlo.

Después de unas horas de recorrer aquellas galerías y salas de misterio, el guía detiene bruscamente al caminante, que, concentrado en sí mismo, sin haber asimilado apenas la multiplicidad de impresiones recibidas, no se da cuenta de que bajo sus pies, tan próximo á él, que si da un paso más queda sumergido, se encuentra el durmiente lago, de aguas silenciosas y tan incoloras, que resultan de una transparencia cristalina, en cuyo fondo se reflejan con inimitable nitidez los millares de estalactitas suspendidas de sus bóvedas puntiagudas; con tal apariencia de realidad, que es frecuente hundir las manos en el agua para apartar de la barquilla aquellas columnas, que parecen subir del fondo del lago á la superficie, cuando no son otra cosa que el reflejo de las estalactitas de arriba.

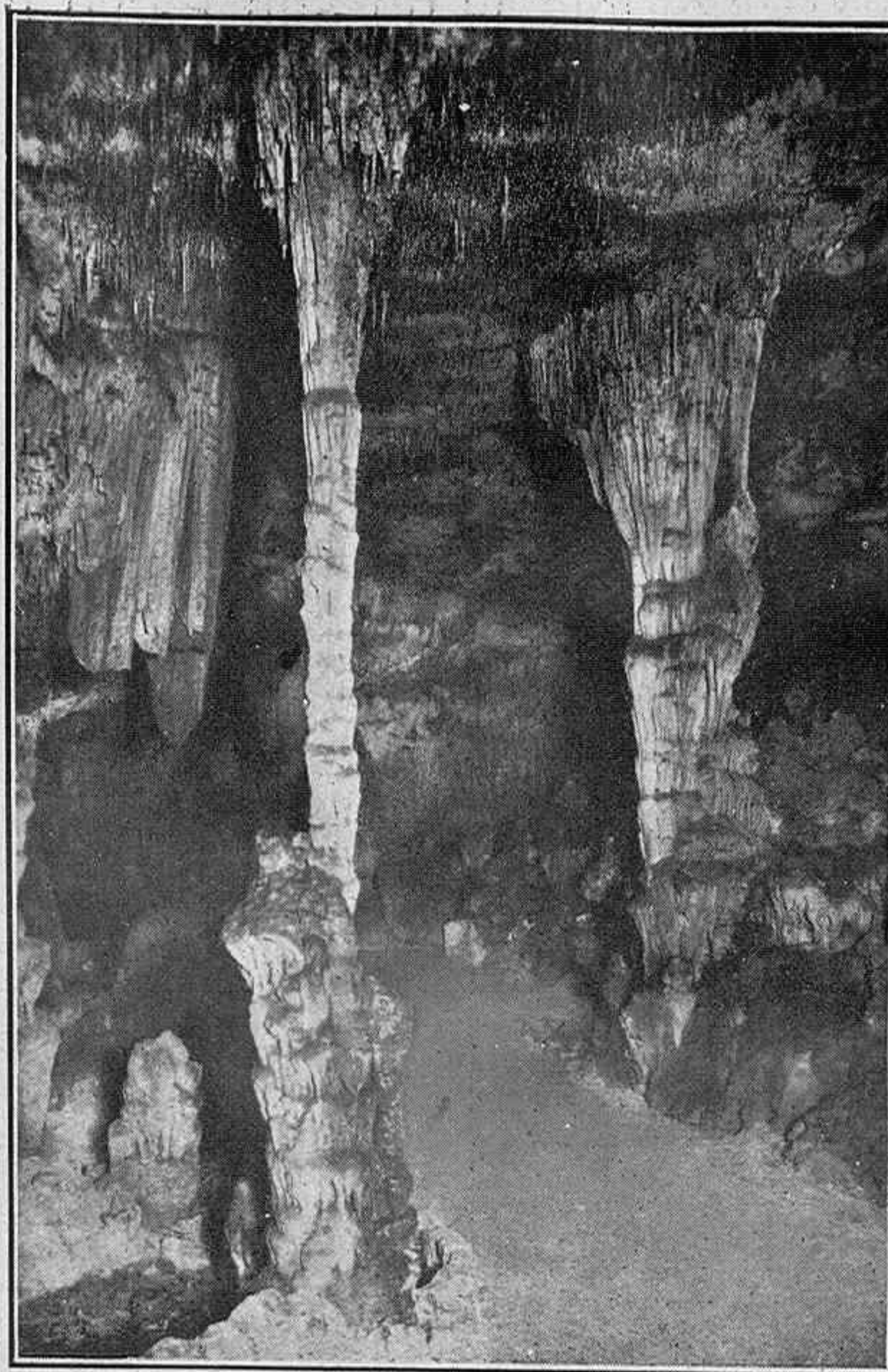
En una grande y cómoda barquilla, lujosamente enojada, cuya sola vista despierta la duda de cuál misterioso genio ó poder de las hadas la había transportado al claustro acuático de las cuevas desde los lejanos dormitorios de la luz y de la vida, pueden embarcarse los turistas, surcando en breves momentos los 300 metros de inhabitadas aguas, alumbrados por luces acetilenas, cuyos blancos, vagos y soporosos destellos

se reflejan en lo profundo de aquel cristal, en sus bóvedas estalácticas; las que en variadas formas, múltiples tonalidades y tamaños infinitos estimulan poderosamente la sensitiva del abúlico, del indiferente, del insensible, del apático y el perezoso.

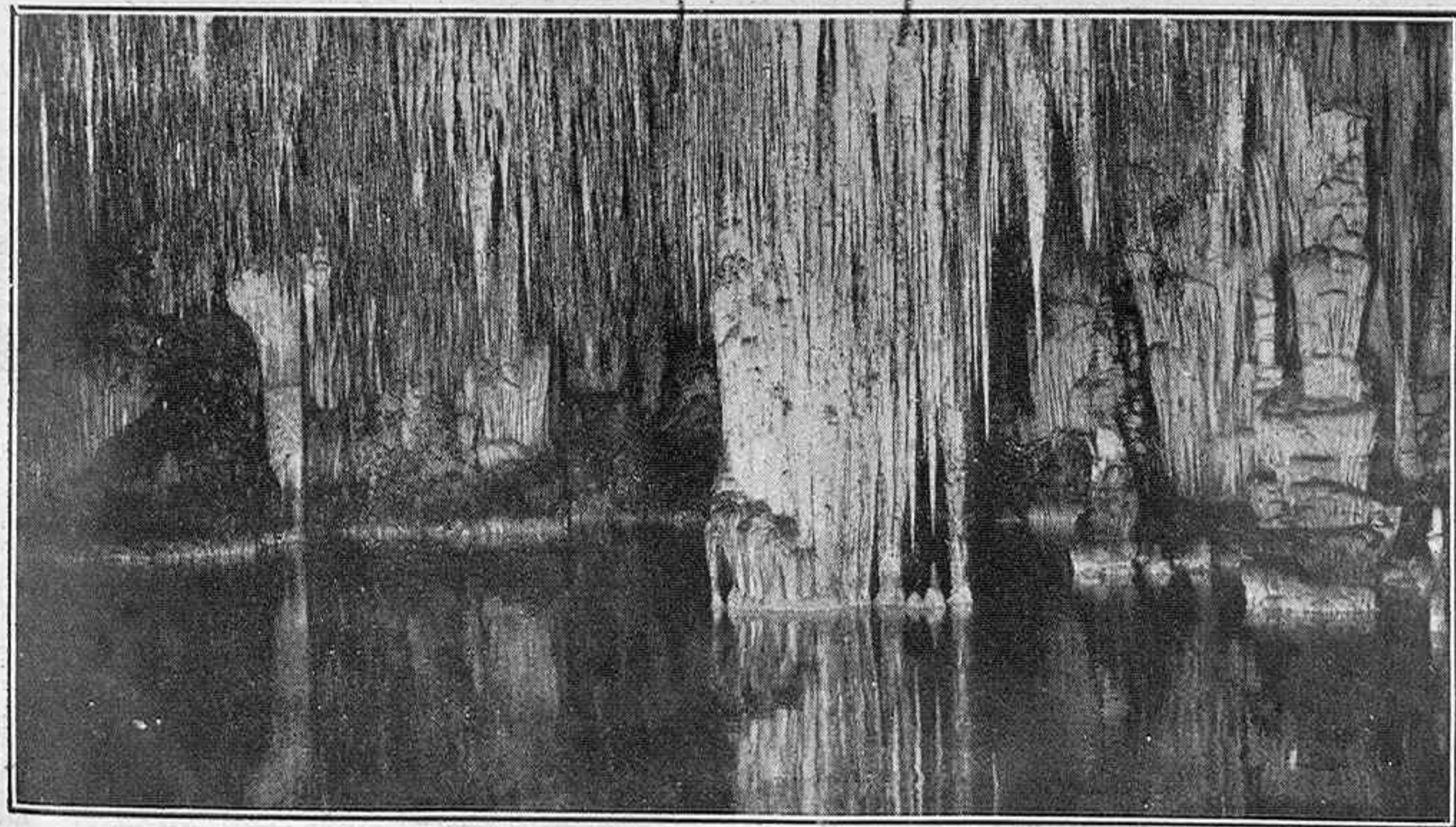
Surcar aquellas aguas de una región sin seres vivientes; cruzar el lago de bóvedas monstruosas; desembarcar en el hermoso anfiteatro de la orilla opuesta; trepar por sus escalinatas y vertientes como seres alocados, y rápidamente verlo iluminado por magnesios y bengalas, cuyas luces, reflejadas en aquellas aguas, de una transparencia sin igual, en las paredes de una variedad jamás soñada, y en las estalactitas de una blancura inmaculada, origina una impresión indescriptible, pero fácil de concebir, ante el choque de emociones que produce el encontrarse en un oscuro antro con apariencias de averno, y sentir súbitamente la deslumbrante visión de una claridad infernal, reflejada en las aguas, esculpida en los techos, esmaltada en las paredes con todas las gamas de la luz y filtrada en los densos vellones del ambiente con todos los matices del iris.

Y por si la contemplación y admiración de esta obra suprema de la Naturaleza no fuese lo suficiente para llenar el alma de insospechadas crispaciones, han querido los isleños aportar su concurso para completar con el ingenio humano esta maravilla de la Creación, ideando dar unos conciertos de selecta orquestina en aquellas cavidades de catacumba, cuyos ecos y sonoridades musicales, reproducidos en tantos coros como bóvedas de salas y galerías, dan lugar á una música de otro mundo, creadora de nuevas armonías.

Todo ello como preparación de próximos conciertos, en los que artistas eminentes irán á interpretar las más bellas composiciones de autores exquisitos y selectos, nacionales y extranjeros.



Salón de la Palmera, en las Cuevas del Drach, en Manacor



Un detalle del lago en las Cuevas del Drach, en Manacor

EMILIO POU



Iglesia de San Pablo del Campo, de Barcelona. Tradiciones y leyendas

Como ampliación a los trabajos que han aparecido en las páginas de esta interesante revista, referentes al extinguido monasterio de San Pablo del Campo, publicamos la presente crónica.

Como es sabido, aquel importante cenobio fué desmembrado el año 35, pasando a favor del ramo de guerra toda la parte de fábrica que comprendía las celdas, la abadía, así como la dilatada huerta; aislando la iglesia, hoy convertida en parroquia, con sus bellísimos claustros, la que por su mérito fué declarada monumento nacional. Y aunque, como decimos más arriba, ya han sido divulgadas algunas de sus riquezas, no podemos abstraernos, al hablar una vez más del milenario monumento, al deseo de recordar en líneas generales su privilegiada fachada románica, de curiosas y caprichosas labores, y sus simbolismos é interesantes capiteles, que se cree proceden de edificios anteriores, ya que la Historia nos dice que el primer santuario que allí se fundó con el nombre de San Pablo del Campo, fué convertido en escombros por las huestes de Almanzor (año 985). Del diminuto y sugestivo claustro, magnífico ejemplar de estilo árabe y una de las



Aspecto de la Iglesia Parroquial de San Pablo del Campo, en la actualidad

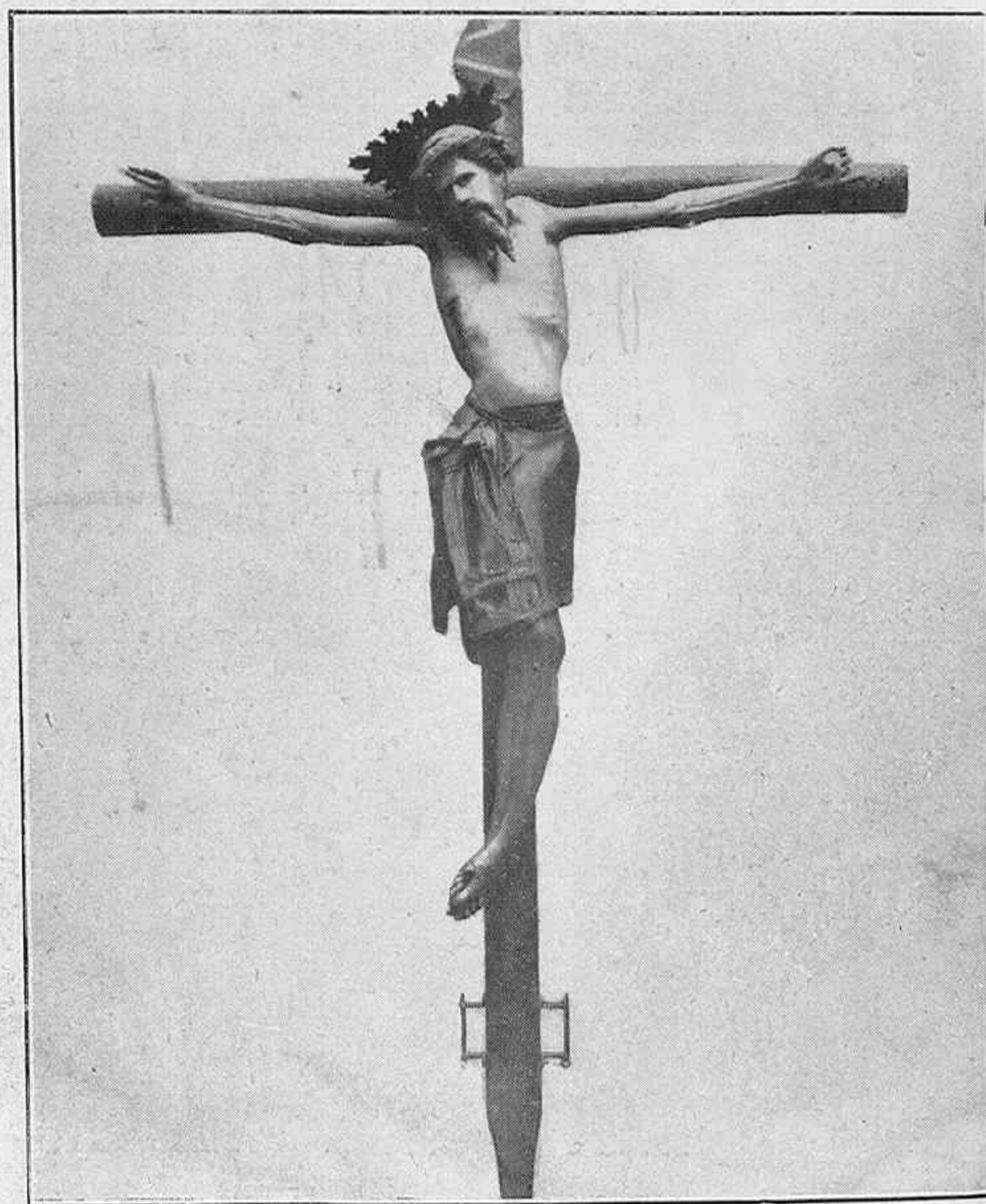
pocas joyas que quedan en España de esta naturaleza. De poca altura, de galerías umbrías y capiteles artísticos, por la variedad y riqueza de sus labores. Todas las sepulturas y lápidas sepulcrales que había en las galerías del mismo han desaparecido. Unas fueron trasladadas a la capilla del castillo de Belloch, en el Valles, y pertenecían a las familias de la nobleza catalana de don Bertrán de Belloch, muerto el 7 de Abril de 1279, y la de D. Guillermo de Belloch, fallecido el 6 de Mayo de 1307, donde también fueron depositados los restos de los restauradores del monasterio. Y en el Museo Provincial de Antigüedades de Barcelona se guardan otras dos urnas, pertenecientes a las familias Olzinellas y Narciso Desprats, y seis lápidas, una de piedra caliza y las restantes de mármol, con sus correspondientes epitafios.

Dicho lo que precede, vamos a ocuparnos del templo. Perteneció al estilo bizantino de la segunda época. Afecta la

forma de una cruz latina, de una sola nave y largo crucero, con tres ábsides semicirculares, siendo el central de mayor anchura. Con motivo de la exclaustación, y más recientemente a causa de la restauración del



Admirable talla de San Pablo, que se venera en dicha iglesia parroquial



Cristo milagroso, en talla, de artífice desconocido, al que se le atribuye una interesante leyenda (Fots. Pedro Cano Barranco)

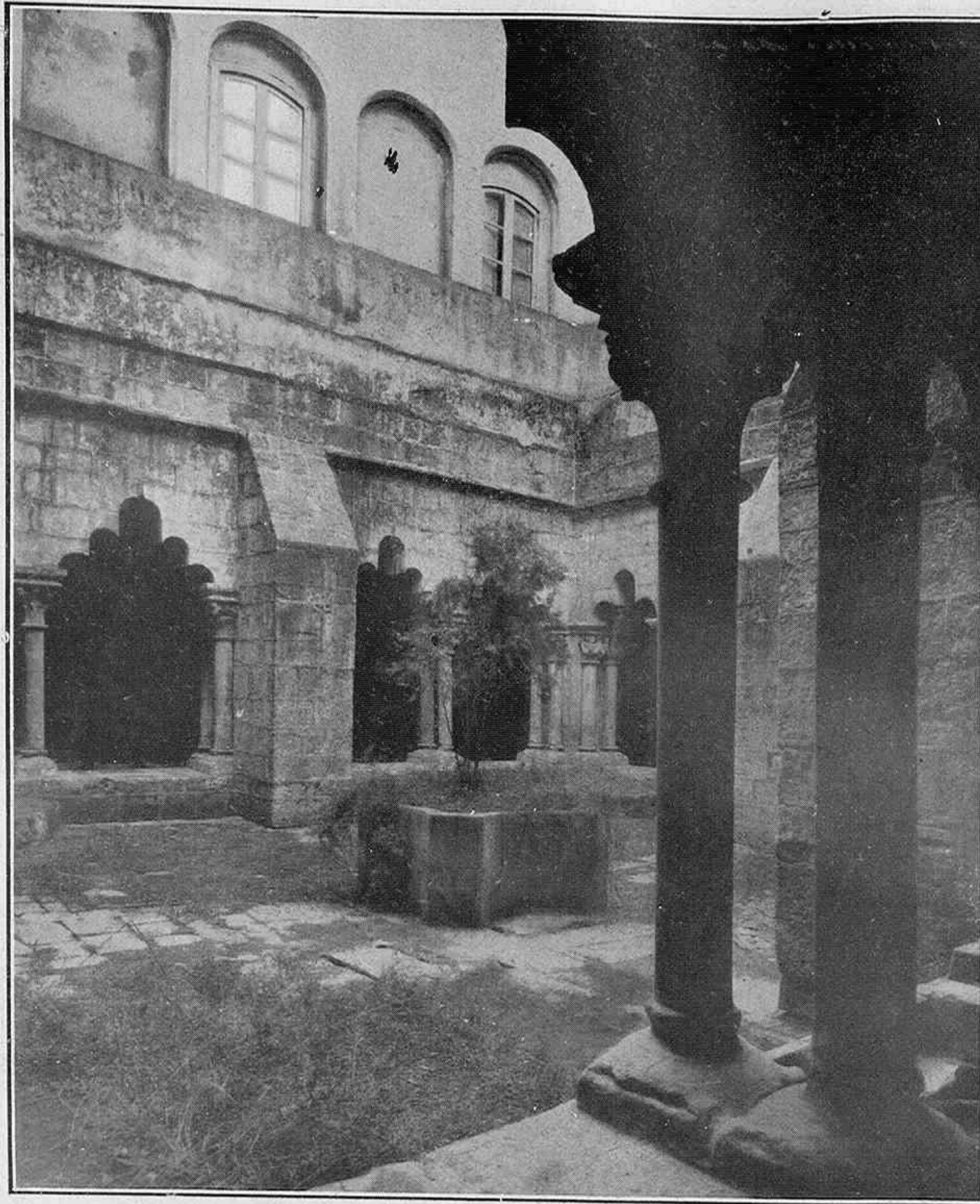
mismo, desaparecieron varias obras de arte de singular mérito, como retablos, imágenes, etc. Del antiguo monasterio sólo se conserva, en la iglesia, un monumental lienzo al óleo, de medio punto, de veintidós palmos de longitud, el cual representa la cena en que San Benito quebró, mediante la bendición, el vaso envenenado por sus falsos monjes. No obstante hallarse dicho lienzo muy descolorido, se destacan con algún vigor las caras de los falsos monjes, al parecer sorprendidos y haciendo comentarios; unas manzanas y peras, y el vaso, del que sale la serpiente.

Es muy interesante la talla en madera de San Pablo, de tamaño natural. Imagen que figuraba, antes de la restauración del templo, en la parte superior del primitivo retablo del altar mayor, de estilo barroco. A pesar de su antigüedad, ha quedado como nueva con sólo limpiarla. La hoja de la espada es de Toledo. La veneración á esta imagen se remonta á los tiempos más remotos, en los que ya acudían de todas partes gran afluencia de fieles, originándose antaño importantes romerías.

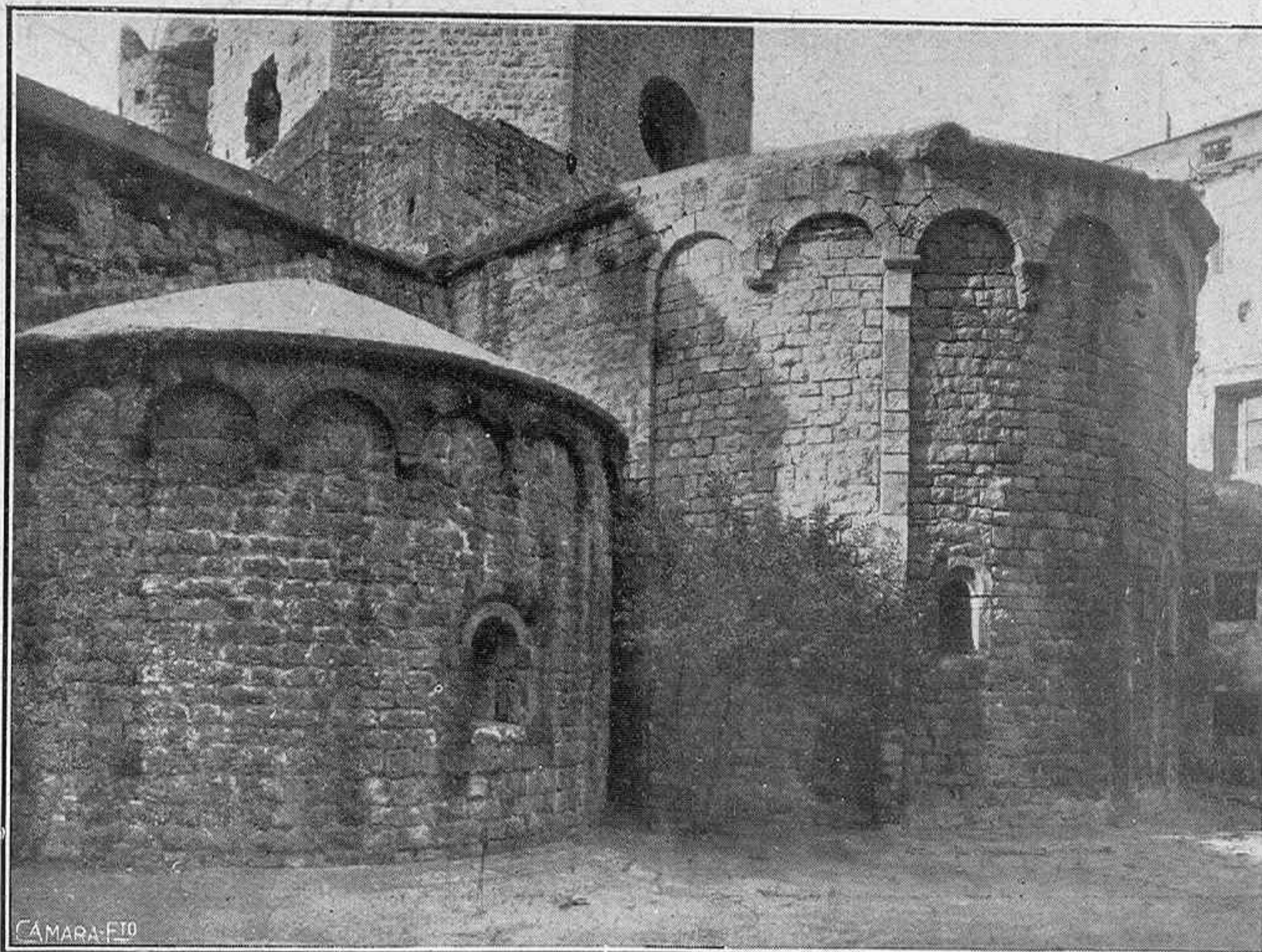
En el monasterio había un libro, denominado de San Pablo (1), que se ponía á disposición de los visitantes el día de la Conversión de San Pablo (25 de Enero), ceremonia perdurable que consiste en estampar la firma cada uno de los asistentes á la fiesta; pues, según la tradición, dicho santo priva de accidentes epilépticos y otras enfermedades nerviosas. Es tan arraigada dicha creencia, que muchos niños, á pesar de pertenecer á distinta parroquia, son llevados á San Pablo del Campo para recibir el sacramento del bautismo, y además hacen un donativo.

Con respecto al Cristo milagroso, diremos que es una talla muy original, poco conocida, esculpida en madera, cuyo cuerpo está magistralmente interpretado, y en el que puede apreciarse la excesiva dilatación de los brazos, motivada por el desgarramiento muscular. Supo el artista que lo esculpió definir la armonía anatómica, dando vida á aquella imagen, de la que se destaca el sufrimiento de los úl-

(1) Hoy se utilizan otros, por desaparición de aquel,



Claustro de San Pablo del Campo, de Barcelona, "único ejemplar de estilo árabe, una verdadera joya artística"



Absides de San Pablo del Campo (Fots. Cano Barranco)

timos momentos. Tiene la cabeza levemente inclinada sobre el hombro y la boca entreabierta. Cúbrela una enaguilla de terciopelo, de época reciente, que priva la visión, de la que tiene labrada la propia escultura. Presenta la rodilla algo desviada, á causa del milagro, que, según la tradición, tuvo lugar en el año de 1542, cuyo relato del suceso es como sigue: «Un hombre honrado, huyendo de otro que le perseguía, con objeto de quitarle la vida, penetró en el templo, refugiándose detrás de la milagrosa imagen, á la que imploró protección. Pero el asesino, tanteando el ataque, sin respetar el sagrado lugar, arremetió con ira, doblando en aquel entonces el Cristo la rodilla y recibiendo en ella el golpe que iba dirigido al perseguido indefenso. Atónito el criminal por tan prodigioso milagro, arrojóse ante la imagen y, bañado en lágrimas, imploró perdón». Termina la leyenda consignando que ambos se hicieron monjes de la comunidad de San Pablo del Campo. Del milagroso suceso se conservaba en el archivo del ex monasterio una acta auténtica, en la cual daba fe el reverendo fray Esteban Fábregas, doctor en Sagrada Teología y notario delegado por Su Santidad. En ella constaba la declaración de los testigos Miguel Mas, tintorero, de noventa y ocho años, y Miguel So-

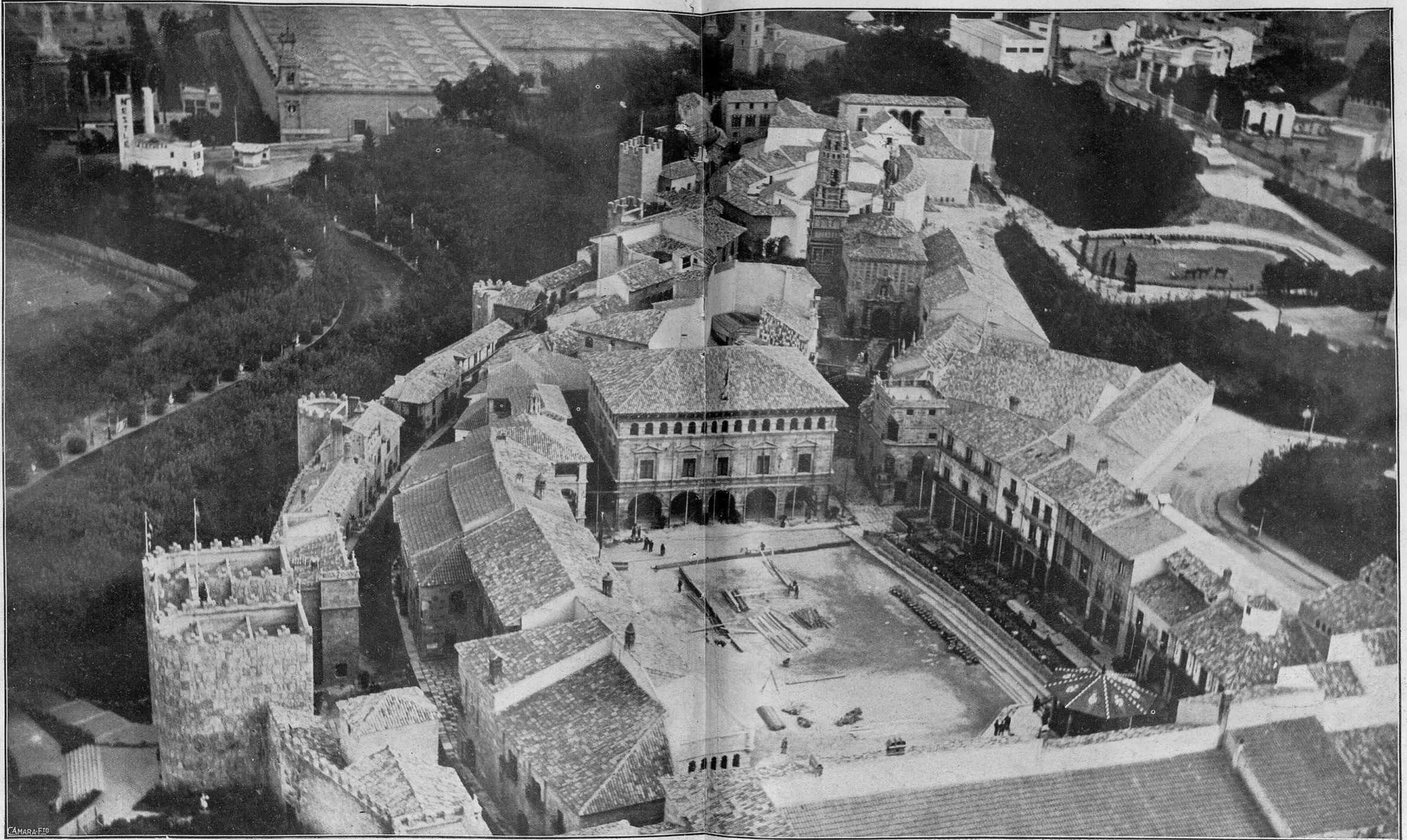
bregrau, hortelano, vecinos de los arrabales, que juraron que antes del milagro la imagen estaba en posición natural, quedando después girada violentamente.

Y por el momento, nada nuevo podemos aportar referente á la iglesia de San Pablo del Campo, un tiempo parte integrante del célebre monasterio benedictino de igual nombre, cuya restauración se debe á los ciudadanos Guitardo y su esposa Rotlandis (29 de Abril de 1117), aunque ya existía mucho antes, según ya llevamos manifestado, siendo restaurado con anterioridad por Wifredo II, su más decidido protector, cuya primitiva fundación se atribuye á San Paulino, obispo de Nola en el siglo v.

PEDRO CANO BARRANCO

(De la National Geographic Society, de Washington.)





La Exposición de Barcelona desde el aire

Vista del Pueblo Español y su típica Plaza Mayor, tomada desde un avión (Fot. Marín)



VIDA ARTISTICA

MARISA ROËSSET, GISELA EPHRUSSI

La doble juvenilia inteligente de dos pintoras da á este, un poco adormecido, Salón del Museo de Arte Moderno cierto gozoso afán de saberse distinto á sus resignaciones últimas. Diríase que adquiere gracia nueva de galán. Se despereza y pavonea porque le visitan muchachas modernas y se le adhieren perfumes de buen tono. Los habituales y fieles al Salón—sin preguntar lo que les ofrece, no siempre digno de ser buscado—van, vienen, entre los vestidos caros, las risas claras y los mirones recientes, un poco azorados, disimulando su curiosidad fatigada y su fastidio antiguo.

Estos buenos milagros de juvenilia inteligente importan mucho en el haber de la Sala de Todos, que es ya, demasiado, este lugar del Museo de Arte Moderno, con el suelo de cristal puesto como techo ó las luces amarillentas forzosamente encendidas pronto en las tardes de Diciembre.

Los contornos del cartel, repetidos en el programa—¿por qué pienso en Moreno Villa?—prometen dos muchachas rubias, de peinado y estatura diferentes. Sin facciones dentro, porque acaso simbolizan aquel «dejarlos en un color pintado» de cierta dama veneciana que cuenta D'Annunzio en *Il Fuoco*.

Son dos cabezas y dos hombros. Dos óvalos faciales, iniciados también. Y debajo los nombres de heroínas de cuento para niños ó de novela para novios.

¿Y si todo eso tan sutil, tan gentil,



RETRATO

Cuadro de Marisa Roësset

ne, además, ecos en las reseñas periódicas de Exposiciones, y su nombre se aprendió rápidamente en las charlas y los juicios de taller ó de Círculo Artístico al mismo tiempo que los clubs deportivos y las fiestas mundanas.

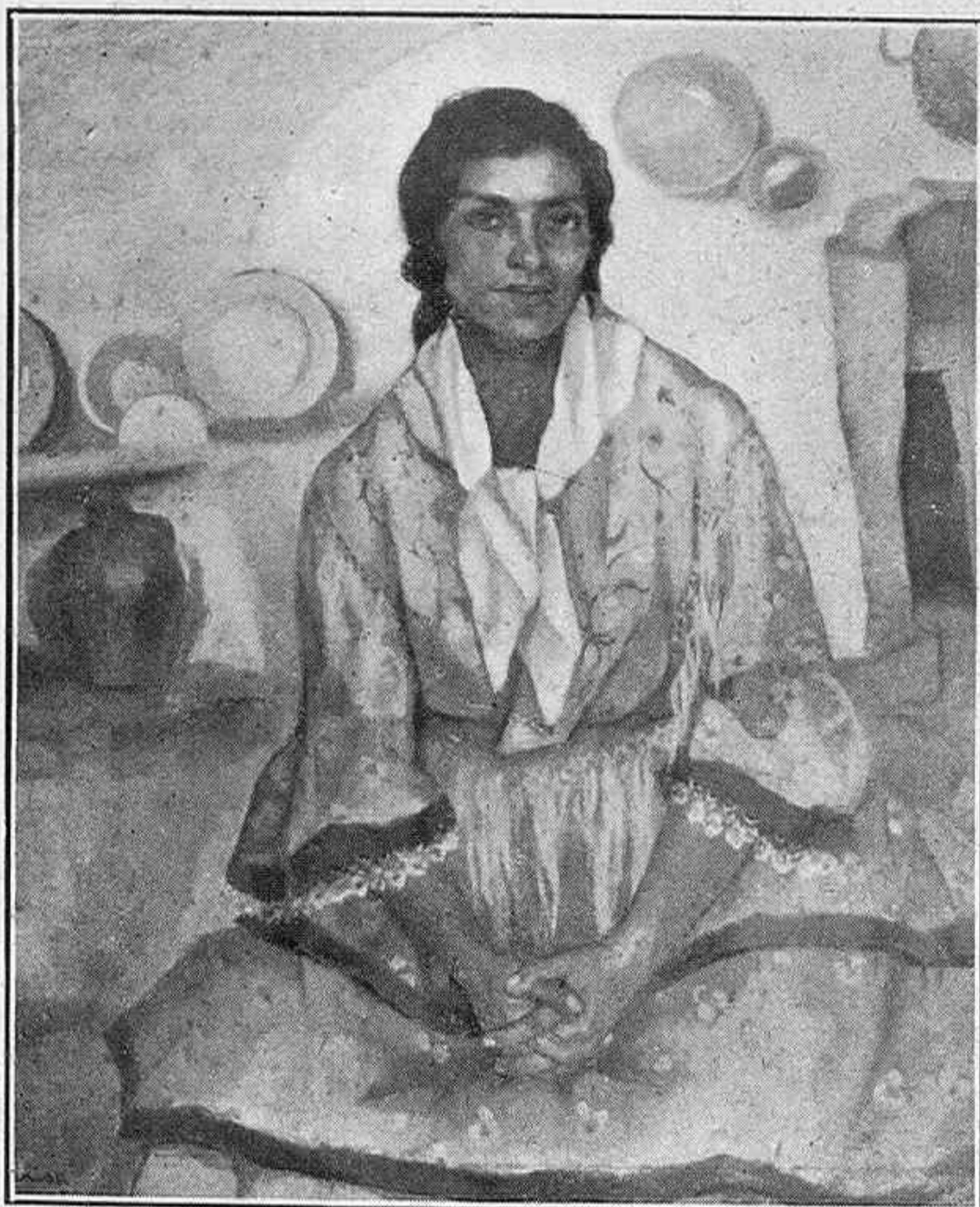
Hace falta talento ¿verdad? para no extraviarse y contaminarse cuando se frecuentan lugares opuestos, y en los tres hay un mimo justo para ese talento.

El apellido Roësset suena también á cierta alcornia espiritual. Se imprimió en libros y marcó otros dibujos anteriores ó simultáneos de los cuadros de Marisa. (¿No se recuerda una alusión reciente al arte de las hermanas Marga y Marisa Roësset?)

Marisa expone veinticinco cuadros. Menos que sus años. Todo un ángulo de la Sala luce de esplendores claros y motivos radiantes. Se puede seguir, á saltos, sin fatiga, la evolución de esta pintura francamente dotada de cualidades personales que sonríen en la danza de los velos de las influencias distintas.

Se pueden suponer épocas dentro de una mocedad que todavía ha de rectificarse muchas veces. La época de Alvarez Sotomayor, la época de Vázquez Díaz, la época que empieza á no ser de estos maestros bien elegidos el uno antes y el otro después.

Porque Marisa Roësset se confiesa afable y sencilla. Es una confesión diáfana, limpia de pecado como su propio arte. Se acusa de amar primero la pompa cromática del pintor del Norte



GITANA

Cuadro de Marisa Roësset

no tuviera luego el buen cumplimiento del arte?

Aun en nuestro tiempo que le son concedidas garantías y ecos á su capacidad, la mujer artista sigue defraudando, á veces. O estribillo ó flin-flán de circo. O cocinera de guisotes recalentados ó víctima contagiosa de los estupefacientes del expresionismo, el montparnassismo y el esclavismo á sueldo estético de los soviets. O el cuadro que las mamás y los maridos burgueses de las mamás comprenden perfectamente ó el cuadro que les horroriza.

Por fortuna, María Roësset y Gisela Ephrussi equidistan del diapason academicista y del arrivismo de avanzada.

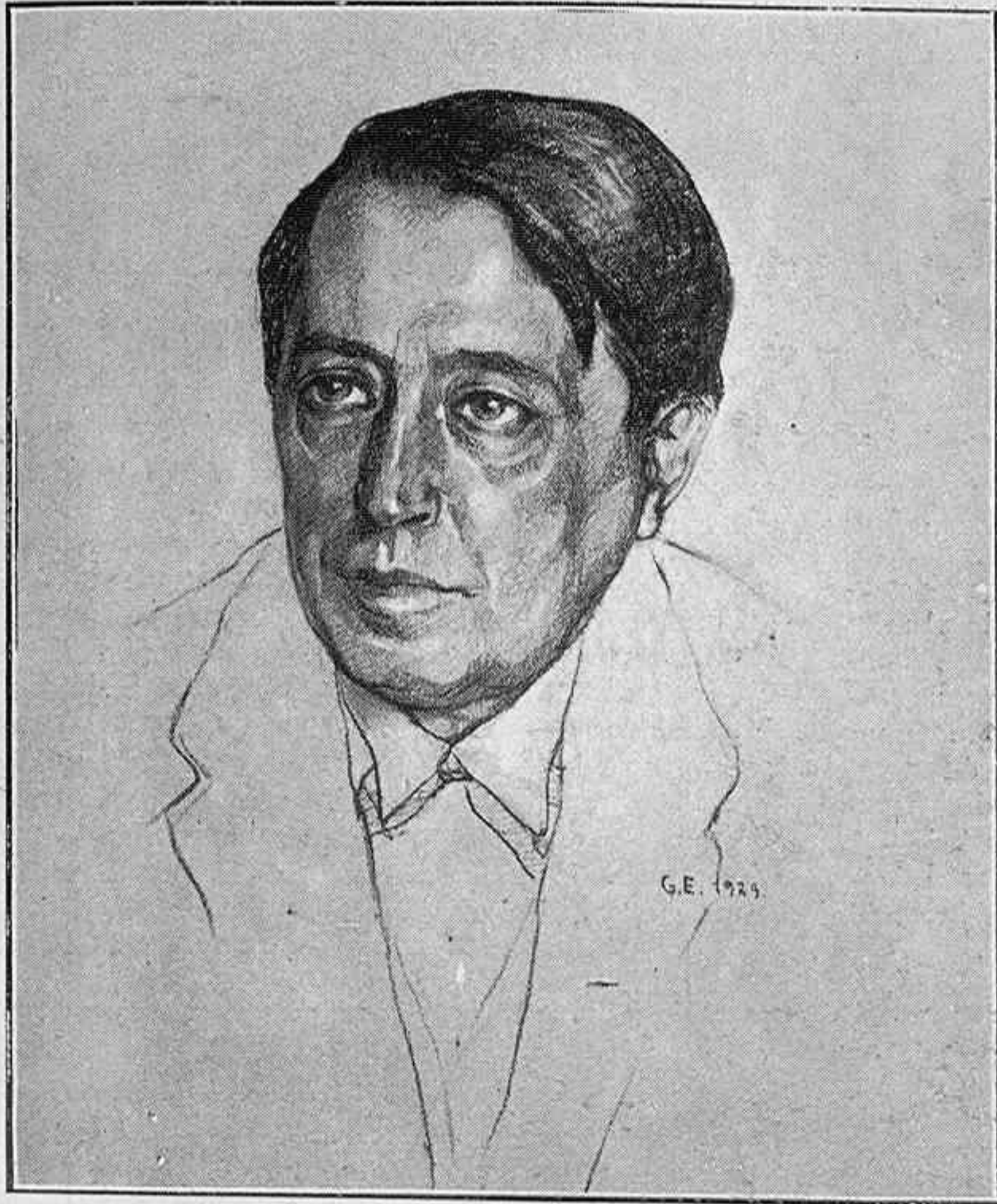
Son de su tiempo, y no «por estar á la página» olvidan el camino andado.

Marisa Roësset tie-



RETRATO

Cuadro de Marisa Roësset



GABRIEL MIRO
Dibujo de Gisela Ephrussi

tiene acento español apoderado de las inflexiones europeas.

Gisela Ephrussi dibuja rostros de escritores. El lápiz no flirtea ni ataca. Se piensa en una glosa, en un escolio á las facciones por una lectora que podría glosar y escoliar las obras de cada cabeza noble de intelectualismo que retrata.

Es así como debe seguir el lápiz á la mirada repleta de evocaciones literarias.

De este modo, el *Miró* del mechón caído y los ojos francos sin dureza es el que siente la nostalgia levantina y la burila, la estofa y policroma con un estilo de santuosa plenitud; el Baroja ovoideo, de boca sarcástica y barba israelita, es el gran socavador de gentes amigas del viaje, la aventura y la dialéctica.

No es, ciertamente,

una artista que acepta los rostros vulgares y las siluetas vacías de contenido espiritual.

Eso que hasta los aspirantes incipientes de la



AUTORRETRATO
Cuadro de Gisela Ephrussi

crítica llaman *carácter*, no es en Gisela Ephrussi un vocablo usado y prestado. Surge de dentro afuera como en el *Retrato al padre*, la obra culminante de la pintura.

Cuadros de sobriedad no seca, de hondura no hueca, de sencillez no pobre, de energía y profunda armonía tonal.

No muchos pintores—seleccionados previamente entre los buenos de hoy—se atreverían á firmar ese retrato con la conciencia de hacer otro igual.

Se sigue el camino más allá del vértice angular en la línea recta que busca el otro vértice de la pintura clara de Marisa—hasta con un marinero adolescente «en tono grave»—y los motivos se amplían á figuras marroquíes, á paisajes, á un autorretrato que pudo tener la vanidad tradicional de los pinceles, la paleta y lienzo inconcluso y que, sin embargo, tiene la coquetería del tocador, los espejos y la barrita de pintarse la facción sobre la facción misma.

Se encuentra el aprendizaje optimista de los grises, el ansia de abandonar verdes y rojos y ocres innecesarios ya (ó al menos en cierta agresiva importancia) y se adivina que ya Gisela Ephrussi está un poco desligada de algunos de estos lienzos y siente la necesidad de rectificarse más allá de los paisajes y ratificarse más acá del retrato del padre.



Cuando el visitante sale de la Exposición Roësset-Ephrussi no se lamenta del tiempo invertido.

Otras veces—antes, después, ¡ay!—recogió y recogerá la visión libre de las cosas y de las gentes como un desquite.

Ahora se vuelve á ella sin fatiga ni remordimiento, con el regusto estético de lo contemplado.

José FRANCES

con las rosas inglesas; de amar luego la disciplina geométrica del pintor del Sur con los frutos franceses; se acusa al fin de olvidarlas y tener el orgullo de escaparse á la enseñanza externa de la forma, la composición y el colorido ajenos.

¡Deliciosa y pura confesión que es precisamente una alegre exuberancia de virtudes estéticas!

Marisa Roësset no necesita absolución, porque ella se impuso de antemano la penitencia del trabajo sin codicia ni pedantería.

Fluyen sentimientos, ritmo y feliz alianza de tonos gratos á la mirada, sin esfuerzo aparente. Hasta los cuadros de un ayer obscuro y escolar—*Jugadores de cartas*, por ejemplo—se salvan.

¿Los temas? Marineros adolescentes, cantos de cuna cromáticos, bodegones sin grasa ni humo, naturalezas en un silencio feliz, gitanas antípodas de las zuloagueñas y escenas reflexas en bolas como la del cuento de Wells, donde la realidad tenía color lejano de leyenda.

¡Ah! Y un torero que, como aquel «niño rosa» de Anglada, hace sonreír sin creerle *de verdad*, sino pretexto para un bello cuadro.

Pero, además, los retratos como el de esa dama del *grifón* y los acordes grises tan sabios sin aparentar la sabiduría no aprendida en libros ni en maestros.

O como el de esta gitana de las manos cruzadas en el fondo de su cocina troglodítica del Sacro Monte, como una abeja obscura vestida de claro en las hojas delicadísimas de una rosa acogollada.



El otro ángulo de la Sala pertenece á Gisela Ephrussi. Denso, cálido, grave.

En este dúo femenino se cree oír la voz de la contralto con acento austriaco, así como la finara radiante, apasionadamente lírica, de Marisa Roësset



HANNY Y GUKI
Cuadro de Marisa Roësset



LAS NOVELAS DE LA GUERRA DEL FRANCÉS BARBUSSE AL ALEMÁN REMARQUE

EN plena guerra, por el año 1916, daba á la publicidad Henri Barbusse su novela *Le feu* (El fuego). El éxito fué enorme, de una resonancia mundial. No puede decirse que Barbusse se improvisó entonces como gran escritor. Por aquella fecha, con otras obras, ya estaba acreditado en Francia como literato de singulares méritos. Aquel libro, sin embargo, lo llevó á las cimas de la celebridad casi universal. La Academia Goncourt otorgaba á Barbusse, en justicia, su premio anual á la mejor novela.

Diez años después de terminada la guerra, el alemán Erich María Remarque publica *Sin novedad en el frente*. Y se improvisa como escritor

rigor cronológico. Su obra, como ya hemos dicho, data de 1916. La de Remarque ha sido escrita recientemente, y se ha publicado en este año de 1929.

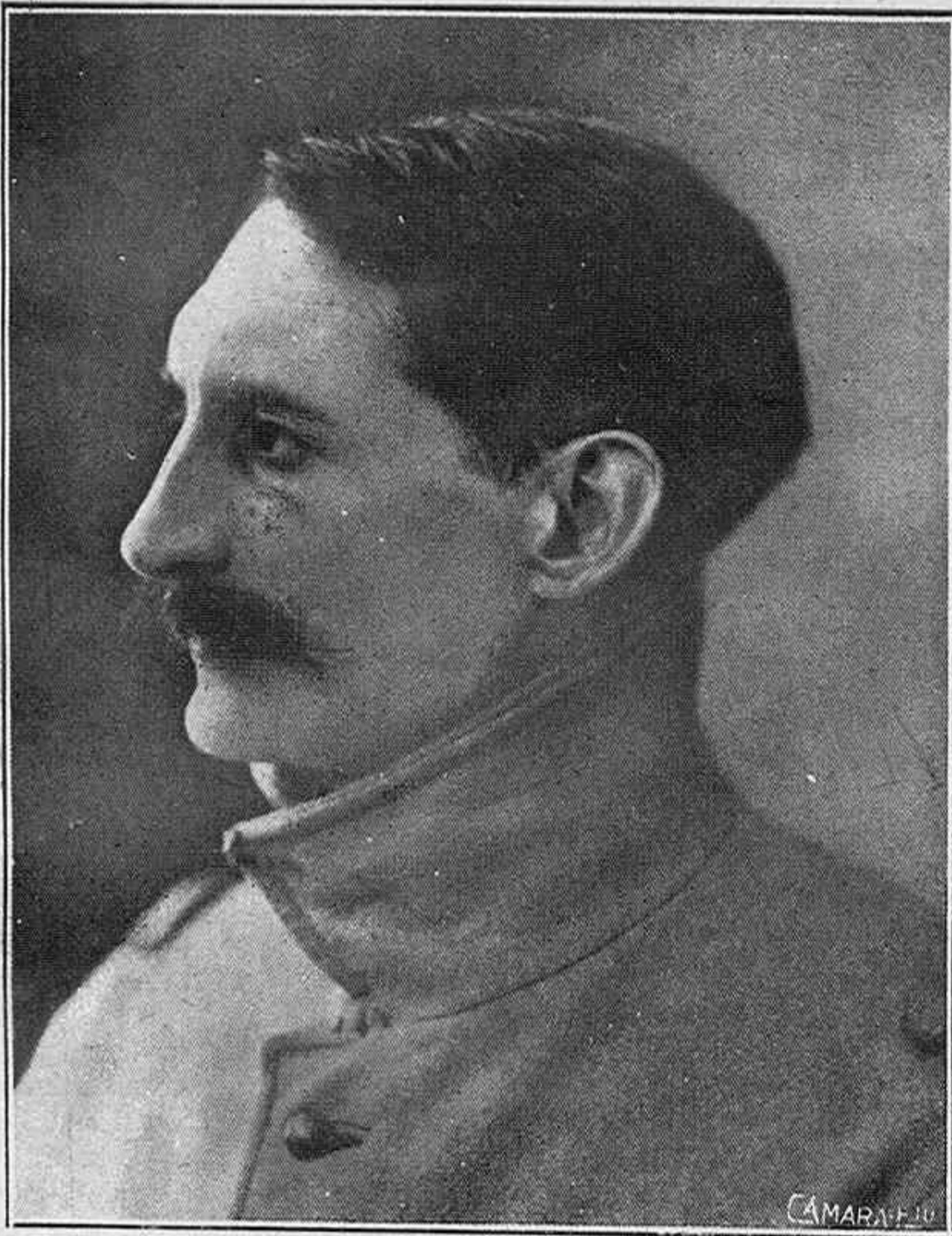
Tenía, pues, un modelo anterior. Bien es verdad que, aparte que no hay coincidencia alguna que pudiera parecer plagio entre la novela francesa de ayer y la novela alemana de hoy, se pudiera también argüir que Barbusse pudo tener predecesores de su obra en *La debacle*, de Zola; *Le charnier*, de Lemonnier; *Sac au dos*, de Huysmans, ó en *La visa roja*, del ruso Andreief

Tanto Barbusse como Remarque no sólo fueron testigos, sino también actores, en la gran

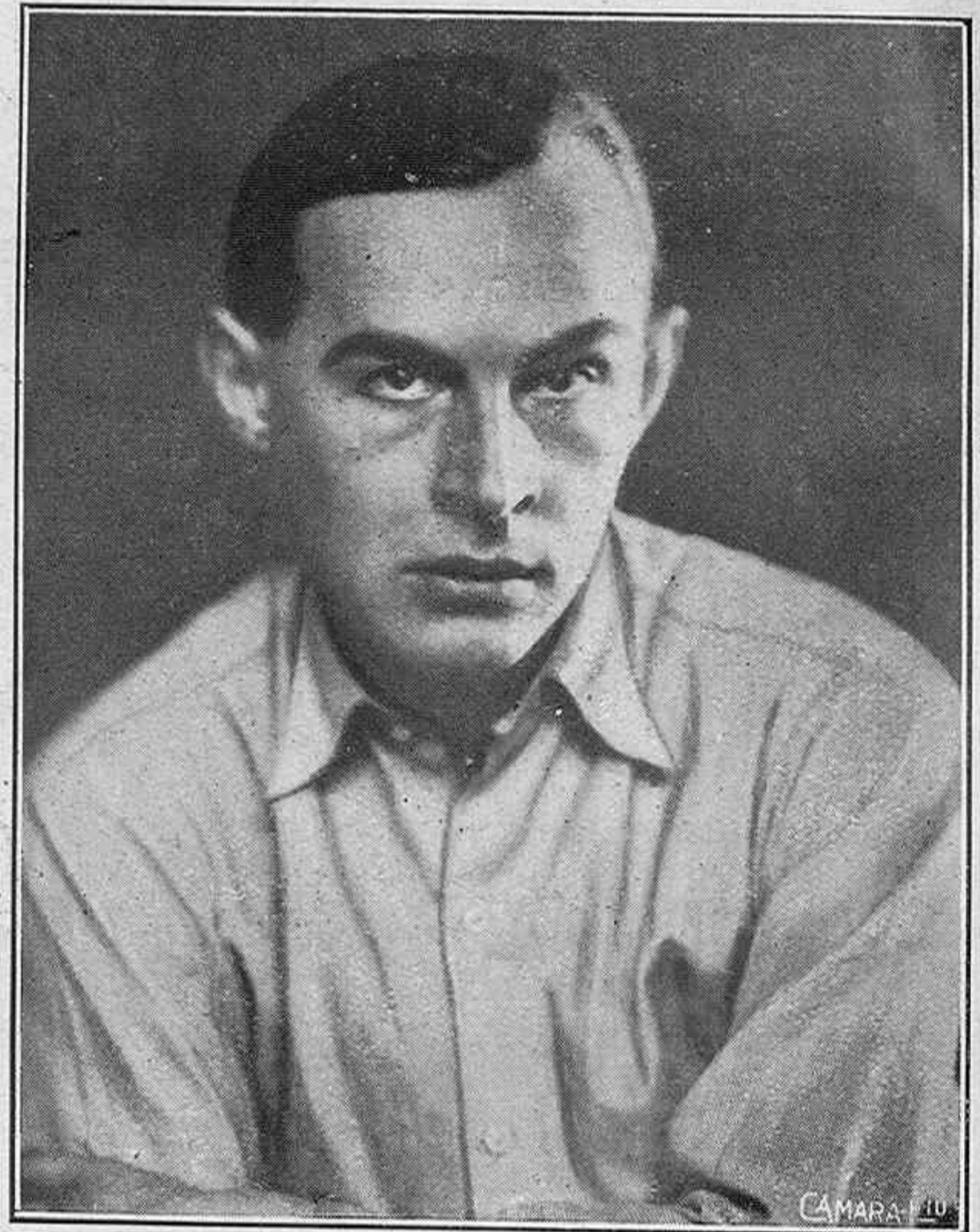
guerra. Ambos han escrito lo que vieron, lo que pensaron y lo que sintieron ante el horror trágico y la miseria espantosa de aquella bárbara lucha de pueblos contra pueblos. En ambos se advierte igualmente la ausencia de odio contra el enemigo; no hay en ellos más que piedad para los compatriotas, los propios compañeros de armas, de peligros, de hambres, desesperaciones y miserias.

Con razón se ha dicho que Barbusse entró en la guerra como otros entran en el claustro de un convento. No por amor á la guerra, sino porque ella era como un lúgubre retiro que le permitía el acceso á «otro mundo». Su inclinación guerrera era como una especie de vocación religiosa. Quería ver lo que hay de honroso en ese espectáculo de la lucha á muerte; sentir en la propia carne hasta qué máxima exaltación puede lle-

ha sido escrito diez años después de la guerra. Y, sin embargo, las impresiones están frescas, la visión lúcida, como si cuanto narra estuviese aconteciendo en el momento presente. Lo ha escrito con pleno vigor, como si estuviese aún bajo la obsesión de una espantosa pesadilla. Es como un desgarrado grito de dolor por toda una juventud irremisiblemente perdida. En efecto, Remarque considera la guerra como una brutal estrangulación de la juventud, ya que ella rompió el equilibrio mental de los adolescentes, empujados á ella sin haber aún tenido tiempo de orientarse en la vida. Millones de jóvenes, arrancados de sus hogares, de sus estudios ó de sus



HENRI BARBUSSE



ERICH VON REMARQUE

admirable. Y da al público una obra que puede considerarse maestra. En unos meses, *Sin novedad en el frente* es traducida á casi todos los idiomas del mundo. De ella se hacen, sobre todo en Inglaterra y los Estados Unidos, ediciones á muchos miles de ejemplares. Sin embargo, en algunos países se prohíbe su circulación. Italia, por ejemplo. Todas las noticias coinciden en que se le concederá el Premio Nobel de Literatura de este año, y no el Premio de la Paz, de la misma institución, como erróneamente se ha venido diciendo y han ratificado los periódicos escandinavos.

Indudablemente, esos dos libros, *El fuego*, de Barbusse, y *Sin novedad en el frente*, son las dos mejores novelas que ha producido la literatura de la guerra. A pesar de haberse publicado libros tan interesantes como *Hombres en la guerra*, del húngaro Andreas Latzko; *Inferno*, del alemán Stilbanner, y *Les Croix de bois*, del francés Dorgelés.

Entre los dos señalados, ¿á cuál corresponde la supremacía literaria? Difícil es pronunciarse. Desde luego, hay que reconocer el derecho de primacía á la obra de Barbusse; al menos, en

gar el sufrimiento humano. Y no sólo lo vió en el espanto de las trincheras, sino que lo conoció también de cerca, él enfermo, yendo de lecho en lecho de hospital. Había en él algo así como la sed de martirio, el amor más vivo á la Humanidad que sufre, en aquel impulso que arrastrara á Barbusse á las penalidades y á los riesgos de la guerra. Así podía decir la verdad, en un nuevo apostolado. De ahí las páginas de *El fuego*, que completaron más tarde las de *Clarté*. De ellas surgió la verdad amarga, la verdad terrible. La guerra era una monstruosidad abominable. La guerra enterraba los hombres vivos en el fango de las trincheras, inmovilizándolos, como si fueran ya cadáveres, muertos que se mantienen en pie. Así, millones de seres humanos. Así durante años. Y cada hombre, en su hoya, comprendió que la civilización en que había vivido lo abandonaba poco á poco; primero alejándose de su cuerpo, entregándolo al dolor y á la miseria, y, por último, de su espíritu, á merced del desencanto y de las desesperaciones.

Esa es la amarga verdad que trasciende del libro de Barbusse.

Algo idéntico ocurre á Remarque. Su libro

oficios, han sido devorados unos, desgarrados otros, desorbitados, por lo menos. ¿Qué hizo la guerra de toda una juventud prometedora? Diezmarla con la muerte acaso haya sido lo menos trágico. Lo más terrible es que los supervivientes han quedado en la vida como los restos de un naufragio en el mar.

«Para vencer las violentas crisis de desesperación que yo sufría—ha declarado Remarque—, me puse á buscar concienzudamente, sistemáticamente, la causa de mis depresiones. Ese análisis me llevó á mis experiencias de la guerra».

Y lo mismo me confesaron numerosos amigos. Nosotros nos sentimos inquietos sin motivo, unas veces exaltados, otras deprimidos, en el fondo, descontentos. La sombra de la guerra pesaba sobre nuestros días, aunque no pensáramos en ella.

Así es el libro de Remarque. La desolación de toda una juventud, que ha afrontado las privaciones á diario, la muerte constantemente, sin saber por qué ni comprender para qué. Estéril el valor; inútil el sacrificio.

ANGEL GUERRA



PAISAJES ESPAÑOLES

«Piedralabes», cuadro de Bernardino de Pantorba

O R A C I O N

*Señor: yo no te pido la gloria inmarcesible
ni que tus manos curen mi terrenal dolor;
sólo, Señor, te pido que me des la alegría
de que muera sabiendo lo que es un fiel amor.*

*Yo, Señor, hasta ahora, la verdad, no he sabido
lo que es el amor férvido de una mujer leal;
yo, Señor, cuantas veces en mi vida he amado ^(querido?)
á una mujer, la prueba me resultó fatal.*

*La culpa ha sido mía; lo sé; yo me entregaba
liricamente, ciego, con infantil candor,
y ellas, al ver el modo de amar que yo tenía,
reíanse, perversas, de mi indefenso amor.*

*Mi corazón ha sido como una flor ubérrima,
como el rosal fragante de un pródigo vergel,
donde ellas, como abejas, libaban un instante
la miel de sus panales con su aguijón cruel.*

*Si tú, Señor, quisieras... Me voy sintiendo viejo;
ya para mí la vida tiene una triste luz;
mis sienes ya blanquean, y, al vérmelas, me digo
que ya poco me queda de soportar mi cruz.*

*Por eso, yo te pido, Señor, que me concedas,
antes de que mis horas se acaben, tu piedad;
Señor: ¡que un día sólo sepa mi pobre vida
lo que es el amor férvido de una mujer leal!*

*Que así, cuando yo muera, me llevaré encendido,
dentro de mí, el recuerdo de esa inmortal pasión,
y en el silencio triste de mi profunda huesa
será una viva llama mi rojo corazón.*

*Una votiva lámpara, fanal de amiga lumbre,
que guiará mi ruta por la honda obscuridad
del piélago que cruza la barca del sombrío
Carón para llevarnos hacia la eternidad.*

FERNANDO LOPEZ MARTIN





ESPAÑA ARTISTICA
Y MONUMENTAL

Del Monasterio de Poblet (Cataluña).—Magnífico altar
de la capilla del Santo Sepulcro, concluido en el año 1579

(Fot. Pedro Cano Barranco)

BELLEZAS DE LA PANTALLA



ATENEO
MUSEO
MAJORIS

CAMARA-110

Estudio fotográfico preparatorio para una película



Casa en que vivió Cervantes, en Valladolid

PASEOS POR ESPAÑA

CASAS HUMILDES DE GRANDES HOMBRES

VALLADOLID, la vieja capital castellana en que, para máximo esplendor y gloria de España, unieron sus destinos Isabel y Fernando, fué aumentando en su secular intenso vivir prodigios arquitectónicos, de la más alta belleza artística, constantemente encomiados

por los historiadores del arte. *Santa Cruz*, donde fundó un Colegio el cardenal Mendoza; *San Gregorio*, fundación rival, hecha por Fray Alonso de Burgos, en el siglo xv, mediante bula de Inocencio VIII y patronato de Isabel la Católica; la *Universidad*, que nació á mediados del si-

glo XIII y en el xvi tuvo ya hogar propio en solares donados por el Almirante de Castilla Alonso Enriquez; *San Benito*, hogar de una orden famosa y que tiene en su sillería los escudos de las más nobles casas castellanas y aún de algunos reyes de Castilla; *San Pablo*,

Santa Catalina, La Antigua... y tantos otros ejemplares modelos citados por los maestros de la arquitectura de épocas y estilos muy diferentes.

Pero junto á esos edificios orgullosos, con motivo para serlo, hay otras casas de humilde apariencia, habitadas algunas por familias modestas, humildes también, ante las cuales el viajero documentado se detiene sujeto por la emoción; son las casas en que vivieron muy grandes figuras de la historia patria: Berruguete, Zorrilla, Felipe II, Cervantes, Cristóbal Colón y algunos más.

La de Berruguete—destinada modernamente á comandancia de Ingenieros—ha sido, sobre todo en su exterior, muy modificada hasta darla aspecto moderno. Sólo en su patio, en algunos capiteles, quedan vertigios de los talleres del gran artista para que aquellas casas fueron construídas. No es fácil, sin embargo, visitarlas sin sentirse invadido de emoción artística.

Mayor aún se siente ante la casa, modesta y vulgar todavía en su exterior, en que nació don José Zorrilla. La admiración de sus paisanos ha formado allí, si no un museo completo, cuando menos una ilusión de él, y allí, ante el pobre estudio del poeta y ante la pluma con que Zorrilla escribió sus postreros versos, vienen intensamente á la memoria el agitado vivir de dos generaciones de románticos y la admirable inmensidad de la obra del autor preclaro.

La casa de Cervantes, el inmortal autor del libro inmortal, es una vieja construcción, labrada en el siglo XVII por Juan de Navas en el Campiello de San Andrés, ante el Esgueva y en

el fondo del Rastro. Allí vivió el autor del *Quijote* cuando fué puesto en libertad, después de encarcelado injustamente, durante la sustanciación del proceso por la muerte del caballero don Gaspar de Ezpeleta, y allí, gracias al regio interés de Alfonso XII y al de una sociedad hispanófila, hay ahora, junto á plausibles instituciones de cultura, un be-

llo jardín, de mucho carácter, propicio al reposo.

La casa de Cristóbal Colón es quizás, de todas las moradas famosas de Valladolid, la que evoca recuerdos más melancólicos. Vida de miseria en sus primeros años del descubridor de América, tuvo, sin embargo, en aquella época un lumínico: la esperanza que le faltó en los años

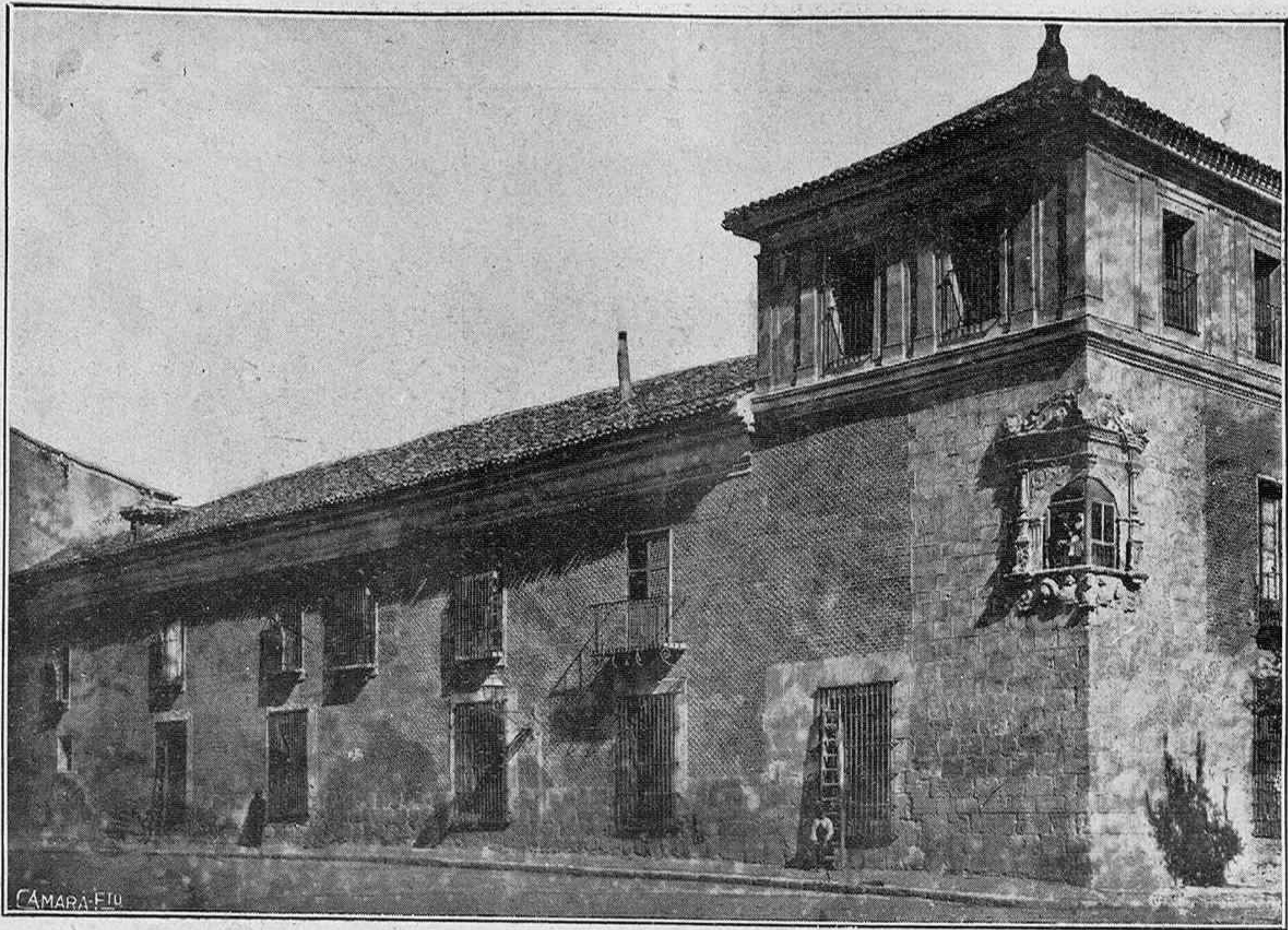
más tristes de su existencia, en aquellos, los dos últimos de su agitado padecer que pasó en Valladolid, desencantado por la ingratitude y sin esperar confiadamente la reparación que no había de llegar.

Toda una época se eleva en nuestra imaginación ante aquellos pobres murcs, para formar fondo apropiado á la figura dolorida del gran navegante.

La casa de Felipe II, mucho más rica ya con apropiado aspecto de mansión señorial y con su bellissimo balcón de esquina, hermano de otros balcones leoneses muy admirados, tiene, además de su historia, que ya sería suficiente para avalorarla, su tradición: Una reja rota y sujeta por una cadena, denuncia, según los recuerdos legendarios, el lugar donde para ser bautizado sacaron al que había de llenar tantas y tan oscuras páginas de la Historia de España.

El porqué de aquel extraño camino le explican por una de las competencias, tan españolas, de jurisdicción entre dos parroquias, la de San Martín, á que más tarde hizo aún más famosa el estro de Zorrilla, y la del convento de San Pablo.

Aparte el balcón y la significación histórica, lo más bello de la casa de Felipe II, construída en el siglo XVI por orden de Pimentel, es un artesonado con heráldica de Alonso de Burgos.



Casa de Valladolid en que nació Felipe II. (Estado actual)



Estado en que podía verse hace algunos años la casa de Valladolid en que murió Cristóbal Colón

(Fot. Ruiz Vernacci)





Y E D R A S . . .

Yedras de obscuro verdor...
Más que otra sombra ninguna
propicias para el amor
bajo la luz de la luna.

Propicias... ¿Quién no ha vertido
palabras del corazón,
á los pies de algún balcón,
tras de una yedra escondido?

¿Quién no ha llorado en su vida
por un amor sobrehumano?
¿Quién no ha sufrido la herida
de amor que sufrió Cyrano?

Cyrano... Roxana... ¡Todo
el fuego de una pasión...!
¡Cyrano bajo el balcón...!
Aquella noche halló el modo,
tras de una yedra oculto,

de que Roxana pidiera
un beso á Cristián.

—¿Creyera
que, ahora, el viento ha suspirado?
—pregunta Roxana.— No;
mientras Cristián te besó,
no es el viento quien lloró,
Cyrano es el que ha llorado.

¡De Cyrano aquel afán
escondido...! ¡El embeleso
de Roxana y de Cristián
aquel encendido beso...!

Yedras de obscuro verdor...
Más que otra sombra ninguna
propicias para el amor
bajo la luz de la luna.

Fernando LOPEZ MARTIN

(Fot. R. Gárate)

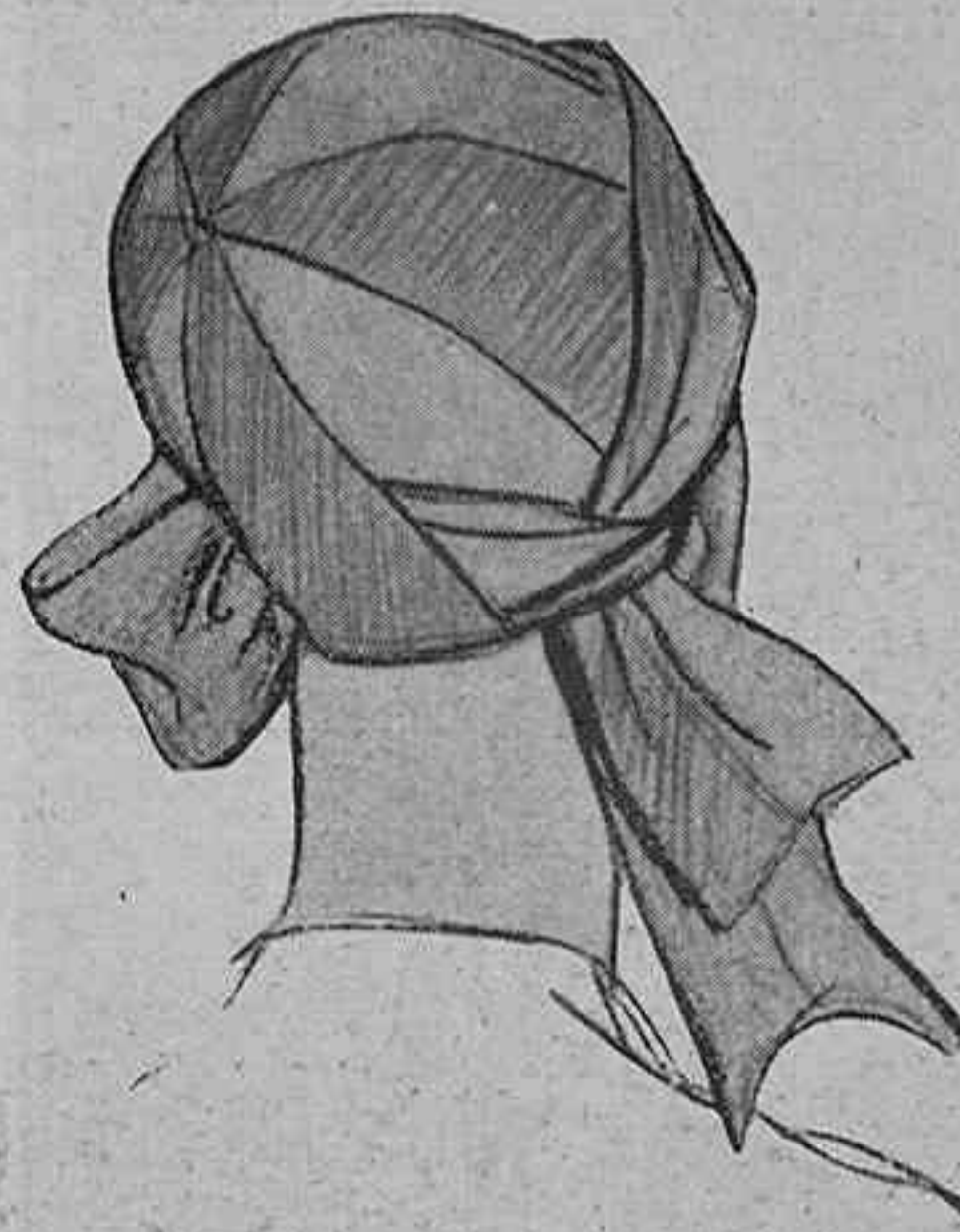
CAMARA FOTO



Fieltro y tissú
(Modelo María Guy)



Fieltro «souples», color «beige»
(Modelo Marcelle Fose)



Gorrita de seda negra
(Modelo Marcelle Rose)



Fieltro azul marino
(Modelo María Guy)

Elegancias

LA MODA Y EL LUJO

Al mismo tiempo que resuenan voces de alarma pidiendo amparo y defensa para salvaguardar nuestro patrimonio artístico, otras voces claman firmemente para que las mujeres no aceptemos la nueva moda femenina. Se da el caso curioso de que son los hombres los que esgrimen las armas contra la moda actual. Estudian el problema desde el punto de vista económico, y, con razón, están alarmados. Nos animan a continuar con el traje corto que llevamos, hace varias temporadas, desde la mañana hasta por la noche.

Como nos conocen tan bien..., se han fiado de nuestro mohín a las primeras exhibiciones de los nuevos trajes, y están esperanzados de ganar la batalla a los modistos. Algún ingenioso escritor ha tratado de convencernos de que vamos a estar muy ridículas con las faldas largas, los talles altos, puntas y colas; y de que cada una seremos la «cursi» que había desaparecido.

Las primeras que puedan sucumbir a la seducción de la nueva moda, tan artística, tan femenina, tan refinada, serán tildadas, aunque su fortuna se lo permita, de despilfarro, de afición al lujo desenfundado, etc.

Ya que de lujo hablamos, evoquémoslo en los tiempos lejanos. En la antigua sociedad romana, en las horas brillantes del primer César Augusto. Aquel mundo deslumbrador de bellas damas, de grandes poetas, de cortesanas cultas; aquel mundo exquisito, hábil en adivinar, en comprender, en saber; ese mundo ingenioso, tímido, conocedor en bella prosa, en hermosos versos, en cuadros, en perfumes, en trajes, en toda clase de bellas artes, se vanagloria, con derecho, del más antiguo origen.

He buscado mis informaciones en las odas y en las prosas escritas por los autores que el pueblo romano ha glorificado como poetas inmortales en sus alabanzas a las bellezas, a la moda, y en las descripciones críticas de la época.

Recordemos los artificios y los secretos de la elegancia romana. Aquellas damas eran bien difíciles de vestir, embellecer y peinar.

Formaban su servicio: la depiladora, que hacía la guerra a los cabellos blancos; la que peinaba a la dama y cepillaba su cabeza oreada; una esclava estaba destinada a las pomadas, otra a las esencias; ésta tenía, por toda ocupación, poner el blanco y el rojo en el rostro; aquella peinaba las cejas, las pestañas y el borde del párpado; otra hacía las manos; otra tenía el cuidado de pulir y adornar los pies. Había las que les ponían el traje, y las embellecedoras, que les colocaban los collares, los adornos y el velo, que caía del moño, bien levantado, sobre los blancos hombros. Una era hábil a tener el espejo, y otra a tener la antorcha; y cuando, al fin, la dama estaba suficientemente engalanada, compuesta y adornada, se abrían las puertas y entraban las conocedoras, las elogadoras y las esclavas, que daban el último golpe de vista, para que la dama supiera a qué atenerse sobre los diversos adornos de su persona.

En cuanto a los diferentes trajes: un vestido era de ancha y larga cola, a la manera de lo que llamamos hoy manto de corte. Otro era transparente, y se llamaba la «lacónica»; otro, el traje corto, color azafrán; y el vestido ancho, extranjero, de cola larga. Había el traje real y el de



Conjunto de traje de viaje
ó de mañana
(Modelo Doeuillet-Doucet)



Abrigo de paño con piel
de astrakán
(Modelo Doeuillet-Doucet)

STUDIO
D'ARTS



Vestido de «crêpe georgette» color burdeos, con la cintura en su sitio
(Modelos George et Janin. — Fots. Hugelmann)



Falda de «crêpe» de satin y chaqueta de terciopelo «frappé» guarnecida de armiño
(Modelos George et Janin. — Fots. Hugelmann)

grandes ceremonias, y la «impluvia», el traje de días de lluvia y de tristeza. Agregad tantas túnicas y abrigos como trajes diversos: la túnica adornada de franjas; la media túnica hasta las rodillas y forrada de piel; la «caltha», es decir, una manteleta amarilla; la túnica á mallas tupidas ó á mallas abiertas y ligeras. Finalmente, la «irresistible», porque estaba vuelta ó abierta, y dejaba ver *trop pour être sage; et trop pou pour être heureux*

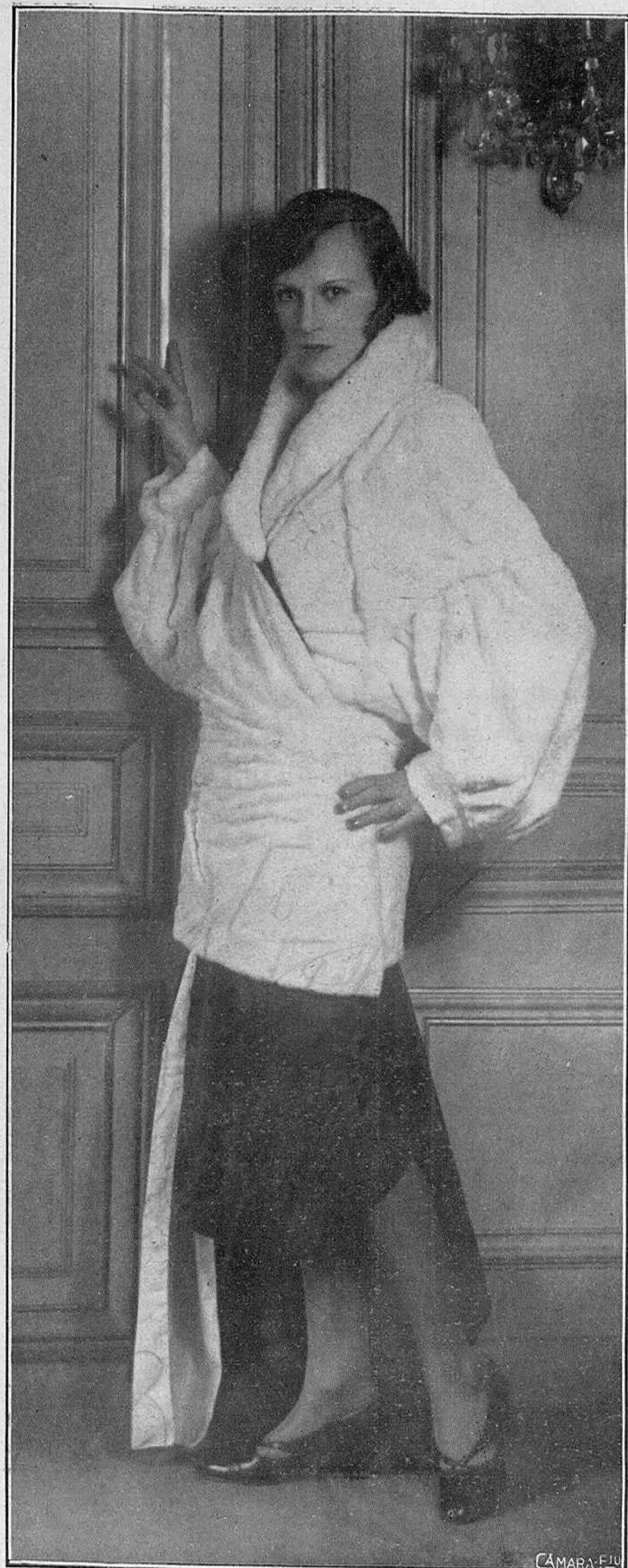
¡Cómo reirían de piedad aquellas jóvenes romanas, si le mostraran hoy nuestro lujo, que encontrarían miserable! Ellas sí que ponían á contribución las fortunas del mundo entero.

Así ataviadas, iban y venían por todos lados de la ciudad, ofreciendo á los jóvenes romanos el espectáculo deslumbrador de su belleza. Pasaban en sus carros de ruedas de marfil, de lanzas de plata, y los bocados de sus caballos eran de oro.



Vestido de noche en «taffetas» y tul negro, con gran vuelo en la falda
(Modelo Dupony Maguin)

(Fots. Hugelmann)



Abrigo de armiño y terciopelo de seda, con una caída al lado derecho
(Modelo Georges et Janin)

Quince ó veinte corredores númerdas precedían, seguían y acompañaban ese carro de triunfo donde ostentaban su belleza. Frecuentemente, el carro cubierto lo conducía la dama romana, sentada sobre asiento adornado de las más ricas sedas, inclinada sobre el timón, incitante, la mirada de fuego, la mano firme hostigaba sus caballos á todo galope. Y también frecuentemente se veía, en ese carro arriesgado, tranquilo

y sonriente en el peligro, á algún apuesto joven, transportado por la dama de su fantasía. Sí, esa era la moda en aquel lejano tiempo: conducir en gran triunfo y á toda velocidad el feliz infortunado á quien se arruinaba. Nunca tiempo pasado fué mejor.

BEATRIZ DE LEON



CÁMARA-FIU

VIAJANDO POR EL MUNDO

LOS BELLOS PAISAJES DE SUIZA



Un excursionista contemplando el lago desde el San Gotardo

LUCERNA! ¡El lago de los Cuatro Cantones! Admirables parajes en que la naturaleza se muestra en extremada grandiosidad con la más suprema belleza.

No son las orillas de aquel lago que besa á la austera ciudad, orillas rientes y plácidas como las del lago Lemán, siempre azulado y límpido. Costeando las aguas menos tranquilas del lago de Lucerna se alzan aquellas imponentes moles, que ofrecen desde sus picachos y cumbres paisajes que pagan con su espléndida belleza el esfuerzo penoso gastado en escalar las alturas.

Desde las cumbres del Pilatus ó del Righi se ofrecen ya las más grandiosas perspectivas, y difícilmente habrá espectáculos más bellos que el de un amanecer contemplado desde la nevada cima de Righi Culm.

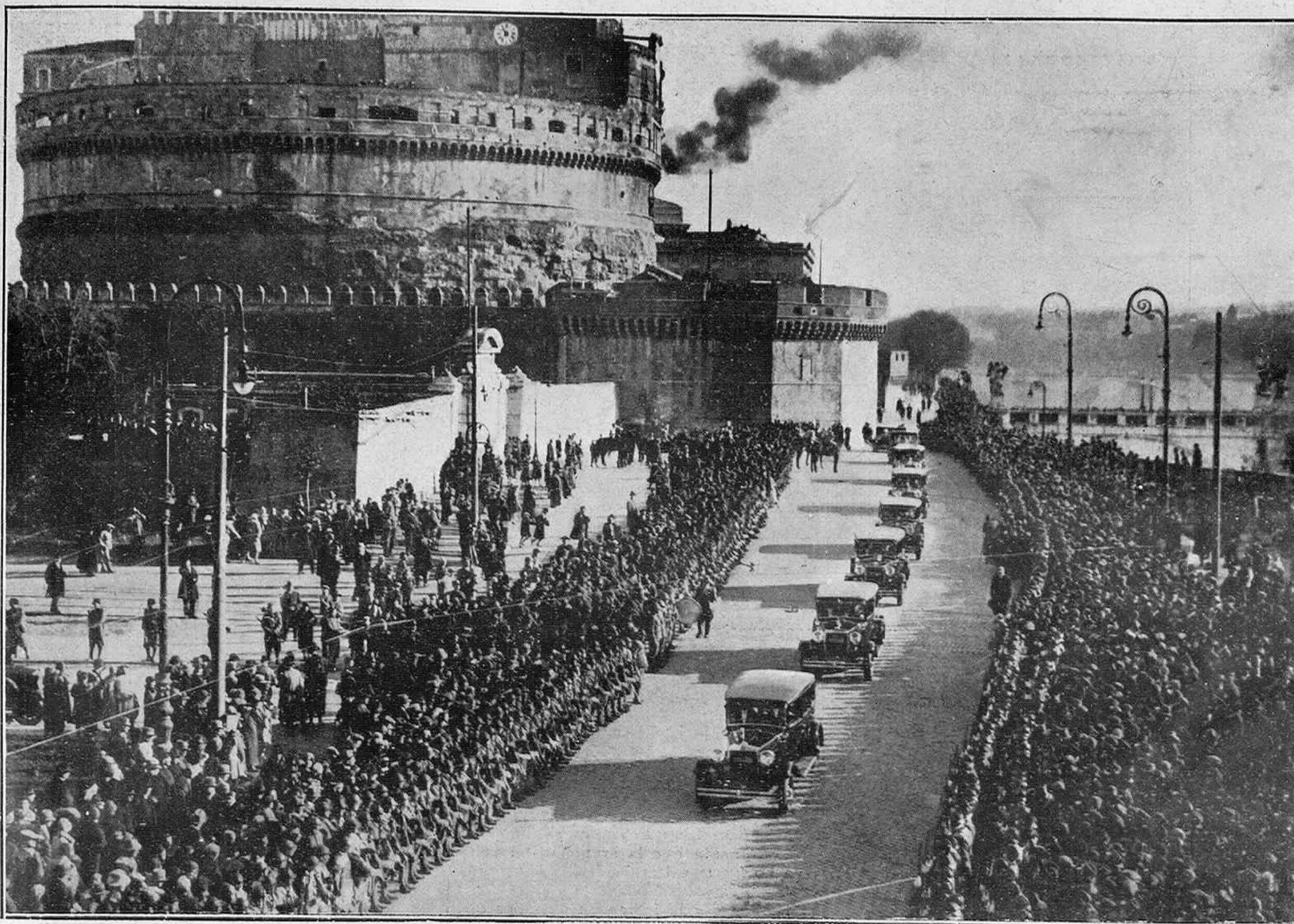
Frente á ellas se abren, más orgullosas y altivas, las del Pilatus, y todo el contorno del lago amplísimo ofrece por igual, como declarando la profundidad de las aguas, pendientes bruscas, enormes, terriblemente escarpadas, sedientas siempre de víctimas en que castigar la audacia humana empeñada en descubrir los misterios

de aquellas cumbres, en que viven tranquilas, mientras la planta del hombre no llega á ellas, las águilas.

El San Gotardo, alzado como centinela para cerrar el paso hacia el Mediodía, era más agreste y arriscado aún; pero los hombres, hiriéndole por cien partes, forjaron en él, en sus entrañas mismas, un camino y al cruzarle le embellecieron más. Aún tiene, sin embargo, rocas salvajes desde las cuales sólo los audacísimos pueden contemplar el panorama inmenso del lago tendido á sus pies.

VIDA INTERNACIONAL

LOS REYES DE ITALIA EN EL VATICANO



El cortejo de los Reyes de Italia en el momento de pasar por el Castillo de S. Angelo, al dirigirse al Vaticano

Las visitas de los reyes de Italia primero, y de los príncipes de la Casa real después, al Vaticano, han constituido un acontecimiento internacional, al que ambos poderes han dado la magnificencia que á la magnitud del hecho correspondía.

Las más pomposas reglas del protocolo han sido resucitadas para dar al acontecimiento la máxima brillantez, y el pueblo romano ha prestado con su entusiástica asistencia al paso del cortejo no sólo una lógica curiosidad sino una aquiescencia que ha tenido la significación y la fuerza de un plebiscito aprobador de la obra de Mussolini y de la actitud de transigencia de Su Santidad.

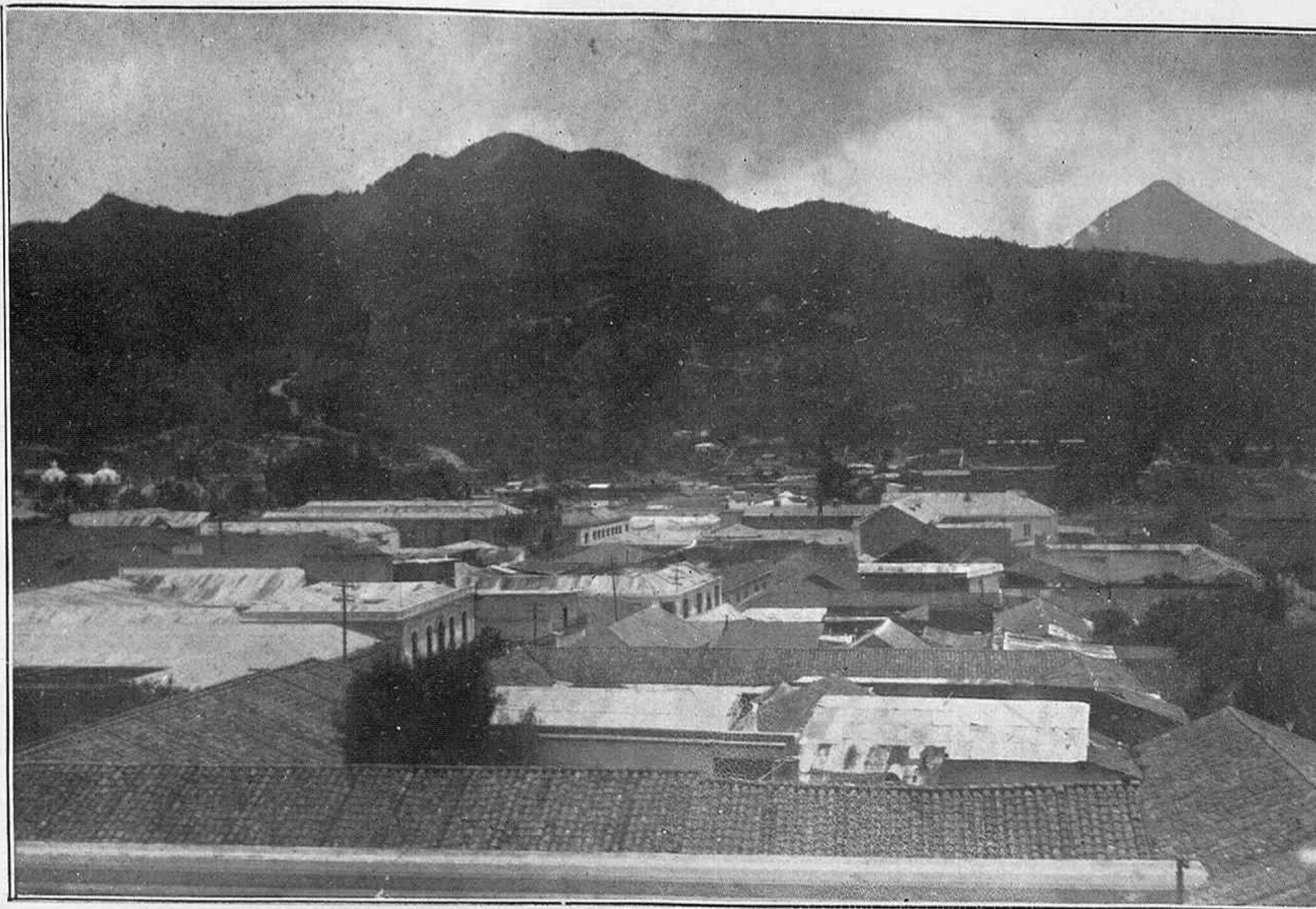


El cortejo real cruzando, con los dignatarios pontificios, los salones del Vaticano

Toda la capital de Italia presenció en las calles de Roma, primero, y de la ciudad papal, después, el paso de las comitivas regias, y en el Estado pontificio la guardia suiza rindió los máximos honores a los soberanos de Italia, y todos los dignatarios del Vaticano formaron brillantísimo cortejo, que con sabor un poco arcaico por los uniformes de la Casa pontificia, sobre todo, armonizaba admirablemente con los fondos que las viejas estancias les prestaban.

No hemos de comentar nuevamente—ya lo hicimos—el hecho trascendental de que esas visitas son consecuencia. Señalamos, sin embargo, nuevamente su alta importancia.





Vista panorámica de la ciudad de Quezaltenango, especie de Toledo de la República guatemalteca. Al fondo, la silueta del volcán

LOS VOLCANES DE GUATEMALA

LA ESPANTOSA ERUPCIÓN DEL SANTA MARÍA

Las noticias que se reciben de la República guatemalteca, respecto á la erupción del volcán Santa María, en Quezaltenango, son dolorosísimas. El número de muertos y heridos es abrumador, y las pérdidas materiales, incalculables. Caen deshechas las casas, como si fueran de cartón, y la gente huye aterrorizada, quedando sin hogar miles de familias. Guatemala atraviesa, en estos momentos, uno de los episodios más dramáticos de su luctuosa historia volcánica.

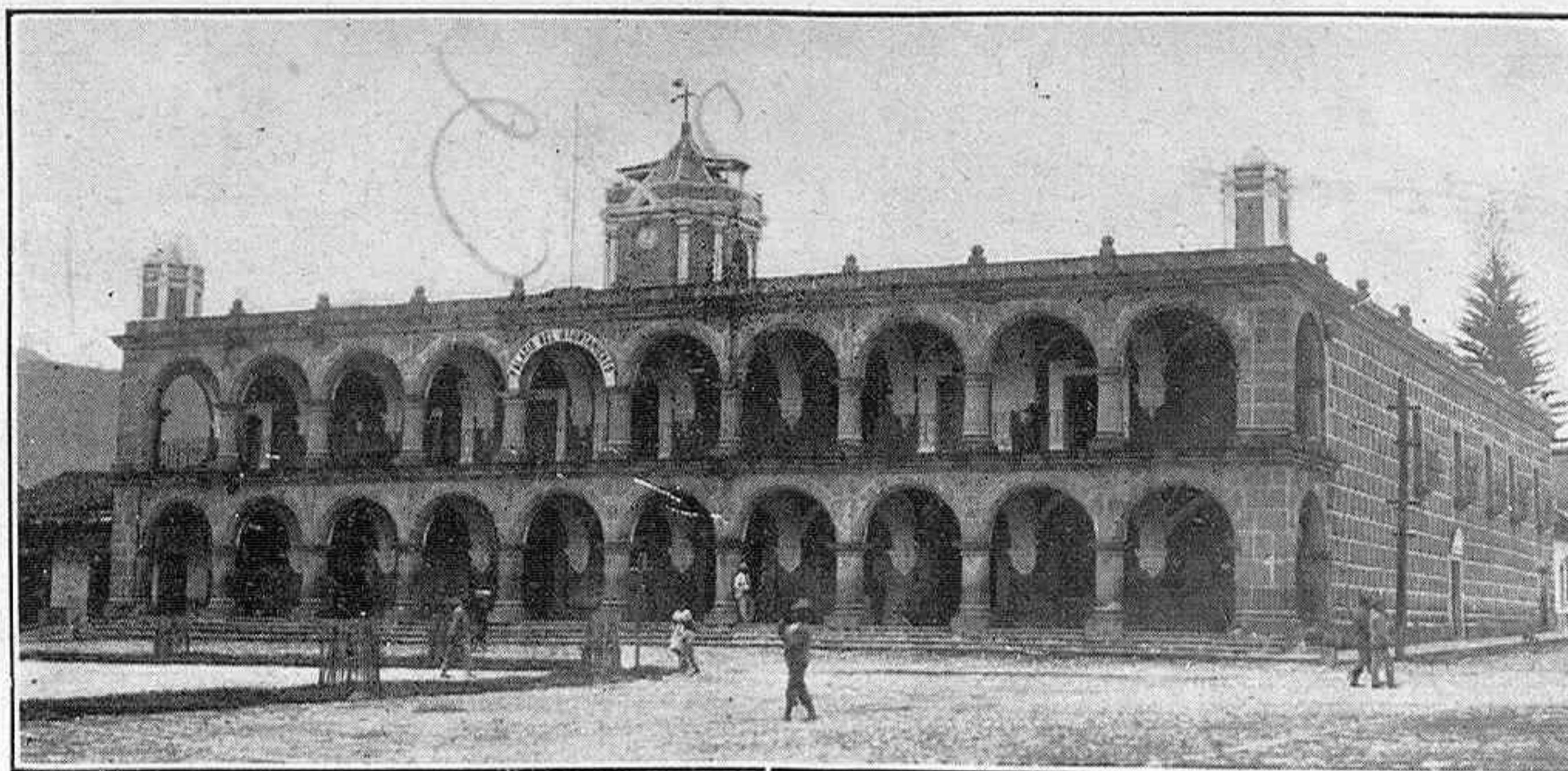
Pocos países tan azotados por terremotos y erupciones como Guatemala. Con frecuencia padeció tales catástrofes, que asolaron ciudades enteras. Algunas fueron realmente espantosas, de dantesca tragedia. En 1541, la primera ciudad que se llamó Guatemala, y que hoy se denomina Ciudad Vieja—fundada por Pedro de Alvarado—, quedó inundada y destruída por el volcán de Agua, que se alza á 3.752 metros, en forma de pirámide perfectísima, de tan serena silueta, que hace evocar el bello y purísimo perfil del Fusi-Yama, la montaña sagrada del Japón. El ilustre novelista guatemalteco José Milla describe la espantosa catástrofe, con impresionadora emoción, en una de sus mejores obras, *La hija del adelantado*. Y el presbítero y poeta español Antonio Rey Soto—huésped ac-

tual de dicha nación—también hace un magnífico relato en su libro *Estampas guatemaltecas*. La leyenda cuenta que la erupción del volcán de Agua no fué sino la rebeldía de la montaña contra los invasores. Todavía se erige, en el mocho torreón donde fueron encontrados doña Beatriz y sus doncellas, una lápida, empotrada en los carcomidos sillares, en la que se lee la siguiente inscripción: «Detened el paso, viajeros. Esto es lo único que hoy queda del palacio de los conquistadores de Guatemala. Aquí perecieron la sin ventura D.^a Beatriz de la Cueva y once damas de su compañía, en la catástrofe de la ciudad, el 8 de Septiembre de 1541.»

En Guatemala hay numerosos volcanes. Una línea dirigida de nordeste á sudeste pasa por los

principales, y puede llamarse el «eje volcánico», que se divide en tres secciones: la de oeste, la del medio y la del este. Pertenecen á la primera los dos volcanes extinguidos del departamento de San Marcos: el de Tacaná, que es un cono regular de 4.064 metros sobre el nivel del mar, y el Tajumulco, menos regular de forma y de 4.210 metros de altitud. La sección media contiene varios volcanes activos: el grupo de Quezaltenango, compuesto de tres masas, de las cuales la más notable es la denominada Cerro Quemado (este volcán tuvo su última erupción el año de 1813); el volcán de Santa María y el de Zunil. Hacia el sudeste, en las orillas del lago Atitlán, está el volcán San Pedro, cuyas erupciones más violentas fueron en 1828, 1833 y

1852. El grupo siguiente se halla en las cercanías de la antigua Guatemala. Al sudoeste de esta ciudad se encuentra el extinguido volcán de Acatenango, de 3.960 metros de altura. Este grupo termina en la extremidad sur con el volcán de Fuego, y fué su última erupción en 1880. Al lado opuesto del valle de la Antigua está el volcán de Agua. Sigue el grupo del Pacaya, con dos pequeños volcanes extinguidos. En el departamento de Santa Rosa se halla el volcán de Tecumburo. La sección oriental comprende el volcán de Ipala y el de Montecrico, en Chiquimula; el



Palacio del Ayuntamiento de Guatemala, edificio de la época colonial

de Santa Catarina Mita, Culma, Amayo, Moyuta y Chingo, en el departamento de Jutiapa.

El volcán que ahora se encuentra en actividad, produciendo tan espantosos estragos, es el Santa María, en el departamento de Quezaltenango, la segunda ciudad de la República, edificada en la falda septentrional de Cerro Quemado, que despidе humo por muchos puntos. Quezaltenango fué fundada antes de la llegada de los españoles, con el nombre de Xenahu. Su actual nombre significa «ciudad de los quetzales», aves de la familia de los trogones, propios de la América Central y sur de Méjico. El 8 de Abril de 1902, Quezaltenango sufrió un violento terremoto, quedando casi destruída.

El volcán Santa María tiene una altura de 3.768 metros sobre el nivel del mar. Sus cráteres no sólo se abren en la cima, sino también en la falda. Su erupción anterior á la actual fué á fines de Octubre de 1902, produciéndose con gran intensidad.

En el consulado de Guatemala nos han ense-



Palacio Municipal de Quezaltenango



Catedral de Quezaltenango, de la época colonial

ñado, amablemente, la carta que un propietario de extensas plantaciones de café dirigió á un compatriota que residía en España. En tal carta cuenta la erupción de 1902 del volcán Santa María, y de ella copiamos los siguientes párrafos: «Gracias á Dios, hoy amaneció claro el día, y no se oyen las detonaciones que desde el viernes próximo pasado hasta ayer nos aterrizaraban. Ha caído ceniza en abundancia, y los negros no trabajan, pues no pueden cortar el café, porque la ceniza impide ver el café maduro y les entra en los ojos. Se sienten los gases del volcán: olores á azufre y cosas malas. Nosotros no nos hemos movido de ésta. Dormimos en el patio, junto á la caballeriza. La erupción continúa y los temblores de tierra se suceden. Desde hace tres días se oyen grandes retumbos del volcán, más fuertes que un cañoneo de guerra, y da horror oír eso y ver la electricidad que arroja en el aire figuras de fuego de distintas clases y tamaños. Estamos en completa neblina, y el domingo, 26, que fué día de pago á los obreros, tuve que hacerlo con luz artificial, cosa que jamás me había ocurrido.»

La presencia de las erupciones volcánicas infunden espanto al ánimo más esforzado. El principio de la erupción es una fuerte explosión que lanza á considerable distancia las rocas que se oponían á la salida de los gases. Abierta la boca eruptiva, las explosiones se suceden y arrastran detritus y rocas, que al llegar á cierta

altura, perdida la fuerza impulsiva, se extienden en forma de penacho. El conjunto de este surtidor se llama «pino», por semejar su forma la de estos árboles. El «pino» del Vesubio en 1906 se levantaba hasta una altura de cinco mil metros. Hace falta recurrir á la fantasía para figurarse el efecto prodigioso del «pino» durante la noche.

Cuando el volcán tiene el cráter muy amplio y la lava no alcanza gran cantidad, queda como estancada, figurando un lago de pez ó resina fundida, y terminada la erupción, este líquido viscoso se enfría y acaba por solidificarse. Pero si la lava alcanza mayor proporción que la que puede contener el cráter, se derrama como el líquido de una copa y se vierte por las laderas del volcán, formando arroyos ardientes que, siguiendo el camino que les impone el declive del terreno, avanza destruyendo cuanto encuentra á su paso.

El número de volcanes activos en el mundo alcanza á 415, según la relación hecha por el profesor italiano Mercalli.

Guatemala, país sumamente volcánico, pasa ahora por el cruento dolor de la catástrofe producida por el Santa María; la furia del volcán, como una antigua deidad, no se sacia de víctimas, y cuando se aplaque volverá á dormir, para un día volver á despertar implacable como un monstruo, terrorífico y devastador.

José CASTELLON



Antiguo palacio Minerva, en la capital



Iglesia del Calvario, en Guatemala la antigua





El picadero del Palacio del Louvre, en la época de Napoleón III

LUGARES HISTÓRICOS QUE SE TRANSFORMAN

UNA NUEVA SALA EN EL LOUVRE

Los visitantes de los Museos franceses encuentran en ellos—gracias á la previsorá y utilitaria administración—despachos donde son puestos á la venta los productos de los talleres respectivos y, desde luego, reproducciones fotográficas en muy diversos tamaños.

Este servicio es cada día mejor acogido y más utilizado por el público y, paralelamente, diariamente mejorado.

Recientemente, la dirección del Museo del Louvre le ha instalado, unido con el de «Informes», en una sala en que antes eran expuestos los vaciados de obras escultóricas clásicas.

La sala tiene una historia tan interesante como todas las del palacio, y en ella una página de la época contemporánea, del reinado de Napoleón III, durante el cual aquel local fué destinado á picadero, en el que tomó, del general Fleury, sus primeras lecciones de equitación el Príncipe Imperial, á quien, no obstante aquellos albores espléndidos, aguardaban tan triste vida y tan trágica muerte.

Un grabado antiguo, que reproducimos, muestra el estado de la actual sala de ventas, tal como se encontraba en aquella época.

En el fondo de la galería se ve la tribuna desde la cual la Emperatriz Eugenia presenciaba los ejercicios ecuestres de su hijo. Aquella tribuna histórica desapareció del Louvre hace algún tiempo para ser instalada en el Palacio de Compiègne.

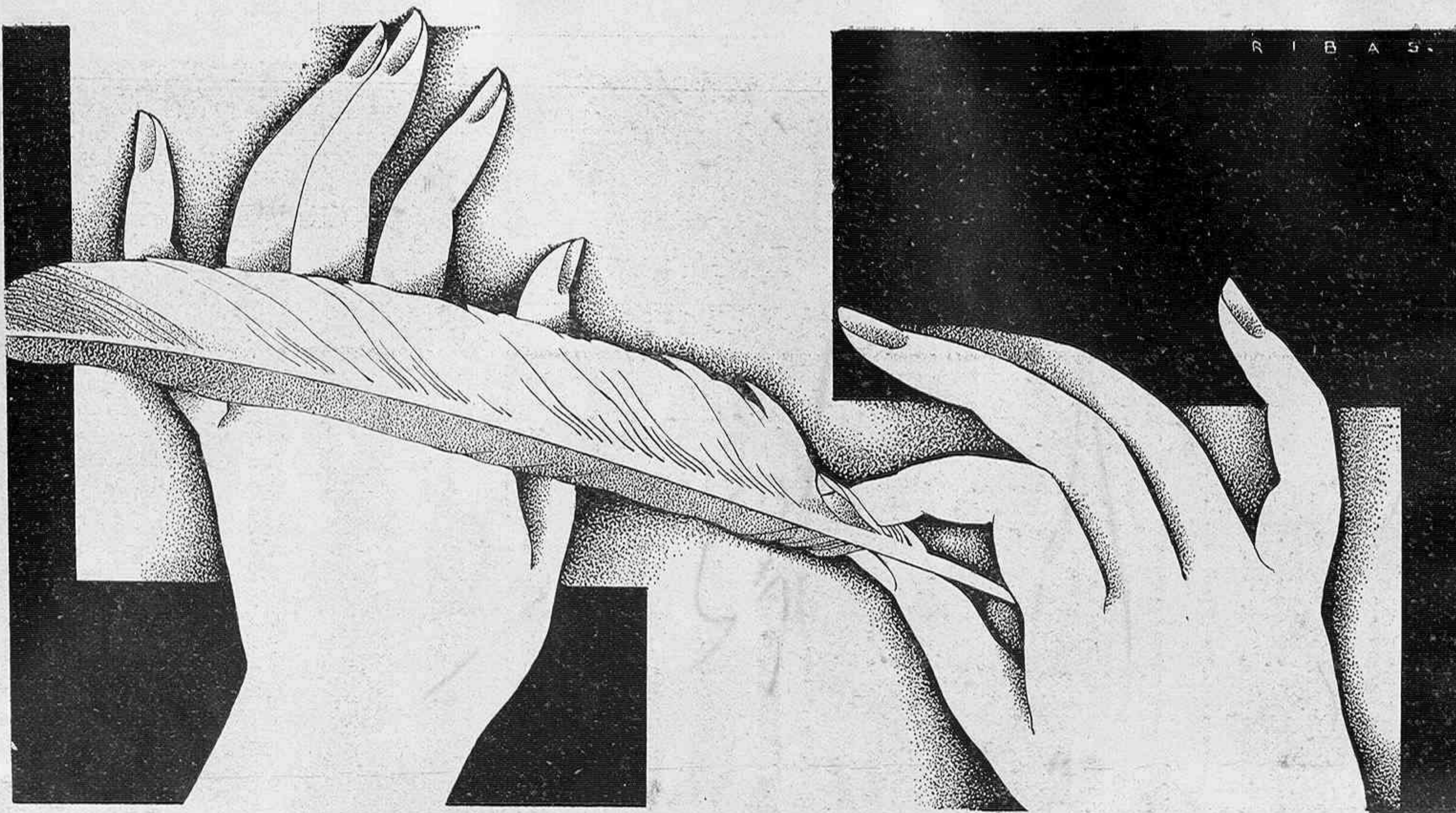
En el grabado aparece, en primer término, Napoleón III en pie, en traje de calle, hablando con los caballerizos de servicio, el jefe de los cuales, en traje de montar, como los demás, aparece de espaldas, dando órdenes á uno de sus subordinados.

La sala ha sido muy artísticamente restaurada á expensas de un súbdito norteamericano, Mr. Walter Guy Northland, y ofrece ahora un agradable aspecto, además de la máxima comodidad, para los turistas que desean adquirir algún recuerdo del Museo.



Estado actual del antiguo picadero, convertido en Sala de Ventas del Museo

(Fots. Piortiz)



Manos exquisitas

por la deliciosa finura de su cutis
—caricia de pluma y suavidad
de terciopelo—, son las manos
habituadas a usar

JABÓN HENO DE PRAVIA

Su pasta, suave y compacta, posee
la pureza que podría usted exigir
del mejor jabón de tocador.
Elaborado con aceites de las más
finas calidades usadas para el
consumo doméstico, está hecho
expresamente para dar a su cutis
realce, lozanía, vida.

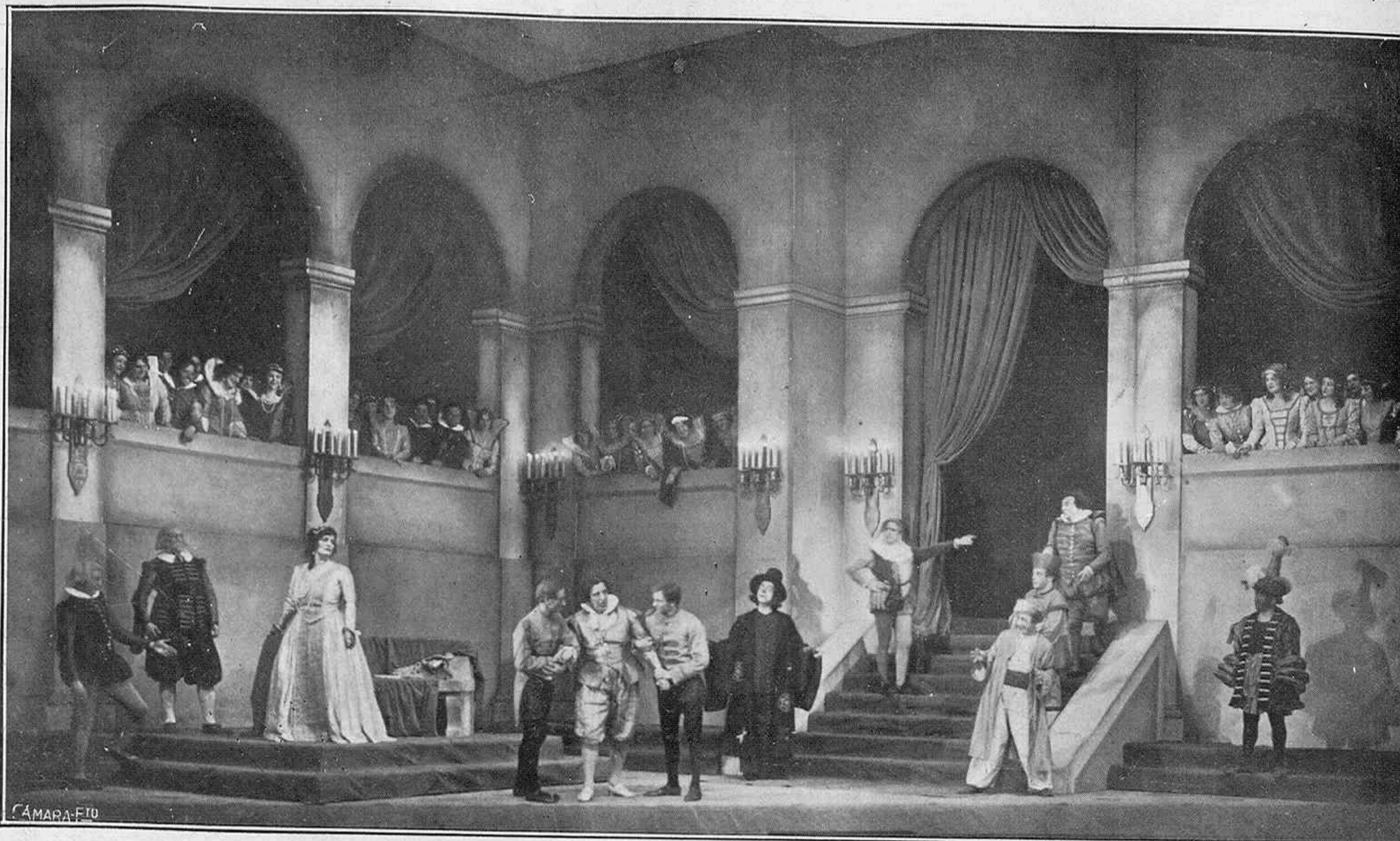
Pastilla, 1,25 en toda España.

Perfumería Gal. - Madrid.

Casa en Buenos Aires: Maure, 2010-14.
Casa en Londres: Strand, 76.

**LIMPIA
LOS
POROS
Y EMBELLECE
EL CUTIS**





Una escena de la ópera «Sly», de Wolf-Ferrari, estrenada en Berlín

ESCENARIOS MODERNOS

HE aquí dos ejemplos de escenografías modernas alemanas demostrativos de que allí donde surgió la corriente innovadora de la escenografía se siguen empleando aún los «viejos moldes» cuando las obras lo requieren.

Sería efectivamente absurdo poner en escena una ópera de Donizetti, y cómica por añadidura, vistiendo á los personajes con trajes de fantasía que desviarían al público de la recta interpretación de aquellas escenas y de aquella música, que no tiene nada de fantástica ni aspiró á una trascendencia que hiciera incompatible su representación con la indumentaria corriente y moliente en su época. En la escenografía de la ópera de von Wolf-Ferrari, *Sly*, el Dr. Niedecken-Gelardth, que la ha montado, como director de un gran teatro de Berlín, ha innovado muy poco, y el aspecto general de la escenografía sólo ha atendido á servir la obra con propiedad.



Una escena de «Don Pasquale», de Donizetti, tal como ha sido representada recientemente en Berlín

* Operas * en Berlín

Esta orientación es, evidentemente, la fundamental en escenografía, y dentro de ella caben innovaciones [muy modernas, y que pueden ser trascendentales; podría formularse como aforismo, que tanto más íntima sea la relación entre el teatro de una comedia y su expresión escenográfica, tanto más acertada será ésta.

El teatro es, sin duda alguna, un arte esencialmente sintético, al que deben integrar todas las bellas artes; pero en un armónico conjunto, en que ninguna de ellas pretenda sobreponerse á las demás, y, sobre todo, ninguna se sobreponga con su obra á la literaria, que constituye la base esencial y fundamental á la vez de esa síntesis.

Los modernos escenógrafos alemanes, sin desdenar las enseñanzas de sus innovadores, se atienen mucho á ese aforismo, y así, dando escenarios apropiados, los dan muy dignos de ser aplaudidos.